



13)3/4

LA ENEIDA

# LA ENEIDA

DE

**PUBLIO VIRGILIO MARON**

TRADUCCION EN VERSO CASTELLANO

POR EL

ILUSTRÍSIMO SEÑOR DOCTOR

**D. Luis Herrera y Robles**

PRESBITERO

INDIVIDUO DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA  
CATEDRÁTICO DIMISIONARIO DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
Y HOY DE RETÓRICA Y POÉTICA, POR OPOSICIÓN,  
EN EL INSTITUTO DE SEVILLA, DIRECTOR DIMISIONARIO DE INSTITUTO  
JEFE SUPERIOR HONORARIO DE ADMINISTRACIÓN CIVIL  
CAPELLÁN DE HONOR Y PREDICADOR DE S. M.  
Y COMENDADOR DE NÚMERO DE CARLOS III Y DE ISABEL LA CATÓLICA.

CON UN PRÓLOGO DEL EXCMO. SR. D. JUAN VALERA  
y un Dictámen de la Real Academia Española

SEGUNDA EDICIÓN



1904

MADRID

LIBR. DE FERNANDO FÉ  
Carr. S. Jerónimo, 2

SEVILLA

LIBR. DE JUAN ANT.º FÉ  
Sierpes, núm. 89

R/0217

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

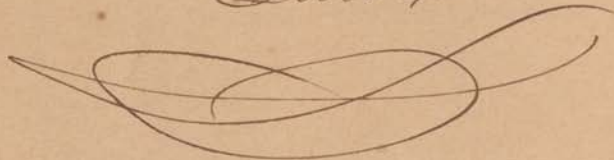
Á LA  
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN TESTIMONIO  
DE RESPETO Y GRATITUD

*Luis Herrera*

*A la biblioteca del Instituto  
de Cabra*

*Luis Herrera*



## ADVERTENCIA

### DE ESTA SEGUNDA EDICION

---

Cuando en 1898 vió la luz pública esta traducción de la Eneida en verso castellano, conservé en ella el libro primero, hábilmente traducido por el insigne poeta, gloria del teatro español, Excmo. Señor Don Ventura de la Vega. Así me lo exigieron los eminentes literatos y críticos Excmos. Sres. D. Juan Valera, D. Marcelino Menéndez y Pelayo y D. Aureliano Fernández Guerra, para que esta traducción mía fuese la continuación de la comenzada por aquel inolvidable poeta. Y así lo hice, en efecto, en la primera edición de esta obra, considerándome muy afortunado con tan honrosa compañía, y conformándome también en esto con la autorizada opinión de la Real Academia de la Lengua, expresada en su dictámen sobre el mérito de mi modesto trabajo.

Una vez complacidos aquellos Señores en sus laudables deseos, y rendido ese tributo de admira-

ción y respeto al inspirado vate, hoy debo sustituir aquella versión por la traducción hecha por mí del mismo libro; sin que esto signifique falta de consideración á la venerable memoria de aquel traductor esclarecido, ni que yo haya podido pretender mejorar su primoroso trabajo; sino que obedece á la imperiosa necesidad, que imponen las disposiciones legales relativas á la propiedad literaria, para disfrutar de sus efectos; pues de otro modo no podría yo ser el propietario de toda la obra.

Salen pues á luz en esta segunda edición los seis libros primeros del poema inmortal de Virgilio traducidos por mí; y como yá, gracias á Dios, tengo terminada la versión de los otros seis libros, EN OTRA TERCERA EDICIÓN, QUE ESTÁ YÁ EN PRENSA, saldrá, Dios mediante, la obra completa del Cisne mantuano.

Habiendo tenido la suerte de que mi trabajo haya sido juzgado tan favorablemente por la crítica sábia, he creído de justicia repetir aquí aquellos informes publicados en la edición primera, para prestar de este modo el homenaje de gratitud debido á los eminentes literatos, que así se dignaron favorecerme, y para conocimiento del público, tanto más necesario, cuanto que no todos los lectores poseerán la lengua del Lacio lo bastante, para poder juzgar por sí mismos la conformidad del texto castellano con el original latino, y han de descansar, en este

punto, en la opinión y criterio de las personas de reconocida competencia; repito por lo tanto en esta edición el prólogo del Excmo. Sr. D. Juan Valera, de la Academia Española, la carta del Ilmo. Sr. D. Cayetano Fernández, individuo de número de la misma Corporación, y el juicio y dictámen de dicha Real Academia de la Lengua.

Reproduzco también la carta, que se dignó dirigirme el distinguido poeta Sr. D. Ricardo de la Vega, autorizándome bondadosamente para publicar el libro I de la Eneida, de su buen Padre, en unión de los traducidos por mí, y con esta ocasión le rindo públicamente en estas líneas el testimonio de mi profundo reconocimiento, por tanta generosidad para conmigo. Y á continuación de esta "ADVERTENCIA" inserto asimismo la que con el título de "A LOS LECTORES" dirigi al público en la edición primera, exponiendo el origen de este trabajo, y la causa que me movió á emprenderlo.

Pido de nuevo la benevolencia de la crítica competente y del público ilustrado, á cuyo sensato juicio someto gustoso los frutos de tan árdua tarea literaria.

*Sevilla 1.º de Enero de 1904.*

*Luis Herrera*

## A LOS LECTORES

---

Al sacar á luz la presente obra, cúpleme explicar el origen de este trabajo, y la causa que me movió á emprenderlo.

Lamentábanse los literatos españoles y todas las personas amantes de la bella literatura, especialmente los sabios críticos Señores D. Juan Valera y D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de que nadie hubiese continuado la versión de la ENEIDA comenzada por el inolvidable poeta y Académico Sr. D. Ventura de la Vega, quien con maestría suma tradujo en verso endecasílabo suelto el libro primero, justamente aplaudido por la Real Academia Española y por la crítica competente y sana. El Sr. Menéndez y Pelayo, al tratar de esta labor admirable, elogiándola cual merece, dice, en un arranque de entusiasmo, hijo de sus pasmosos conocimientos y de su profundo amor á las inmortales obras clásicas: «¡Qué bella sería una traducción de la ENEIDA en versos sueltos y hechos de esta manera!»

Tal deficiencia, por todos sentida, dió lugar á que los referidos Señores y el eximio Académico D. Aureliano Fernández Guerra, á quien lloran con razón las letras patrias, me excitaran con empeño á que continuase la versión comenzada por aquel insigne poeta, gloria del teatro español; y á tales excitaciones hube de corresponder muy de buen grado, aunque con el temor y la desconfianza que naturalmente había de inspirarme el conocimiento de mis fuerzas, débiles para acometer empresa tan árdua. Hecha, empero, casi por vía de ensayo, la traducción del libro segundo, y aprobada por los tres eminentes críticos citados, y después que ellos por otros muchos literatos de reconocido valer, cobré ánimo para continuar la arriesgada tarea, llegando, con igual beneplácito, á la terminación de los seis primeros libros, que someto en este volúmen al juicio del público docto.

Respetando, pues, la memoria del esclarecido vate D. Ventura de la Vega, su primoroso trabajo y la opinión de los Señores mencionados anteriormente, me he abstenido de traducir el libro primero, y, con la autorización que se ha dignado concederme bondadosamente su hijo, el distinguido poeta Señor D. Ricardo de la Vega, lo publico en unión de los tra-

ducidos por mí, teniéndome por muy honrado con tal compañía.

Otros libros tengo traducidos también, y me propongo hacer la versión de los restantes, si Dios me da fuerzas para ello, con el fin de publicarlos en otro volúmen.

Hé aquí mi propósito y la causa de este trabajo literario. Si con él he prestado algún servicio á las letras patrias, haciendo algo que pueda aumentar no indignamente la riqueza suma de nuestra Literatura, tan admirada en la república de las letras, me daré por satisfecho.

*Luis Herrera.*

---

## CARTA DEL SR. D. RICARDO DE LA VEGA

Madrid 28 de Noviembre de 1897.

SR. D. LUIS HERRERA.

Muy Sr. mío y amigo de todo mi aprecio: Recibo su grata, fecha 26, y lleno de satisfacción manifiesto á usted que honra sobremanera la memoria de mi buen Padre, publicando su libro I de LA ENEIDA en unión de los traducidos por Vd.

El eminente literato Sr. D. Juan Valera me escribió sobre este asunto manifestándome igual deseo, y yo le contesté en el mismo sentido; es decir, considerándome honradísimo, y dando á Vd. las gracias, y autorizándole para que haga como tenga á bien la publicación de la citada obra.

Con este motivo tiene el gusto de repetirse su afectísimo amigo y entusiasta admirador

Q. B. S. M.

**Ricardo de la Vega.**

*Carta del M. I. Señor D. Cayetano Fernández, Individuo de Número de la Real Academia Española, Dignidad de Chantre de la Santa Metropolitana y Patriarcal Iglesia de Sevilla, Académico Preeminente de la Sevillana de Buenas Letras y Ayo y Preceptor de S. M. el Rey D. Alfonso XII.*

SR. D. LUIS HERRERA.

Mi estimadísimo y respetable amigo: Siento en el alma los padecimientos de Vd; y los míos han sido también parte á que yo no haya cumplido aún mi prometida y deseada visita.

¿Qué diré ahora de su monumental Eneida? No he podido contenerme; y he leído ya no poco de su trabajo, especialmente el libro iv, que es mi predilecto. Mis aplausos no deben satisfacer á Vd., porque parten de la incapacidad y de la ignorancia; y me consta además que las eminencias literarias de España han pronunciado sobre la obra de Vd. veredicto muy glorioso. Sin embargo cúmpleme declarar, con toda la sinceridad de mi alma, que, al leer sus hermosos versos, tan fluidos, tan tersos, tan castizos y elegantes, y al observar la fidelidad extraordinaria, el levantado estro poético y las ricas galas de elocución,

con que traslada Vd. casi literalmente á nuestro idioma las bellezas innumerables del poema virgiliano, no me ha parecido traducción, sino el mismo original, lo que tenía á la vista.

Ha hecho Vd. perfectísimamente en traducir en versos libres, porque estamos hartos de ver, en otras versiones, cómo el consonante constriñe, y obliga al traductor á cometer tales ripios y amplificaciones, que apenas si permiten reconocer el original.

Reciba Vd. mi enhorabuena cordialísima y un millón de gracias por la fineza con que se ha dignado distinguirme, tan grande como innecesaria; y quiera Dios dar á Vd. pronta y completa salud, para poner término á su gloriosa empresa, y á todas aquellas en que se ocupe en lo sucesivo su privilegiado ingenio.

De Vd. con la mayor consideración y afecto su antiguo amigo y constante admirador

Q. B. S. M.

CAYETANO FERNÁNDEZ.

Sevilla 28 de Marzo de 1898.

DICTAMEN  
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

D I C T A M E N  
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

El Sr. Académico de Número encargado de informar acerca de la «Traducción en verso castellano de la Eneida de Publio Virgilio Maron» hecha por el Ilustrísimo Sr. Dr. D. Luís Herrera y Robles, ha emitido el dictamen que se inserta á continuación.

«Encargado por la Real Academia Española de dar dictamen sobre la traducción de los seis primeros libros de la «Eneida de Virgilio,» puestos en verso castellano, y que ha publicado el Sr. D. Luís Herrera y Robles, Catedrático de Retórica en el Instituto de Sevilla, cábeme la satisfacción de poder afirmar que esta traducción es, á mi juicio, de mérito sobresaliente, y redundada en gloria de su autor y honor de las Letras españolas.

«La Eneida de Virgilio ha sido considerada, según es notorio, como una de las obras más perfectas que nos legó la clásica antigüedad, joya de la literatura latina y prez inmortal del ingenio humano. Por esto, como no habrá podido menos de excitar en cuantos la han leído de-

leite extraordinario, así no ha dejado de despertar en no pocos el deseo de ejercitar en ella sus ingenios, ya comentándola ó explicando sus puntos oscuros, ya esforzándose por trasladar á las lenguas vulgares las bellezas, que admiraban en el original.

«Pero si han sido muchos los que han acometido la ardua empresa, pocos son los que han salido con ella, si no airosos, por lo menos con la gloria de haber dado pruebas de que habían entendido bien al egregio poeta, y logrado en su interpretación aquella perfección relativa, á que se puede aspirar en este linaje de tareas.

«Uno de los que se han acercado más á esta relativa perfección entre los traductores españoles del poeta mantuano es, á mi juicio, el Sr. D. Luís Herrera y Robles. Familiarizado desde su juventud con la lectura de los clásicos latinos y griegos, y teniendo conciencia de las dificultades de su empresa, dispúsose á ella con largos años de estudio, ya revolviendo y manejando de día y noche, como aconsejaba Horacio, los mejores autores, ya ejercitando su pluma en obras, que fuesen para él ensayo y preparación para la que más adelante pensaba acometer. En estas obras se ha mostrado el Sr. Herrera profundo conocedor de las lenguas clásicas latina y griega, fino crítico y perito juzgador de sus primores, y respecto de la lengua castellana ha dado también pruebas de

ser un Maestro, que no sólo conoce los preceptos del arte de escribir, sino que los sabe poner en práctica por loable manera, haciendo gala de singular claridad y pureza de estilo, y de notable gracia y gentileza de lenguaje. Añade en fin el Sr. Herrera á estas buenas cualidades la de ser poeta fácil y galano, digno alumno y continuador de la gloriosa Escuela sevillana, cuyos timbres tiene á su cargo perpetuar, como Catedrático de Retórica y Poética en el Instituto de Sevilla.

«Con tales preparativos, después de estudiar por largo tiempo el inmortal poema, y sintiéndose con ánimo de trasladar á nuestra lengua sus incomparables bellezas, se aplicó á la empresa con un valor y con un entusiasmo, que ciertamente merecen la más viva admiración. No ha llevado á cabo todavía su laboriosa tarea; pero lo que ha trabajado en ella, y el acierto con que lo ha hecho, nos dan esperanzas de que saldrá con su intento con tanta gloria para sí, como honor de las Letras españolas.

«La forma ó medio artístico de que se ha valido para su traducción es el verso endecasílabo suelto, elección acertada en verdad, ya que este verso es el más análogo al exámetro latino usado por Virgilio en su poema, y que bien manejado, como lo es por el señor Herrera, tiene su ritmo especial, que suple muy bien al asonante ó consonante necesario, según algunos, para dar á las

ideas poéticas la armoniosa sonoridad, que es su digno complemento. Al adoptar esta forma de versificación, ni más ni menos que en la manera general del estilo y forma de traducción, gloriábase el Sr. Herrera de haber tomado por modelo la versión del primer libro de la Eneida de Virgilio publicado por Don Ventura de la Vega en las Memorias de nuestra Academia, y del cual tuvo esta la dicha de gozar las primicias, oyéndoselo leer á su autor, con aquel arte y encanto singular, que daba á cuanto leía el que fué gloria de nuestra Corporación, y honra de las Letras españolas. No pudo el Sr. Herrera escoger mejor modelo para el acierto en el desempeño de su trabajo, pues si el buen gusto, la discreción y el conocimiento profundo y familiar de cuanto tiene relación con las buenas Letras, fueron cualidades que avaloraron todas las obras del inolvidable Vega, en pocas campearon y resplandecieron más que en su ensayo de traducción de la Eneida de Virgilio. Es más; y en esto ha dado prueba el señor Herrera de su discreción y buen gusto: conociendo que lo que estaba bien hecho no había para qué hacerlo de nuevo, ha querido encabezar su obra con la dicha traducción del primer libro de la Eneida, para lo cual ha pedido permiso al hijo del señor Vega, quien galantemente se lo ha otorgado.

«Sea dicho para honor del nuevo traductor de Virgilio:

cotejados con este hermoso modelo los cinco libros restantes, únicos que ha publicado, y que son ya obra propiamente suya, hay que confesar que no desmerecen de aquel ni en la inteligencia y exacta reproducción del pensamiento, ni en la elegancia y pureza de estilo, ni en la armonía, sonoridad y buen andar de la versificación. Iguales perfecciones de forma y de fondo, sustanciales y accidentales, enaltecen una y otra producción, hasta tal punto, que al pasar de la lectura de la obra de Vega á la de Herrera, se nota tan poca diferencia, que cualquiera diría que ambas son partos de una sola inteligencia, y trabajos de una misma pluma. Gloria es esta, repetimos, del Señor Herrera, que por nadie creemos que le será escatimada.

«Es también de toda justicia el decir y dejar bien sentado, que si el Sr. Herrera no se cansa en el trabajo que ha emprendido, sino que lo lleva á cabo con el tesón y entusiasmo, y con el acierto que hasta ahora ha mostrado, el día que lo termine poseerá nuestra lengua una traducción de la «Eneida» de Virgilio, que no sólo aventaja en elegancia, propiedad y mérito poético á las que hasta ahora se han publicado en España, sino que podrá competir con las mejores que se han hecho en las lenguas cultas de este inmortal poema. Tal es el juicio que he formado de su trabajo.

«Finalmente, no es ocioso advertir que la obra del Señor

---

Herrera va precedida de un prólogo del Sr. D. Juan Valera, en el cual campea la erudición, galanura y amenidad de estilo, que son característicos de nuestro compañero, y en el cual pondera este, y poco más ó menos en los mismos términos que los usados en este dictamen, la obra del Sr. Herrera.

«Así pues, y resumiendo lo dicho hasta aquí, mi parecer es que la Real Academia Española debe dar al Gobierno de S. M. informe favorable acerca de la traducción poética de la «Eneida» de Virgilio, presentada á la censura de la Academia.»

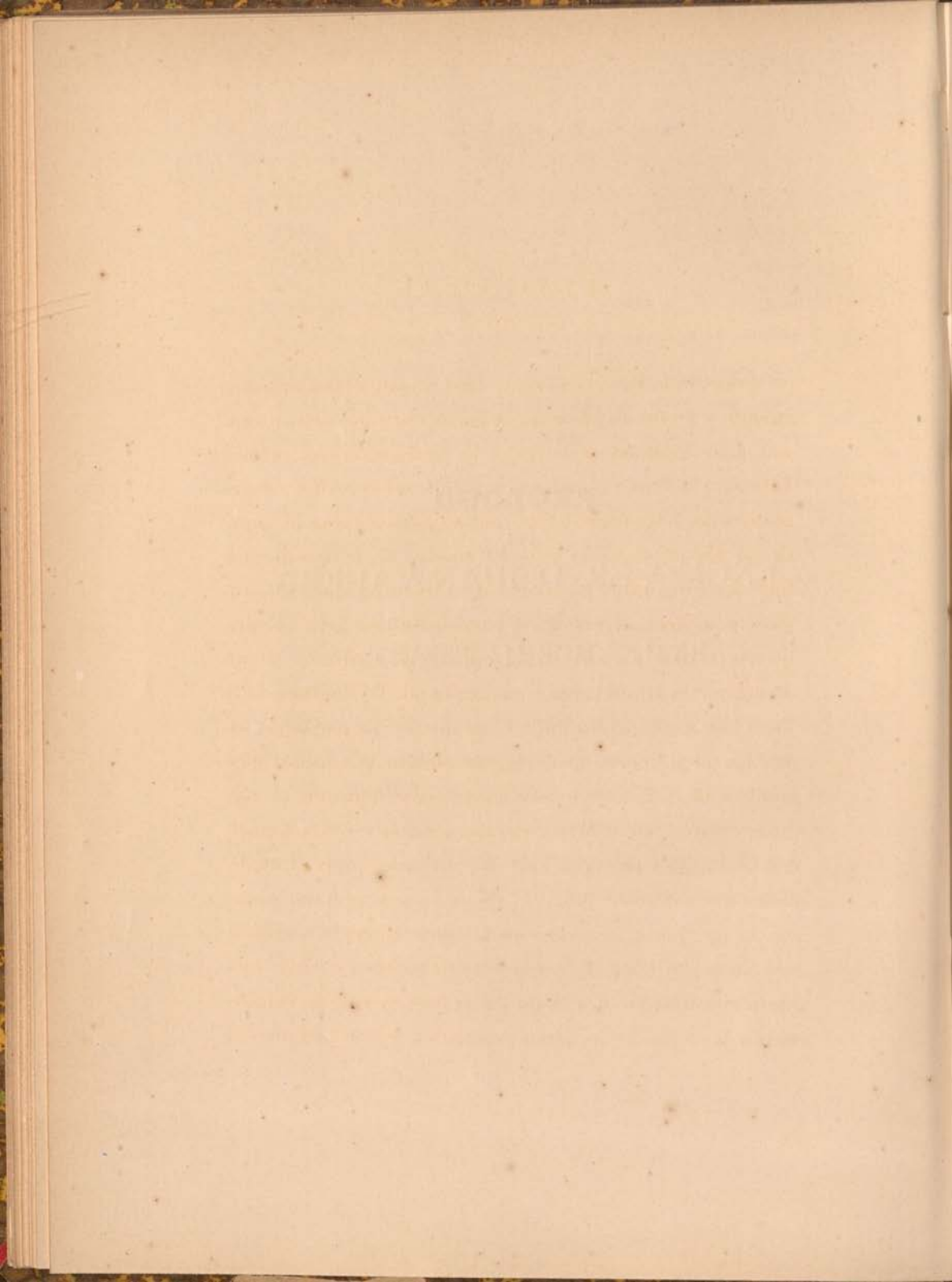
«Y habiendo aprobado la Academia el preinserto dictamen, tengo la honra de comunicárselo á V. S. I. &.

Madrid 23 de Marzo de 1899.—*El Secretario*, Mariano Catalina.»

Este dictamen fué aprobado por los Señores Académicos siguientes: Conde de Cheste, Valera, Núñez de Arce, Conde de Casa Valencia, Menéndez Pelayo, Pidal (D. Alejandro) Mir, Benot, Comelerán, Fabié, Fernández González, Liniers, Palacio, Echegaray, Marqués de Pidal, Sellés, Conde de la Viñaza, Fernández Flores y Catalina.

---

**PRÓLOGO**  
DEL  
EXCMO. SR. D. JUAN VALERA,  
DE LA  
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



## PRÓLOGO

---

Con cuidadoso esmero y tino, y con claro entendimiento y exaltado amor de la hermosura del texto original, hizo Ventura de la Vega la traducción del primer Libro de la ENEIDA. Al leer esta traducción no hay aficionado á las letras españolas, que no lamente que el autor de *La muerte de Cesar* y de *El hombre de mundo* no nos haya legado sino el comienzo de una obra, que, si estuviese completa, acrecentaría con espléndida joya nuestro tesoro poético. La idea y el propósito de continuar y aun de acabar la difícil tarea comenzada por D. Ventura de la Vega han asaltado sin duda la mente de no pocas personas. En el número de éstas me cuento yo desde hace muchos años. Y movido por mi deseo, y fiado en la singular aptitud, en el fervoroso entusiasmo y en la tenacidad infatigable para dar cima á semejante empresa, cualidades que mi recto juicio y generosa amistad me hicieron creer que concurrían en D. Luís Herrera, animé á este ilustrado Sacerdote, cuyo estro poético y cuya elegante maestría en el manejo de la lengua y de la versificación castellanas me eran conocidos, y son justamente

celebrados por la divulgación de no pocas de sus composiciones originales, á fin de que prosiguiera el trabajo yá tan dichosamente comenzado, y le terminase de suerte, que su continuación y término no fuesen inferiores al principio.

Estimulado por mí y por otros sujetos más competentes y autorizados que yo en asuntos literarios, el Señor D. Luís Herrera venció la modestia, que de tan árduo empeño le retraía, puso manos á la obra, se desveló, trabajando en ella con fe, asiduidad y cariño, y como resultado al fin de su desvelo y de su trabajo nos da hoy la traducción de cinco libros que, unidos á la yá tan encomiada traducción del primero, componen la mitad de la magnífica epopeya del vate mantuano.

D. Luís Herrera no se desanima, se propone llevar la traducción adelante, y espera terminarla; pero antes anhela dar á conocer al público lo que ha hecho hasta ahora, para ver si el público le estimula con su aprobación, ya que no le premie como merece. Harto conoce D. Luís Herrera que su obra es tan ingrata como árdua, y que es imposible que en el día, y singularmente en España, reciba por galardón gran popularidad.

Por extraordinario que sea el valer del traductor, aunque lo traducido por D. Luís Herrera no se considere inferior á lo traducido por D. Ventura de la Vega, toda-

vía no puede negarse que ambos tienen que quedar por bajo de la perfección maravillosa del épico latino.

Y por otra parte, nuestro modo de sentir y pensar, tan distinto de lo que se sentía y pensaba cuando hace cerca de dos mil años Virgilio escribió su poema, requiere para penetrar su significado, y para comprender el efecto pasmoso que haría en las almas de los contemporáneos del poeta, unificándose simpáticamente con ellas, que un saber no común y algo de segunda vista histórica, para contemplar lo pasado, iluminen la mente de los lectores, y que tengan éstos además imaginación bastante, ó para trasladarse en espíritu al momento en que Virgilio escribe, ó para sobreponerse á todo momento, subiendo con la idea á la elevada región desde donde se columbra todo el proceso y curso de los acontecimientos históricos, y se perciben el valer y la importancia de cada concepto en el punto en que toma forma, y surge y aparece en el seno del humano linaje.

La ENEIDA, pues, ya en latín para los que pueden y saben leerla en latín, ya traducida, aunque esté fiel y hábilmente traducida, es imposible que sea en la edad presente un libro popular en nación alguna, por muy culta que sea esta nación, y por mucho que los estudios clásicos florezcan en ella. La ENEIDA, lo mismo en latín que bien traducida al castellano, sólo puede aspirar hoy

á ser obra de agradable lectura, y á interesar y á conmover á los refinados y eruditos. Y no basta para ello haber estudiado muchas *humanidades*, sino que es menester asimismo poseer delicada inteligencia crítica y no escaso poder de la fantasía, para convertirse, al leer la ENEIDA, en romano del siglo de Augusto, ó para remontarse por cima de la corriente de los siglos, y percibir algo del orden y concierto, que nacen de su marcha majestuosa.

A mi ver, la ENEIDA puede calificarse de poema único, como también es único el vate que la compuso.

En antiquísimas edades, casi prehistóricas y semidivinas, en la cuna de nacionalidades y civilizaciones, hay siempre una materia épica difusa, más ó menos rica y brillante, que viene á tomar forma, y á ser como producto impersonal y como creación del genio ó espíritu colectivo de toda una raza ó de todo un pueblo. Tal vez la informe rudeza del áspero y primitivo lenguaje, en que la tal materia épica difusa se reconcentra y toma cuerpo, rebaja la sublimidad y desluce la hermosura de la epopeya, así creada; pero cuando, por dicha, el lenguaje en que la epopeya ha de aparecer y vivir alcanza en la ocasión propicia toda la capacidad conveniente, la epopeya nace completa, y todo lo perfecta que puede ser una obra humana. En ella está ya contenida en germen la civilización futura

del pueblo que la crea; y las artes, las ciencias, la filosofía, la oratoria, los destinos guerreros y políticos y hasta la expansión del espíritu de aquel pueblo por el mundo, es lícito suponer y creer que están ya contenidos en aquella epopeya primitiva, y que van á desenvolverse, y á brotar de ella como la planta de la semilla fecunda y jugosa. El más acabado y completo modelo de esta epopeya inicial y en cierto modo impersonal, es sin duda la *Iliada*. Muchos otros pueblos poseen epopeyas de la misma clase, pero todas inferiores, así por la relativa pobreza de la forma, como por la escasez de gérmenes en el contenido. La *Iliada* es superior á toda otra epopeya popular inicial, compuesta antes ó después de ella, porque bien puede afirmarse, valiéndonos de una imágen empleada yá mil veces, que así como la *Minerva mítica* salió de la cabeza de Júpiter, la *Minerva griega*, madre gloriosa del saber y de la hegemonia de las naciones europeas sobre las demás naciones del mundo, surgió grande y armada del cerebro del real ó imaginado divino Homero, cantor ó colector del armónico conjunto de cantos, que ensalzan é inmortalizan la cólera de Aquiles.

Hay otras epopeyas, escritas en épocas de gran cultura, eruditas y artificiales, que tienen notable mérito, que honran y ensalzan el pueblo y el idioma á que pertenecen, pero que distan mucho de tener la trascendencia

y la importancia de la verdadera poesía épica popular, aunque sea muy ruda. A esta clase de poemas artificiales, dignos sin duda de estimación y aun de gloria, pero de mucho menos significado, pertenecen los *Lusiadas* de Camoens, la *Jerusalén* del Tasso, el *Bernardo* de Valbuena, y, hasta si se quiere, aquellos otros poemas, que el *mito* ó la leyenda no realza, donde lo sobrenatural es alegoría ó embuste, en que no cree el mismo poeta, y donde todo se reduce á un trozo de historia ó de crónica más ó menos primorosamente versificado.

En la cuenta de estos poemas artificiales, aunque figurando en ella como el primero, colocaríamos nosotros el poema de Virgilio, si no fuese por el singular y superior carácter que le prestan, así el ingenio poderoso y la inspiración altísima de su autor, como las circunstancias extraordinarias y la solemnidad del punto y la hora, en que dicho poema surgió de la mente del vate, y apareció á la luz del día.

El vate quiso cantar y cantó el origen legendario y poético de una ciudad única en la historia, que se hizo señora del mundo, que unificó muchos pueblos, razas y tribus, que les imprimió un sello peculiar, dándoles costumbres y leyes, y que, en el instante de su mayor grandeza y poderío, lo preparó y allanó todo, como si hubiese llegado la plenitud de los tiempos, para que so-

brevinieſen el cambio más radical y la más asombrosa revolución por que la humanidad ha pasado, renovándose la faz de la tierra. Celebra Virgilio con acento digno y sublime el soberano poder de Roma. Admirable es cuanto dice en loor de sus héroes, y cuanta frase entusiasta y feliz le dicta su musa, para poderar la gloria del imperio de Cesar. ¿Qué corazón romano no saltaría de orgullo al leer ó al oír recitar los inspirados y sonoros versos, donde Virgilio recuerda á los ciudadanos de Roma que su misión es perdonar á los vencidos, y domeñar á los soberbios, les anuncia por boca de sus divinidades un dominio sin fin, y dirige sus miras y pone como blanco de sus empresas la paz universal y la renovación del siglo de oro? Pero no son las alabanzas del soberbio encumbramiento de su ciudad las que prestan mayor hechizo á la poesía del Cisne de Mantua; su mayor hechizo reside en la inefable dulzura, en la piedad amorosa, en la ternura melancólica, en el don de lágrimas y en los mil presentimientos, que parecen sobrenaturales, que agitan el corazón y la mente del poeta, y le convierten en vidente y en adivino de una civilización nueva, que en parte se contrapone, y en parte completa la que yá existía, y cuyos fundamentos y principios siente él confusa y briosamente en el fondo del alma, sin atinar á explicarlos. Esta misma vaguedad nebulosa, esta misma indetermina-

ción etérea, sorprende y enamora más todavía. El espíritu de los contemporáneos del poeta hubo de sentirse, al leerle, como arrebatado á desconocidas regiones y á inexploradas y luminosas esferas.

Tales maravillas, tan hondos presentimientos y sentimientos se manifiestan y expresan en versos primorosamente cincelados, hermosos y firmes, como para resistir la impetuosa corriente de los siglos, y en un rico y enérgico idioma, que había llegado entonces al colmo y á la cumbre de su perfección más completa, y del cual, al corromperse mucho más tarde, habían de brotar y retornar los diversos lenguajes de las más cultas naciones de Europa y, por consiguiente, del mundo.

Este raro y exquisito primor de la forma, por donde Virgilio es insuperable y no tiene rival entre cuantos poetas han cantado en su lengua y en las demás lenguas humanas, hace que una buena y exacta traducción en verso de sus obras, sea punto menos que irrealizable. No es, sin embargo, de censurar, y sí de alabar, quien en tal empeño se pone. A mi ver la traducción en prosa de un poeta vale muy poco para dar idea de él, por fiel y exactamente que se haga. El sentir, el pensar y el imaginar poéticos tienen en el verso su forma adecuada y en prosa disuenan. La prosa poética parece prosa en delirio. Hay algo de afectación y hasta de falsedad intole-

rable en los conceptos, pasiones, fábulas é imágenes de la poesía cuando se expresan en el habla corriente y pedestre en que de diario hablamos y discurremos. El estilo florido, épico ó lírico, requiere el metro ó la rima, y algo además que sea locución, giros y hasta palabras donde lo usual y corriente ceda su puesto á lo elevado y peregrino, y donde, ya que así no sea, parezca que el que habla no habla enteramente por sí, crítica y reflexivamente, sino movido por el numen que le posee y domina. Hablar ó escribir así en prosa, sobre todo en esta edad llamada de la razón, produce, al menos para mi gusto, muy pícaro efecto, aunque protesten contra lo que afirmo Fenelón, Florian, Chateaubriand, Quinet y otros autores.

No obsta lo yá dicho á que las traducciones de los poetas, hechas literalmente y en prosa, sean útiles como aparato auxiliar ó instrumento filológico para la inteligencia y la interpretación de los textos originales, valiéndose de ellas los aficionados y curiosos, que saben á medias ó muy poco la lengua del poeta, cuyas obras anhelan comprender.

En cambio toda traducción en verso, á no ser pésima, dá idea aproximada del poeta que se traduce, y aún puede esta idea frisar con la altura y con la excelencia de lo real, como el verso no sea sobrado dificultoso y tal vez contrario á la índole de la composición que se traduce. Condono, pues, la traducción de un poema latino en es-

trofas aconsonantadas y hasta en romances. En estrofas aconsonantadas, en octavas, por ejemplo, existe la contra de que cada octava es como un todo pequeñito, donde, para redondearle, digámoslo así, tal vez necesita el traductor poner algo de su cosecha, desfigurando y afeando quizá la obra que traduce, y donde, á fin de encontrar los consonantes, casi nunca acierta el traductor á ser fiel, y á no caer en la tentación de erigir su monumento amontonando ripios en abundancia deplorable.

En alemán y en inglés, no entraré aquí á dilucidar con qué éxito, se componen exámetros y otras clases de metros latinos ó griegos, en los cuales pueden traducirse ó se traducen los poemas de la antigüedad clásica. En castellano también pueden componerse exámetros, y hasta se han compuesto, pero todos los poetas ó versificadores que tal cosa hacen suelen hacerla con muy severa parsimonia. No explicaré yo por qué, y me limitaré á dar por seguro que más de dos ó tres páginas en exámetros castellanos no ha de haber criatura que las resista y las trague. D. Sinibaldo de Mas tuvo, no obstante, la obstinación y la paciencia suficientes para traducir toda la ENEIDA en algo que él llama exámetros. Yo confieso mi ignorancia en prosodia. Apenas distingo en castellano las sílabas breves y largas, salvo cuando cae sobre ellas el acento, y no es comprensible para mí que haya dos

sílabas largas seguidas. Ignoro cómo se midan los espondeos y los dáctilos, ni me explico cómo se compongan versos contando por pies y no por sílabas. No he de negar por eso que en la traducción de la ENEIDA, hecha en exámetros por el Sr. de Mas, se percibe un sonsonete bastante parecido al de los exámetros en latín, pero los que están en latín no cansan, sino que agradan, y los de D. Sinibaldo fatigan y apesadumbran. Verdad es que D. Sinibaldo, si bien ha contado con uno de los elementos que debe emplear el buen versificador, esto es, con el metro, ha prescindido de otro elemento acaso más esencial, á saber, de la dicción poética. Su dicción es sobrado familiar, llana y rastrera, es pintoresca á veces, pero vulgarísima. Se recuerda, al leer la traducción de D. Sinibaldo, aquel involuntario chiste del dómine que para traducir *fama erat*, tradujo *corría cierto run run*. De todos modos, no puede negarse que la traducción de la ENEIDA de D. Sinibaldo es una interesante curiosidad literaria, y un faro además para mostrarnos los peligros, y para evitar los escollos de las traducciones y composiciones examétricas en nuestro vulgar idioma.

Lo que conviene, por lo tanto, para traducir en castellano la poesía latina, es el verso libre endecasílabo, del que se valieron D. Ventura de la Vega antes, y después nuestro D. Luís Herrera. Y no se presuma que por eli-

minar las dificultades que presenta la rima, sea este género de versificación muy fácil. Por el contrario; la carencia de consonantes exige como compensación que sean los versos muy sonoros y bien medidos, y sobre todo que no se adviertan en ellos palabras que huelguen, y que sea la dición, á par de correcta, briosa, poética y elegante, á fin de que los versos no sean desmayados y flojos, y peores que la más vil de las prosas, ya que la prosa, cuando es buena, tiene también su ritmo, sus primores y sus musicales cadencias.

Nuestros poetas han sido poco felices al ejercitarse en escribir versos endecasílabos libres. Asi es, por ejemplo, que la traducción de *La Odisea* de Gonzalo Pérez, padre del famoso Secretario Antonio Pérez, es casi tan ramplona como la prosa más desmayada. Sólo á fines del siglo pasado, ó más bien en el primer tercio del presente siglo, han empezado á escribirse en España buenos y robustos versos endecasílabos libres, imitando á Parini, Fóscolo, Monti, Manzoni y otros vates italianos, excelentes maestros en esta clase de versificación. Entre nosotros D. Leandro Fernández de Moratín es quien ha escrito los mejores versos de esta clase. Muy por bajo deben ponerse los versos en que Hermosilla tradujo *La Ilíada*, aunque distan mucho de merecer la acerba censura que lanzan contra ellos los más acérrimos contrarios de lo

que se llamó el clasicismo cuando el romanticismo estaba de moda. Después de Moratín se han hecho en castellano, en verso endecasílabo libre, algunas excelentes traducciones de poesías latinas, descollando á mi ver entre todas las de D. Juan Gualberto González. No desmerece de ellas la traducción de D. Ventura de la Vega del Libro primero de la ENEIDA.

Y ahora diré para terminar, que el trabajo y el afan cuidadoso con que D. Luís Herrera se ha aplicado á continuar la obra de D. Ventura no son en manera alguna estériles, sino que han dado sazoadísimo fruto, digno de grande alabanza. Yo me complazco en dársela, y me atrevo á recomendar y á celebrar esta obra, que hoy se presenta al público, desechando el temor de que alguien me increpe de que yo me celebre y me aplauda á mí mismo, ya que fuí consejero y provocador del acto, del cual, á ser delito, sería yo cómplice.

Por fortuna, no es delito, sino obra muy benéfica para las letras y muy grata á las musas castellanas la que D. Luís Herrera ha realizado. Según mi juicio, D. Luís penetra hondamente en el pensamiento y en el sentir del gran poeta, y atina con las frases y giros más propios para expresarlos en nuestro idioma, sin amplificar ni parafrasear, sino siendo fiel y sobrio. La lengua de que se vale es pulera y castiza; y sin trasposiciones violentas

y sin culteranismo, sino empleando frases naturales y sencillas, tiene estilo elevado y poético, nada indigno del asunto en que se emplea.

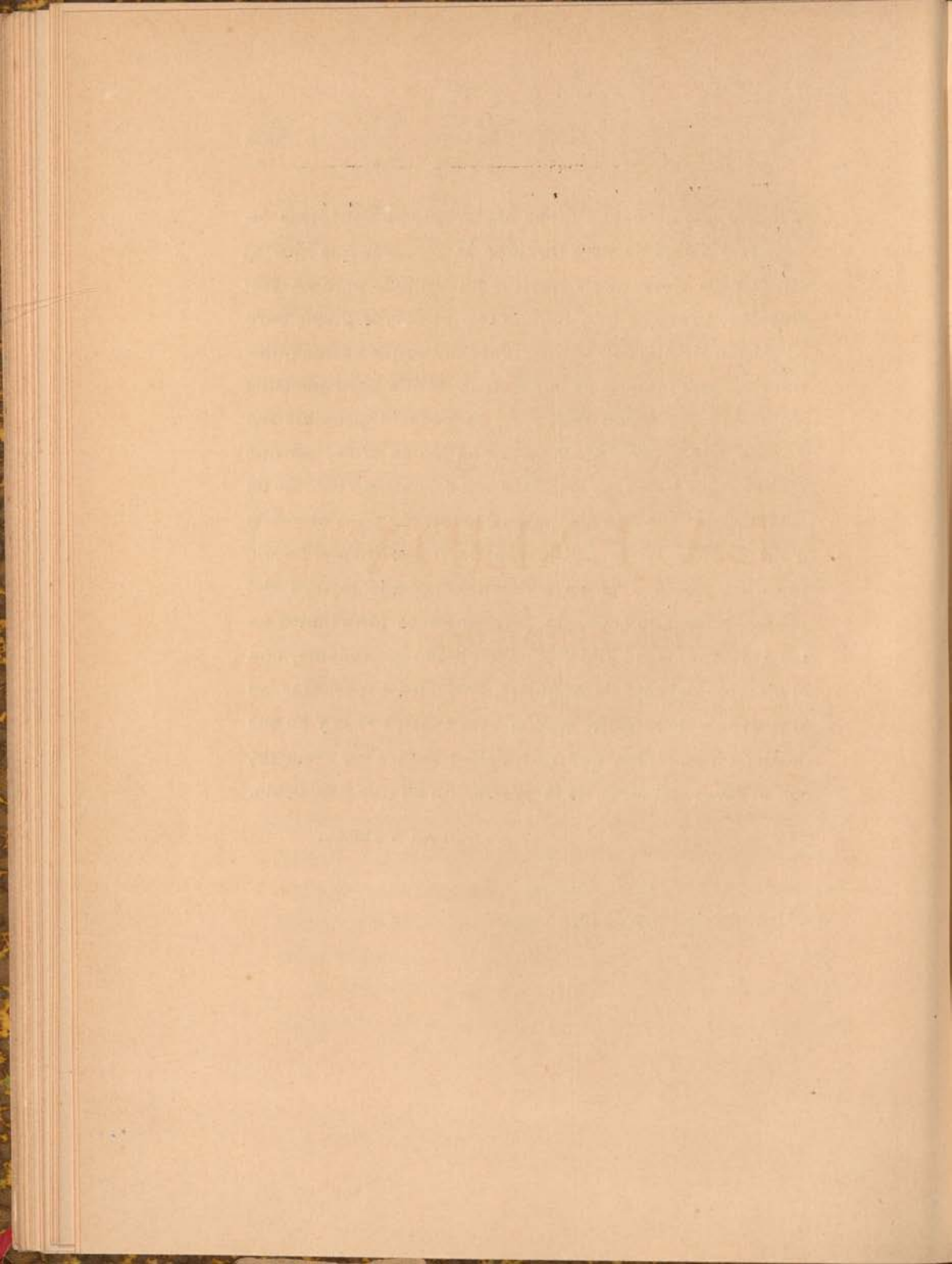
En suma, esta traducción, el día en que se acabe, me atrevo á asegurar que será la más apropósito que hasta hoy tenemos para que vislumbren, entrevean y comprendan, hasta cierto punto, los españoles que ignoran el latín las bellezas pasmosas de la obra capital de Virgilio: del egregio cantor cuya voz melodiosa suena proféticamente en el siglo de oro de los romanos gentiles augurando la transformación del orden social, y civilización más humana y congregación más universal que la del imperio de los Césares: del maestro y guía del Dante, inmortal iniciador de la poesía moderna; y del que, en las penumbras de los siglos medios y en el alborear del primer renacimiento, sin que eclipsasen su resplandor los nuevos ideales de hazañas, amores, lances caballerescos é ideas místicas y ascéticas, persistió viviendo en la mente de los doctos, como dechado y cumplido modelo de cuantas elegancias y de cuanta hermosura caben en la palabra humana, y en la mente del indocto vulgo, como estupendo mago, creador de prodigios, y diestro y dichoso en amorosas empresas.

Todo lo que aquí queda dicho acaso sea tildado de supérfluo por no pocos lectores. ¿Qué puedo yo decir de

Virgilio que no hayan dicho mejor que yo mil otros escritores? Válgame para disculpa la promesa que hice al Sr. D. Luís Herrera de escribir un prólogo para su traducción, promesa que cumplo con el mayor gusto, pero al mismo tiempo con temor ó recelo. Porque en cualquier ocasión, esta materia es harto encumbrada para que suba yo hasta tocarla con tino, y en la ocasión presente me parece aún menos apropiósito que yo la trate, porque embargados todos los espíritus con el inmenso cúmulo de calamidades que nos abruma, ó prestarán poca atención á mi discurso, ó le calificarán de impertinente. Dejen, pues, de leerle, y pasen á deleitarse con la lectura del poema, buscando consuelo para nuestros infortunios en los infortunios de Ilión, y concibiendo igualmente, con el ejemplo del hijo de Anquises, sublimes esperanzas en el porvenir de nuestra nación y de nuestra raza y en sus destinos inmortales, que no pueden menos de resurgir, con el favor del cielo, de la postración en que han caído.

JUAN VALERA.

Madrid 2 de Mayo de 1898.



# LA ENEIDA

---

LIBRO PRIMERO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT



# LA ENEIDA

## LIBRO PRIMERO



AS armas y el varón insigne canto,  
Que de las playas de la infausta Troya,  
Prófugo por los hados perseguido,  
Llegó el primero á la región de Italia  
Y á las costas lavinias. Sin reposo  
Fué por tierras y mares arrojado,  
A poder de los dioses, por la ira  
De la cruel y rencorosa Juno.  
Fieros horrores soportó en la guerra  
Hasta fundar los muros de Lavinio,  
E instalar sus penates en el Lacio.  
De aquí el origen del latino imperio,  
De aquí el poder de los albanos padres  
Y de la augusta Roma las murallas.

Recuérdame las causas, sacra Musa,  
Qué deidad injuriada, por qué ofensa  
Lanzara así la reina de los dioses  
En medio de tan grandes infortunios,  
Y obligara á arrostrar tales trabajos  
A este varón, por su piedad insigne.  
¡Tántas iras en almas celestiales!

Fué una antigua ciudad, que cual colonia  
Los tirios ocuparon, frente y lejos  
De Italia y de las bocas tiberinas;  
Cartago, rica en bienes y opulenta  
Y feroz de la guerra en los azares,  
Por Juno preferida sobre todas  
Las ciudades del orbe, y sobre Samos.  
Allí su carro tuvo, allí sus armas,  
Y yá en su intento procuraba entonces,  
Si los hados así lo permitieran,  
Sobre las gentes asentar su reino.

Mas entendió que de la teucra sangre  
Había de nacer raza potente,  
Que los tirios alcázares postrara,  
Y un pueblo rey, dominador del orbe,  
Soberbio en guerras, ruina de la Libia:

Tal de las parcas el fatal decreto.  
Esto temiendo la hija de Saturno,  
Y recordando la pasada guerra,  
En los campos de Troya sustentada  
En favor de su Argos tan querida,  
Ni las terribles causas de su encono,  
Ni su acerbo dolor se había extinguido  
En su enojado pecho, que guardados  
En lo profundo de su alma siente  
El juicio de Páris, y la injuria  
Del desprecio cruel de su belleza,  
La raza odiada y el honor que Jove  
Otorgara al robado Ganimedes.

Inflamada en rencor por hechos tales,  
Lejos del Lacio sin cesar lanzaba  
A los teucros, reliquias de los dánaos  
Y del pérfido Aquiles, por las olas  
Siempre arrojados del inmenso ponto,  
Largos años del hado perseguidos,  
Mares cruzando por doquier errantes.  
¡Tán ardua fué, tán colosal empresa  
Fundar de Roma el poderoso imperio!

Apenas de las playas de Sicilia

Hacia alta mar las velas desplegaban  
Llenos de gozo, y la salada espuma  
Hendiendo rompen las ferradas proras,  
Cuando Juno, perenne conservando  
Dentro del pecho la funesta herida,  
Así consigo hablaba:—«¿Que abandone  
Vencida yo la comenzada empresa,  
Y que alejar no pueda de la Italia  
Al jefe de los teucros? ¿Que los hados  
Lo prohiban así? ¿Palas no pudo  
Quemar la armada aquiva, y en las ondas  
Sumergir á los griegos por la culpa  
De uno solo, de Ajax hijo de Oiléo?  
Ella misma lanzó de entre las nubes  
Del padre Jove el encendido rayo,  
Y la flota deshizo, y con los vientos  
Las olas revolvió del ancho ponto;  
Y al mismo Ajax, que llamas respiraba  
Del pecho atravesado, arrebatóle  
En violento huracán, y contra aguda  
Roca estrellóle al fin. ¿Y yo la reina  
De los dioses y hermana al par y esposa  
De Jove excelso, por tan largos años  
En guerra estoy con la nación Troyana?

¿Y quién de hoy más á mi sagrado númen  
Prestará adoración? ¿Y quién sus dones  
Colocará en mis aras suplicante?»—

Tales ideas revolviendo Juno  
En su irritado pecho, se dirige  
A Eolia, patria de los rudos vientos,  
Cueva preñada de los fieros austros.  
En inmensa caverna el rey Eolo  
Los vientos luchadores y ruidosas  
Tempestades oprime con su imperio,  
Con cárcel y cadenas enfrenados.  
Dentro y en derredor del vasto monte  
Llenos de indignación furiosos rugen  
Con estrépito atroz. El cetro empuña  
Sentado Eolo en su elevado alcázar,  
Y calma y temple las feroces iras;  
Si tal no hiciera, los extensos mares,  
Las tierras y hasta el ancho firmamento  
Arrebataran rápidos consigo,  
Arrastrándolo todo por las auras.  
Mas tal temiendo omnipotente el padre  
En tenebrosos antros encerrólos,  
Poniendo encima gigantescos montes;

Y dióles rey, que con pactadas leyes  
Ya reprimirlos con poder supiera,  
O las riendas soltar á su mandato.

A él se llega suplicante Juno,  
Y háblale así: — «Eolo, (pues te otorga  
El rey de dioses y hombres, con los vientos  
Embravecer ó apaciguar los mares:)  
Una nación de antiguo mi enemiga  
Hoy del tirreno mar las ondas surca,  
Llevando sus penates á la Italia  
Y su Ilión vencidos; contra ellos  
Acomete violento con los austros,  
Y sumerge ó dispersa sus bajeles,  
Y sus cuerpos arroja por el ponto.  
A mi servicio son catorce ninfas  
De esbelto talle y de hermosura rara,  
Y bella sobre todas Deyopea;  
Esta contigo en matrimonio firme  
Uniré como propia y fiel esposa,  
Para vivir felices largos años,  
Por tan alto favor, y hacerte padre  
De bella descendencia.» — Dice Juno,  
Y Eolo tal responde: — «A ti tu anhelo

Te cumple proponer; á mí tan sólo  
Obedecer tus órdenes me es dado.  
Cuanto este reino es, el cetro mismo  
Y la gracia de Jove á tí te debo.  
Tú sentarme á la mesa de los dioses  
Bondadosa me has dado, y tú me hiciste  
De vientos y borrascas rey potente.»—

Dijo apenas, é impele con el cetro  
Del hueco monte el cóncavo costado,  
Y cual fiero escuadrón, los vientos rudos  
Por donde puerta dan rápidos rompen,  
Y en torbellino arrasan la ancha tierra;  
Cubren el mar, y del profundo abismo  
El Euro y Noto y proceloso el Abrego  
Con ímpetu furioso lo revuelven,  
Y enormes olas á la orilla lanzan.  
Y siguese el clamor de los varones,  
Crujen las jarcias, súbito las nubes  
El cielo roban y la luz del día  
A los ojos troyanos, y sus alas  
Tiende la negra noche sobre el ponto;  
Los polos truenan, incesantes cruzan  
Los rayos por el éter, y la imágen

De la muerte fatal doquier se mira.

De Eneas el horror los miembros hiela,  
Gime, y las manos á los cielos alza,  
Y —«¡Oh dichosos mil veces, clama, aquellos  
Que ante sus padres sucumbir lograron  
Bajo los muros de la excelsa Troya!  
¡Oh hijo de Tidéo, tú el más fuerte  
De la griega nación! ¡Que no alcanzara  
Yo perecer en los troyanos campos,  
Y esta vida exhalar bajo tu diestra!  
En donde yace el valeroso Hector  
Atravesado por la aquilea lanza,  
Donde el ingente Sarpedón, en donde  
Tantos yelmos y escudos, tantos cuerpos  
De héroes insignes en su curso envuelve  
El Simois, y en sus ondas los arrastra.»—

Tal diciendo, retumba por el Norte  
Deshecha tempestad, hiere las velas,  
Y levanta las olas á los astros,  
Rompe los remos, y la prora tuerce,  
Y da el costado á las soberbias ondas;  
Y acométela entonces, y la cubre  
De agua revuelta gigantesco monte.

Unos en lo alto de las olas penden,  
A otros rasgado el mar muestra su abismo,  
Hierva en la arena el férvido oleaje:  
Tres bajeles arrastra fiero el Noto,  
Y en latentes escollos los estrella,  
(Enormes rocas bajo el agua ocultas,  
Que los ítalos aras nominaron,)  
Y otros tres de lo alto lanza el Euro  
Contra las rudas sirtes y bajíos,  
¡Espectáculo atroz! y los encalla  
En insidiosos vados, y los ciñe  
Con duro banco de apretada arena.

Ruge y avanza en tanto una ola ingente,  
A la nave embistiendo de los licios,  
Que lleva al fiel Oronte, y á su vista  
Hiere en la popa, y el bajel retiembla,  
Y de cabeza al par bota al piloto;  
Gira en torno tres veces azotado  
Allí el bajel por la soberbia ola,  
Y en vórtice voraz el mar le sorbe.  
Nadando acá y allá los tristes nautas  
Por el extenso piélago aparecen,  
Y tablonos y armas y riquezas

De Troya por las aguas arrastrados.  
Yá de Ilionéo la potente nave,  
Yá la de Acates fuerte, la que manda  
Abante, y la que el viejo Aletes rige  
A la soberbia tempestad sucumben:  
Que abiertos los costados, por las grietas  
Todas reciben enemigas aguas,  
Y por las mismas grietas se deshacen.

Siente Neptuno del turbado ponto,  
Desde su hondo asiento removido,  
El fragor, y la horrisona borrasca,  
Y por su reino pródigo velando,  
E indignado á la vez, sobre las olas  
Plácido eleva la serena frente,  
Y esparcida la flota ve de Eneas  
Por todo el mar y opresos los troyanos  
Del cielo y de las ondas perseguidos;  
Y los engaños de su hermana Juno  
Y su tenaz rencor mira patentes.  
Al Céfito y al Euro al punto llama,  
Y los increpa así: —«¿Tánta osadía  
Os dá la raza vuestra, que los cielos  
Y tierras perturbáis sin mi mandato,

Oh vientos, y moveis tormentas tales?  
Pues yo á vosotros... mas conviene ahora  
Calmar del ponto las revueltas aguas;  
Después ya pagaréis por tal delito  
Condigna pena: huid, huid veloces;  
Decid á vuestro rey que no el tridente,  
Ni el imperio del mar le fué otorgado,  
Sino por suerte á mi; que él mande sólo  
En la caverna inmensa y espantosa,  
Morada vuestra, Euro, que él se goce  
En ese alcázar, y se jacte y reine  
De los cautivos austros en la cárcel.»—  
Apenas dijo, y las hinchadas olas  
Calma, y dispersa las compactas nubes,  
Y vuelve el sol. Tritón y Cimotoé  
A la vez en las rocas apoyando  
Sacan las naves, que Neptuno ayuda  
Con el tridente mismo poderoso,  
Las vastas sirtes abre, el mar aplaca,  
Y con rápidas ruedas se desliza  
Por la llanura de las quietas ondas.

Cual suele acontecer en ungran pueblo,  
Cuando en violenta sedición se alza;

Los ánimos del vulgo se enfurecen,  
Las teas arden y las piedras vuelan,  
Y el insano furor armas reparte;  
Mas si un varon preséntase prudente  
De mérito y virtudes, en silencio  
Atentos prestan dóciles oídos,  
Los ánimos dominan sus razones,  
Y los pechos serenan: tal del ponto  
Cesó el ronco rugir luego que el padre ..  
Sobre las olas su mirada tiende;  
Y al cielo abierto sus caballos rige,  
Sueltas las riendas, por el mar sereno,  
Raudo volando en su velóz carroza.

Yá cansados los teucros aceleran  
La marcha hácia los puertos más cercanos,  
Y á las libicas costas se dirigen.  
Espacioso parage allí se oculta,  
Donde una isla con sus lados forma  
Un puerto dilatado; allí se rompe  
Del alto ponto el rápido oleage,  
Y corre abierto en olas replegadas;  
En uno y otro lado enormes rocas,  
Y dos peñascos amagando al cielo;

Bajo su cumbre el mar calla tranquilo,  
Encima vasta esplendorosa selva,  
Y de imponente sombra horrendo bosque,  
Y enfrente un antro inmenso socavado  
Bajo pendientes rocas, brota dentro  
De dulces aguas manantial copioso,  
Y en torno asientos en la piedra viva:  
De las ninfas mansión. Ni las amarras  
Los cansados bajeles allí apresan,  
Ni del ancla mordaz el corvo diente;  
A este puerto con sólo siete naves  
De su escuadra total arriba Eneas:  
Y de tomar yá tierra con anhelo  
En la ribera ansiada los troyanos  
Desembarcan al fin, del mar rendidos,  
Y á descansar se tienden en la playa,  
El pedernal Acates ante todo  
Hiere, y la chispa salta, prende el fuego  
En las hojas, y aplican ramas secas,  
Y en combustible tal la llama rompe.

Y fatigados por desdichas tantas  
Sacan entonces mareado el trigo  
Por las ondas, y al par los instrumentos

De Ceres, y á tostar el util grano,  
Y á molerlo en la piedra se preparan.

A una empinada roca en tanto Eneas  
Sube, y por todo el mar la vista tiende,  
Por si lograrse descubrir á Anteo  
Por el viento tal vez allí arrojado,  
O las birremes frigias, ó á Capis,  
O en las popas las armas de Caico.  
No vé nave ninguna; mas tres ciervos  
Lejos divisa por la playa errantes  
Y una manada que tras ellos sigue,  
Cual escuadrón, paciendo por los campos.  
Párase Eneas, y en su mano toma  
El arco y voladoras las saetas,  
Armas que le llevaba el fiel Acates,  
Y primero á los tres hermosos guias,  
Que astas arbóreas en su frente lucen,  
Derriba en tierra, y á la turba luego  
Dentro dispersa del frondoso bosque  
Con los agudos dardos, ni desiste  
Hasta postrar gigantes siete piezas,  
Que igualasen en número á las naves.  
Torna al puerto, y reparte entre los suyos

Elpreciado botin, y distribuye  
El vino aquel, que en la trinacria costa  
En repletos toneles le donara  
En su partida el bondadoso Acestes;  
Y con tales palabras los anima,  
Y sus pechos asaz entristecidos  
Consuela así.—«Oh antiguos compañeros,  
Pues no olvidamos los pasados males,  
A sufrirlos mayores enseñados;  
Tambien dará un dios fin á los presentes.  
Los que de Escila la furiosa rabia  
Supisteis soportar, y los escollos  
Rugientes y las rocas ciclopéas,  
Recobrad el valor, y el miedo torpe  
Al punto deponed; gratos un día  
Acaso nos serán estos recuerdos;  
Que entre infortunios y reveses tantos  
Al Lacio nuestra ruta dirigimos,  
Allí donde los hados nos destinan  
Pacíficas moradas, y á su influjo  
Resurgirá tambien de Troya el reino:  
Sufrid, guardaos para mejor fortuna.»—  
Así les dice, y lleno de congoja  
La esperanza simula en su semblante,

Y el acerbo dolor en su alma oprime.  
Ellos al punto en preparar se afanan  
Al futuro festín la caza toda,  
Y las reses desuellan y las abren,  
Dejando así las vísceras desnudas:  
Unos en grandes trozos las dividen,  
Y en los espetos palpitantes asan,  
Ponen otros al fuego las calderas,  
Y en la hierba tendidos las perdidas  
Fuerzas con los manjares se reponen,  
Y con el rancio vino y pingües carnes.

Yá el hambre satisfecha y retiradas  
Las viandas, discurren largo tiempo  
Sobre la triste suerte de los suyos  
Perdidos á merced de las tormentas,  
Y entre el temor y la esperanza dudan  
Si tal vez vivan, ó á funesta muerte  
Sucumbieran al fin, sin que llamados  
Oír pudiesen; pero más que todos  
Lamenta el pio Eneas las desdichas  
Ora de Amico, ya del fuerte Oronte,  
Y los crueles hados presintiendo  
De Lico y Gías y del gran Cloanto.

Yá el día terminaba, y de la cumbre  
Mirando Jove del excelso Olimpo,  
Cubierto observa el mar de blancas velas,  
Y las tierras tendidas y las costas  
Y pueblos dilatados; y en la altura  
Párase de los cielos, y la vista  
De la Libia en los reinos fija al punto.  
Y tales cuitas revolviendo Jove,  
Tristísima y en llanto humedecidos  
Los refulgentes ojos le habla Vénus.

—«Oh de los hombres y los dioses padre,  
Que con poder eterno los diriges,  
Y los aterras con tu rayo ardiente:  
¿Qué delito pudieron los troyanos  
Contra tí cometer ó cuál mi Eneas,  
Que tras tantas ruinas soportadas,  
No sólo Italia, el orbe se les cierre?  
Tú prometiste que al correr los años,  
De la sangre de Teucro nacerian  
Romanos jefes, que á su imperio augusto  
Las tierras y los mares sometieran.  
¿Quién cambia pues tu voluntad, oh padre?  
Esto en verdad de la arruinada Troya

Y su triste extinción me consolaba,  
Tal los hados opuestos compensando.

»Más hora los maltrata igual fortuna,  
Y con adversos casos los persigue.  
¿Cuándo término dás, oh rey excelso,  
A tan grandes trabajos é infortunios?  
Pudo Antenor fugado del aquivo,  
Penetrar en los golfos de la Iliria,  
Y en los íntimos reinos de Liburnia,  
Y del Timavo superar la fuente,  
De donde arranca, resonando el monte  
Con estrépito atróz, por nueve bocas,  
Y desbordado mar corre furioso,  
Y piélago rugiente el campo inunda;  
Y allí de Padua la ciudad alzando  
Dió á los teucros moradas y su nombre,  
Y las armas allí fijó de Troya,  
Donde en plácida paz hora descansa.  
Y nosotros tus hijos, para quienes  
Tú de los cielos el alcázar riges,  
Perdidas nuestras naves ¡Caso inicuo!  
Víctimas somos de traición malvada,  
Por la ira de una siempre y lejos

De las itálas costas arrojados.  
¿Tal honor y piedad para tus hijos?  
¿Así el cetro ofrecido nos devuelves?»—

Mírala sonriendo cariñoso  
El padre de los hombres y los dioses  
Con el semblante aquel, con que domina  
Los cielos y deshechas tempestades,  
Y besándola al par, así le dice.  
—«Depón todo temor, oh Citeréa,  
Inmutables los hados de los tuyos  
Para tí permanecen; verás cierto  
La ciudad y los muros de Lavinio  
Prometidos á tí, y á las estrellas  
Del alto cielo exaltarás un día  
Al magnánimo Eneas: nada tuerce  
Mi voluntad. En la presente angustia,  
Que oprime el corazón, yo los arcanos  
Remotos de los hados revolviendo,  
Sus secretos intento revelarte.  
El formidable guerra hará en la Italia,  
Allí bárbaras gentes domeñando,  
Y les dará murallas y costumbres;  
Y le verán en tanto tres estíos

En el Lacio reinar y tres inviernos,  
Rendido á su poder el pueblo rútilo.

»Y tras él seguirá su hijo Ascanio,  
Que Julo por renombre se apellida,  
Ilo llamado cuando Ilión reinaba;  
Treinta giros del sol será su imperio,  
Y de Lavinio el reino trasladando,  
Fuerza terrible alcanzará Albalonga  
De fortísimos muros defendida:  
Allí yá reinará la hectórea gente  
Con augusto poder trescientos años.  
Iliá despues sacerdotisa y reina  
Gemela prole parirá de Marte.  
Por enseña llevando la piel roja  
De la loba nodriza alegre Rómulo  
Recibirá su gente, y las murallas  
Levantará del bélico Mavorte,  
Y de su nombre les dirá romanos.  
A este pueblo ni límites impongo,  
Ni tiempo le señalo de existencia,  
Que un imperio sin fin le he concedido:  
Hasta la misma Juno rencorosa,  
Que el mar, por miedo, y tierra y cielo agita.

Yá con mejor acuerdo reformada  
Protegerá conmigo á los romanos,  
La togada nación reina del orbe:  
Tal es mi voluntad y mi decreto.

•Vendrá una edad corriéndose los lustros,  
En que la raza del ilustre Asáraco  
A Ftias y á la inclita Micenas  
Postrará á su poder, y triunfadora  
Dominará sobre Argos yá vencida.  
De clara estirpe y de nación troyana  
Nacerá el grande César, cuyo imperio  
Tendrá por solo limite Océano  
Y su fama por término el Olimpo,  
Julio del nombre del excelso Julio.  
Tú en el emperio le tendrás un día  
Libre yá de peligros y cargado  
Con los ricos despojos del Oriente,  
E invocado también será con votos.

•Yá las guerras entonces extinguidas,  
De los ásperos siglos la rudeza  
Suavizada será, rigiendo el orbe  
Vesta con la alma Fé, Remo y Quirino.  
Cerradas con fortísimos cerrojos

De la guerra cruel serán las puertas;  
El impío furor sentado dentro  
Sobre un montón de formidables armas,  
Y de rudas cadenas con cien nudos  
De duro bronce por la espalda atado,  
Arrojará de la sangrienta boca  
Bramidos horrorosos.»—Tal diciendo  
El padre Jove, de la excelsa altura,  
Al hijo envía de la diosa Maya,  
Para que estén abiertos los alcázares  
De la nueva Cartago, el reino todo,  
Y benignos acojan á los teucros,  
No de los hados ignorante Dido  
De sus regios confines los lanzara.

Vuela al punto sus alas desplegando  
Por la región inmensa de los aires  
El dios Mercurio, y en las costas libias  
Párase presto, y los mandatos cumple.  
Yá de los tirios los feroces pechos  
Tórnanse humanos al divino influjo,  
Y más que todos mente favorable  
Para los teucros y ánimo propicio  
La reina siente. Mas la noche toda

Con pensamientos mil discurre Eneas;  
Y de la aurora al resplandor primero  
Salir, y los lugares ignorados  
Explorar, en su anhelo determina:  
A qué costas el viento los lanzara,  
Y quiénes, si son hombres ó son fieras,  
Pues sólo ve doquier incultos campos,  
Habiten la región, y referirlo  
Todo después á los amigos sócios.  
Y del bosque en lo cóncavo güarece  
Su flota bajo roca socavada,  
Y de árboles al par y horrendas sombras  
Ceñida en torno, y marcha acompañado  
Del fiel Acates, y en su mano agita  
Dos astas guarnecidas de anchos filos.

Sale á su encuentro en medio de aquel bosque,  
Con hábito y semblante de doncella,  
Y con armas de virgen espartana,  
Su madre Vénus, cual la tracia Harpálíce,  
Que fatiga corriendo á sus caballos,  
Y al Hebro vence en su velóz carrera.  
Pende cual cazadora de sus hombros  
Flexible el arco, y á los aires lanza

Tendidos y flotantes sus cabellos,  
Desnuda la rodilla, y la alma veste  
Sugeta con un lazo en sueltas ondas.  
Y—«Hola, dice, mancebos, habeis visto  
Alguna por aquí de mis hermanas  
Vagando errante, con aljaba al hombro,  
De piel ceñida de manchado lince,  
O al espumoso jabalí acosando  
Con clamores en rápida carrera?»—  
Dice Vénus y su hijo le responde:  
—«Ninguna ví ni oí de tus hermanas.  
¿Quién diré que eres tú, oh excelsa virgen?  
Ni es de mortal por cierto tu semblante,  
Ni humano de tu voz es el sonido.  
Eres diosa en verdad ¿Quizás de Febo  
Eres hermana, ó de las ninfas una?  
Sé feliz, y quienquiera que tú seas  
Alivia nuestra cuita. Dinos, diosa,  
Debajo de qué cielo ó á qué playas  
Lanzados somos, que los austros rudos  
Nos arrojaron y las olas fieras  
A esta región, para vagar errantes,  
Los hombres y lugares ignorando.

Caerán ante las aras muchas víctimas  
Inmoladas á tí por nuestra diestra.»—  
—«Digna en verdad no soy, responde Vénus,  
De tan insigne honor; ceñir aljaba,  
Y purpúreo calzar alto coturno  
De las vírgenes tirias es costumbre.  
Los reinos estás viendo de Cartago,  
De Agenor la ciudad, los pueblos tirios  
Y los confines de la Libia, gente  
En la guerra indomable. Tal imperio  
Rige la tiria Dido, de su pátria  
Aquí venida huyendo de su hermano.  
Larga la historia de la grande injuria,  
Largos los hechos son; mas sólo aquellos  
Habré de referir que más descuellan.

»Fué su esposo Siquéo, sobre todos  
Los de Tiro riquísimo en sus campos,  
Y amado con ardor de la infelice,  
A quien vírgen su padre la entregara,  
Y á él la uniera con primeras nupcias;  
Mas de Tiro los reinos dirigía  
Su hermano Pigmalión, el más infame  
Sobre todos los hombres por su crimen:

El ódio y el furor surgió entre ellos,  
Y éste yá ciego por la sed del oro  
Véncelo incauto, y en lugar oculto  
Ante las aras le asesina impío,  
El amor ultrajando de su hermana.  
Su crimen reservó por largo tiempo,  
Así engañando á la infeliz amante  
Con falsos dichos y esperanza inútil;  
Mas en sueños la imágen se presenta  
De su esposo insepulto, levantando  
Lívido el rostro con extraños gestos,  
Y al par mostrando las crueles aras  
Y el pecho por la espada atravesado,  
Y descubrió tan alevoso crimen  
Con vil astucia á la familia oculto,  
Y apresurar la fuga sin demora,  
Y salir de su pátria le aconseja:  
Que tesoros antiguos escondidos  
En la tierra tenía de oro y plata.  
En abundante cantidad ignota,  
Para la marcha poderoso auxilio.

»A tal relato Dido conmovida.  
Acelera la fuga, y compañeros

Prepara al punto: aquellos se reúnen  
A quienes ora el ódio rencoroso  
O el temor al tirano compelia.  
Ocupan luego las dispuestas naves,  
De oro las cargan, por el mar llevando  
De Pigmalión avaro los tesoros;  
Fué una mujer caudillo de la empresa:  
Y á los lugares arribaron, donde  
Ves levantarse los gigantes muros  
De la nueva Cartago y el alcázar.  
Compraron del solar cuanto pudiese  
Medir en derredor la piel de un toro,  
Que de hecho tal denominaron Birsá.  
¿Y vosotros, decidme, quiénes sois,  
De qué región venís; adonde ahora  
Dirigís vuestro rumbo?»—A tal pregunta  
Suspira Eneas, y del hondo pecho  
Arrancando la voz, así responde.

—«Si yo desde su origen te narrara,  
Oh diosa, nuestros males, y su historia  
Vacaras para oír, antes al día  
Término diera el astro vespertino,  
El Olimpo cerrado entre tinieblas.

Nosotros hijos de la antigua Troya,  
Si en tu oído tal vez sonó este nombre,  
Surcando por doquier mares diversos,  
Fuimos por brava tempestad deshecha  
A las costas lanzados de la Libia.

»Soy el piadoso Eneas, por la fama  
Sobre los mismos astros conocido,  
Que mis penates en mi flota llevo  
De la enemiga gente libertados;  
Busco á Italia mi pátria, mi linage  
Del altísimo Júpiter proviene;  
Surqué con veinte naves el mar frigio  
De los hados siguiendo los decretos,  
Mi madre Vénus señalaba el rumbo,  
Y apenas siete por acaso restan  
Del Euro y de las olas destrozadas.  
Y yo desconocido, errante y pobre  
De la Libia recorro los desiertos,  
De la Europa y del Asia rechazado.»—

No pudo sufrir más á quejas tales  
La diosa Vénus, y al dolor rendida  
Interrúmpele así.—«Quienquier que seas  
No odiado de los dioses hoy disfrutas

El aura de la vida, tú que vienes  
A la tiria ciudad; marcha pues hora,  
Y al palacio camina de la reina.  
Recobrarás tus socios y tus naves,  
Yo te lo anuncio, que á seguro puerto  
Serán por viento próspero impelidas,  
Si nó en vano las artes del augurio  
Mis padres me enseñaron. Mira ahora  
Aquellos doce cisnes en bandada,  
Que por el aire abierto perseguía  
El águila bajada de los cielos;  
Cuál alegres en orden dilatado  
Toman tierra los unos, mientras otros  
Observan en redor; cómo yá libres  
Se regocijan con batientes alas,  
Y el cielo en torno congregados cercan,  
Y al aire dan sus armoniosos cantos.  
Así tambien tu flota y compañeros  
O el puerto ocupan, ó, la vela hinchada  
Por favorable viento, se aproximan.  
Marcha pues, y dirige yá tus pasos  
A do te guía la presente senda. » —

Dice, y volviendo el rostro resplandece

Su rosada cerviz, y olor divino  
De ambrosía difunden sus cabellos,  
Y cayó hasta los piés su vestidura:  
Que era diosa en verdad mostró en su marcha.  
Y al conocer Eneas á su madre,  
Que de él huía, con ansioso anhelo  
Clama tras ella así.—«¿Porqué á tu hijo  
Tantas veces cruel, tú, madre mía,  
Con fingidas imágenes engañas?  
¿Porqué juntar mi diestra con la tuya,  
Y oír tu propia voz y responderte,  
No me es por suerte dado?»—Así la increpa,  
Y sus pasos dirige á las murallas.

Mas Vénus al marchar, con aire obscuro  
Y con manto de niebla los circunda,  
Para que nadie verlos ni tocarlos,  
Ni detenerlos por su mal pudiese,  
Ni la causa inquirir de su venida.  
Ella sobre los aires tiende el vuelo  
A su Pafos alegre y sus moradas,  
Do templo augusto consagrado tiene  
Y cien altares, do constante huméa  
El incienso sabéo, y tiernas flores,

Que en guirnaldas difuden sus aromas.

Ellos en tanto su camino siguen  
Por la senda, que sirveles de guía,  
Y ascienden á un collado asaz enhiesto,  
Que la ciudad domina, y ven enfrente  
Desde lo alto fortaleza y muro;  
Admira Eneas la grandiosa mole,  
Do antes fueron cabañas, y las puertas,  
La agitación y el piso de las calles.  
Ardorosos esfuérganse los tirios  
En los rudos trabajos: alzan unos  
Murallas, y el alcázar edifican,  
Las grandes piedras volteando á mano,  
Otros lugar para morada eligen,  
Y lo cercan con surcos, y señalan  
Sitio al legislador, y asiento digno  
Al magistrado y al Senado augusto.

Labran allí para formar los puertos,  
Aquí del teatro los cimientos fundan,  
Columnas gigantescas de las rocas  
Cortan al par, de la futura escena  
Alto ornamento.—Cual del nuevo estío  
A los rayos del sol en sus labores

Las pródidas abejas se ejercitan  
Por los floridos campos, cuando sacan  
De sus adultos hijos los enjambres,  
O la líquida miel labran, llenando  
Del dulcísimo néctar las celdillas,  
O aligeran del peso á las que llegan,  
O en escuadrón de la colmena lanzan  
A los zánganos torpes, gente inutil;  
Hierva el trabajo, y por doquier trasciende  
La miel con la fragancia del tomillo.  
—«¡Oh mil veces felices, clama Eneas,  
Los que ven levantarse sus murallas!»—  
Y tal diciendo, su mirada fija  
En las almenas y altos capiteles;  
Y por la niebla envuelto se introduce,  
Sin ser de nadie visto, ¡caso extraño!  
Entre aquellos varones confundido.

En medio de Cartago un bosque había  
Alegre y apacible por su sombra,  
Do fueron por las olas y los vientos  
Al principio los tirios arrojados.  
Allí encontraron al cavar la tierra  
Una señal, que Juno les mostrara,

De un corcel la cabeza, indicio cierto  
De que en guerras agregios brillarian,  
Gente para vencer siglos y siglos.  
Aquí la tiria Dido levantaba  
Templo grandioso á la deidad de Juno  
En dones opulento, y sacrosanto  
Por la presencia del divino númen.  
Por gradas de metal al átrio ascienden,  
Su construcción de vigas bien trabadas  
De duro bronce, y en los férreos quicios  
Rechinan al girar las altas puertas.

Por la primera vez en este bosque  
Nuevo suceso ofrécese á la vista,  
Y sólo entónces, el temor calmado,  
Pudo esperar su salvación Eneas,  
Y alivio en sus trabajos é infortunios.  
Mientras del grande templo los primores,  
Esperando á la reina, examinaba,  
Y admira de Cartago la fortuna,  
De los sabios artífices las manos,  
Y la labor de las preciadas obras,  
Por orden ve de Troya las batallas,  
Guerra célebre yá, por todo el orbe

Por la voz de la fama desparcida.  
Vió allí al Atrida y al anciano Priamo,  
Y al mismo Aquiles tan cruel con ambos.  
Párase, y derramando acerbos lágrimas,  
—«¿Qué región, dice, qué lugar, oh Acates,  
Hay en el orbe yá, que no estén llenos  
De las aciagas desventuras nuestras?  
Ve á Priamo; también aquí se rinde  
Premio al valor y llanto á la desgracia,  
Y el humano infortunio aquí se siente;  
Los temores desecha; nuestro nombre  
Será la salvación para nosotros.»—

Dice Eneas, y su alma entristecida  
Con la vana pintura se recrea,  
Gimiendo sin cesar, y al par bañando  
Con abundantes lágrimas el rostro.  
Allí veía en derredor de Troya  
Las luchadoras huestes: ve á los griegos  
Huyendo rudamente perseguidos  
Por la troyana juventud; ve á Aquiles  
En su carro con yelmo penachudo  
Acosar á los frigios sin reposo;  
Y no lejos de allí las blancas tiendas,

Con lágrimas, de Reso reconoce,  
Vendidas por traición al primer sueño,  
Que sanguinario devastó Diomedes  
Con matanza cruel, y á sus reales  
Condujo los caballos ardorosos,  
Sin que gustasen de Ilión los pastos,  
Ni bebiesen aún del Janto el agua.

Ve en otra parte á Tróilo fugitivo,  
Joven en lucha desigual trabado  
Con el pérfido Aquiles: ya perdidas  
Las armas, huye presuroso entonces,  
O arrastrado más bien por sus corceles,  
De espalda asido á su vacío carro,  
Empuñando aún las riendas; más su cuello  
Y cabellera por la tierra arrastran,  
Y va rayando el polvo el asta vuelta.  
De la implacable Palas entre tanto  
Al templo las matronas se dirigen,  
Al aire sus cabellos desparcidos,  
Llevando un rico peplo por ofrenda,  
Tristes y suplicantes, y los pechos  
Hiriendo y golpeando con las manos;  
Mientras la diosa, torvo su semblante,

Tiene fija en el suelo la mirada.

Mira á Aquiles vendiendo por el oro  
El cadaver de Hector, por tres veces  
En redor arrastrado de los muros,  
Y del fondo del pecho entonces exhala  
Un profundo suspiro, contemplando  
Los despojos, el carro y el cadaver  
Del amigo infeliz, y al ver á Priamo  
Extendiendo sus manos desarmadas;  
Y á sí mismo se mira y reconoce  
Con los aquivos principes mezclado.  
Vé también las falanges del Oriente,  
Y del negro Memnón las fuertes armas;  
La legión de Amazonas acaudilla,  
De lunados escudos, á la lucha  
Con furioso valor Pentésiléa,  
Que arde briosa en medio de las huestes:  
Ciñe guerrera el cinturón de oro  
Bajo el cortado pecho, y con varones  
Se atreve á combatir aunque doncella.

Mientras admira Eneas sorprendido  
Tantos primores y sucesos tales,  
Fijo en mirarlos su ánimo tan sólo,

De juventud inmensa acompañada  
La hermosísima Dido al templo llega.  
Cual del Eurota en las riberas rige,  
O en los collados del famoso Cinto  
Diana sus cantares y sus danzas,  
Seguida por doquiera de mil ninfas  
Que á acompañarla acuden; de sus hombros  
Pende la aljaba, y en su marcha augusta  
Vence á las diosas todas en grandeza;  
Intimo gozo de Latona el pecho  
Inunda con silencio misterioso.

Tal Dido, tal alegre se dirige  
Por medio de los suyos, activando  
Con su presencia las grandiosas obras  
De su ciudad, y su futuro reino.  
Y luego de la diosa en el alcázar  
Penetra Dido, y, de armas circuida,  
En la mitad del templo al solio asciende  
Bajo la excelsa bóveda elevado;  
Y en él sentada leyes y derechos  
A los varones dicta, y distribuye  
En partes justas las labores todas,  
O al fallo las entrega de la suerte.

Y entonces mira de repente Eneas  
Y vé acercarse allí con gran concurso  
A Sergesto, y Antéo y á Cloanto,  
Y otros varones teucros, por borrascas  
Soberbias en el ponto perseguidos,  
Y arrojados al fin á extrañas costas.  
Túrbanse Eneas y su fiel Acates,  
De gozo y de temor herido el pecho,  
Ávidos de estrechar sus nobles diestras;  
Mas el caso imprevisto los conturba,  
Y escuchan en la hueca nube ocultos,  
Cuál fuera la fortuna de los socios,  
En qué costas dejaran sus bajeles,  
A qué venían, pues los jefes eran,  
Cual elegidos de las naves todas,  
Los que allí se acercaban suplicantes,  
Y al templo con clamores acudian.

Luego que entraron, y de hablar licencia  
Hubieron, Ilionéo, jefe insigne,  
Con reposado acento así prorrumpe:  
— «Oh reina excelsa, á quien otorga Jove  
Fundar nueva ciudad, y con justicia  
A gentes indomables poner freno:

Llegan á ti los míseros troyanos,  
Y por vientos y mares perseguidos  
Te ruegan suplicantes. De su flota  
Benigna aleja los infandos fuegos,  
Del piadoso linaje ten clemencia,  
Y mira con bondad nuestro infortunio.  
No á devastar los líbicos penates  
venimos con el hierro, ni á la costa  
A conducir tal vez presas robadas:  
Ni tal nuestra intención, ni tal soberbia.  
Puede caber en ánimos vencidos.

»Una región existe, que los griegos  
Hesperia nominaron, tierra antigua,  
Y en las guerreras armas poderosa  
Y fértil por su suelo; los enotrios  
Varones la ocuparon, y hora es fama  
Que á tal nación del nombre de su jefe  
Italia la llamó su descendencia.  
Hacia allá cominaban nuestras naves,  
Mas en borrasca de repente surge  
El tormentoso Orión, y en ciegos vados  
Soberbio nos estrella, y con auxilio  
De los rugientes vientos, por las aguas,

Venciéndonos las olas, nos desparce,  
De escollos en escollos arrojados,  
Y pocos arribamos á tus costas.

»Mas ¿qué raza de hombres aquí habita,  
Y qué nación tan bárbara consiente  
Costumbres tales? ¿Se nos niega acaso  
Noble hospitalidad en vuestra arena?  
La guerra nos declaran, y prohíben  
En la primera tierra establecernos.  
Si el poder despreciais de los humanos  
Y la fuerza mortal, tened seguro,  
Y esperad de los dioses el castigo,  
Que ni lo justo ni lo injusto olvidan.

»Eneas nuestro rey; no entre los hombres  
Otro más justo fué, ni más insigne  
En piedad, en la guerra y en las armas.  
Si por suerte los hados le conservan,  
Si goza aún del aura de la vida,  
Si nó lo envuelven las crueles sombras,  
No anticiparte temas, ni te pese  
De contender propicia en los favores.  
Armas en las regiones de Sicilia  
Tenemos los troyanos y ciudades,

Y al claro Acestes de la sangre teucra.  
Abrigar en tus costas nos permite  
Nuestra escuadra maltrecha de los vientos,  
Y en las selvas cortar maderas aptas,  
Para rehacer los remos y las naves.  
Si nos fuera por suerte concedido,  
Compañeros y rey recuperados,  
Marchar á Italia, alegres y gozosos  
A la Italia y al Lacio marcharemos.  
Pero si toda salvación perdida,  
A ti, el padre mejor de los troyanos,  
El ponto de la Libia te sepulta,  
Ni esperanza nos resta yá de Julio,  
A las costas sicánias á lo menos,  
De do vinimos por el mar lanzados,  
Iremos á gozar nuestras moradas,  
Buscando al par á nuestro rey Acestes.—  
Tal Ilionéo; y de los teucrós todos  
Suena de aprobación sordo murmullo.

Y así en breves palabras le contesta  
Con modesto ademán entonces Dido.  
—«Deponed el temor, nobles troyanos,  
Las cuitas desechad; el nuevo reino

Y un infortunio grave me compelen  
A defender con guardias las fronteras.  
¿Mas quién de Eneas el linaje ignora?  
¿Quién la ciudad de Troya desconoce,  
Sus varones excelsos, sus virtudes  
Y los incendios de su enorme guerra?  
Ni duros corazones é insensibles  
El tirio abriga, ni ata sus caballos  
De la tiria ciudad el sol tan lejos.  
Ya el rumbo deis hacia la grande Hesperia.  
Y campos de Saturno, ó las regiones  
De Erice prefirais ó al rey Acestes,  
Con mis auxilios marchareis seguros,  
Y yo os ayudaré con mis tesoros.

»¿Quereis en este reino estableceros  
Aqui conmigo? Pues sabed que es vuestra  
La ciudad que levanto. De las aguas  
Sacad yá desde luego vuestras naves,  
Que habrá de ser tratado el pueblo teucro  
Sin diferencia alguna cual los tirios.  
Y ojalá vuestro rey, el mismo Eneas,  
Aqui arrojado por el noto fuese.  
Yo enviaré mensajeros por las costas,

Examinar los libicos confines

Yo dispondré, por si del mar lanzado  
Por ciudades ó bosques anda errante.»—

Por tales dichos esforzado el pecho,  
El fuerte Acates y el piadoso Eneas  
Romper la nube con ardor ansian,  
Y tal á Eneas se dirige Acates.  
—«¿Y qué resuelves hora, hijo de Vénus?  
Todo seguro está, recuperados  
Naves y compañeros; uno falta,  
A quien nosotros mismos sumergirse  
Vimos en medio de las fieras olas;  
Y lo demás cual lo anunció tu madre»—  
Dice, y al punto rásgase la nube  
Y por el aire abierto se disipa.  
Y preséntase Eneas, y sus hombros  
Y su rostro, á los dioses semejante,  
Brillan con clara lumbre esplendorosa;  
Porque infundió la madre al hijo amado  
Singular hermosura en sus cabellos,  
Purpúrea luz de juventud luciente,  
Y alegre majestad en sus pupilas:  
Cual añade la mano del artifice

Brillo al marfil y mérito á la plata,  
Y al pario marmol engastado en oro.

Entonces á la reina se dirige,  
Y así ante todos habla de improviso.  
—«Yo soy aquí presente el teucro Eneas,  
Por quien ahora preguntáis vosotros,  
De las líbicas ondas libertado.  
¡Oh tú la sola á quien dolor inspiran  
Las desventuras de Ilión infausta!  
Tú á nosotros, reliquias de los griegos,  
Por tierras y por mares consumidos  
En mil reveses, y de todo faltos,  
En tu ciudad y alcazar nos acojes.  
Tesoros no tenemos, Dido augusta,  
Con que rendirte las debidas gracias;  
Ni cuantos tiene la dardania gente  
Por el orbe dispersa son bastantes.  
A tí los dioses, si en el cielo hay númenes,  
Que miren con amor á los piadosos,  
Y la justicia, si en la tierra existe,  
Y la propia conciencia de lo recto  
Premio digno te dén. Feliz el día  
En que gozaste de la luz primera,

Y mil veces felices los ilustres  
Padres que venturosos te enjendraron.

Mientras los ríos á los mares corran,  
Mientras rodeen las sombras á los montes,  
Mientras los astros en el cielo brillen,  
En cualquiera región que yo existiere,  
Tu nombre vivirá, tu honor y gloria»—  
Dice, y la diestra mano dá á Ilionéo,  
Y á su amigo Seresto al par la izquierda,  
Luego á los otros, y al valiente Gias  
Y al gran Cloanto.

#### La fenicia Dido

Suspensa queda ante el primer aspecto  
De aquel varón y su funesta suerte,  
Y así comienza á hablar. — «Hijo de diosa:  
¿Qué hado tan adverso te persigue  
Por tan grandes peligros, y qué fuerza  
A tan bárbaras costas te lanzara?  
¡Conque tú aquel Eneas, á quien Vénus  
Del Simois frigio en la ribera undosa  
De su dárdano Anquises concibiera!  
Recuerdo que en verdad un tiempo vino  
De su patria á Sidón Teucro expulsado,

Con el poder de Belo pretendiendo  
Nuevo reino fundar. Belo mi padre,  
Que á Chipre entonces conquistado habia,  
Y sometió triunfante á sus dominios.  
Yá desde el tiempo aquel la triste suerte  
Supe y ruina de la infausta Troya,  
Y tu nombre y los reyes de la Grecia;  
Que él mismo, aunque enemigo, con elogios  
Insignes ensalzaba á los troyanos,  
Y en venir se gloriaba de su estirpe.  
Entrad, jóvenes, pues, en mis moradas,  
Que á mí tambien fortuna semejante  
Por trabajos innúmeros llevóme,  
Hasta que al fin del hado perseguida  
Aquí fijarme por bondad le plugo.  
Y no ignorando lo que son desgracias,  
Aprendí á socorrer al desgraciado.» —

Tal habla, y á la vez conduce á Eneas  
A su real palacio, y en los templos  
Manda rendir honores á los dioses;  
Y veinte toros á la playa envía  
A los troyanos, y á la par cien lomos  
De ingentes y cerdosos jabalíes

Y cien pingües corderos con sus madres,  
Y el don y la alegría del Dios Baco.  
Y del palacio el interior decoran  
Con fausto regio y esplendente lujo,  
Y disponen en medio del alcazar  
El futuro festín: allí tapices  
De púrpura soberbia bien labrados  
Con arte prodigiosa; y en las mesas  
Inmensa cantidad de rica plata,  
Y las grandes hazañas de sus padres  
Cinceladas en oro, ilustres hechos  
En larga serie de varones tantos  
Desde el principio de su antigua estirpe.

En esto Eneas, pues vivir tranquilo  
El paternal amor no le consiente,  
A las naves envía con presteza  
Al fiel Acates, que á su Ascanio informè,  
Y á la ciudad consigo le conduzca.  
Todo el amor del cariñoso padre  
Está en su Áscanio, y su cuidado todo.  
Manda además traer preciosos dones  
De las ruinas de Ilión salvados:  
Con figuras artísticas bordadas

Un regio manto recamado en oro,  
Y un velo ricamente entretejido  
Con fimbria regia de amarillo acanto,  
Que galas fueron de la argiva Elena,  
De Micenas sacadas cuando á Troya  
Marchara con adúltero Himenéo,  
Don admirable de su madre Leda.  
También el cetro que en Ilión usara  
La hija mayor del infelice Priamo,  
De perlas un collar y una corona  
De oro labrado y rica pedrería;  
Y á cumplir los mandatos se apresura  
El fiel Acates, y á las naves marcha.

Mas propósitos nuevos en su mente  
Citeréa máquina y nuevas artes:  
Que con distinta faz, distinto aspecto  
Venga Cupido en vez del dulce Ascanio,  
Y con sus dones en amor furioso  
El corazón inflame de la reina,  
Y el fuego por sus huesos se difunda.  
Que el hospedaje sospechoso teme  
Y á los tirios falaces, y la indigna  
La rencorosa Junc; y por la noche

Recorren por su mente mil cuidados,  
Y así al amor alado se dirige.  
—Hijo, mi fuerza y mi poder tú solo:  
Tú que desprecias del supremo Júpiter  
Los rayos que vencieron á Tiféo,  
A tu númen acudo, y suplicante  
Hoy tu poder imploro. Bien conoces  
Que del soberbio mar tu hermano Eneas  
Fué por todas las costas arrojado,  
Por encono de Juno vengativa,  
Y su dolor mil veces lamentaste:  
Hora le hospeda la fenicia Dido,  
Y con dulces palabras le retiene;  
Yo de tal hospedaje el fin recelo  
Por la funesta intervención de Juno,  
Jamás ociosa en ocasión propicia.  
Así medito anticiparme á ella  
En los engaños, y á la reina Dido  
Encender en amor, no por desgracia  
Cambie su voluntad cualquiera númen;  
Mas ame á Eneas con amor ardiente,  
Cual yo le amo. Y si saber el medio  
De lograr mi propósito desear,  
Escucha ahora el pensamiento mio.

»El niño Ascanio, mi mayor delicia,  
Por llamamiento de su tierno padre  
A marchar á Sidonia se prepara,  
Llevando dones de la extinta Troya,  
De las llamas y el piélago salvados;  
A éste dormido con profundo sueño  
Le ocultaré yo misma ó en Citera,  
O de la Idalia en el sagrado bosque,  
No el engaño conozca y se presente.  
Una noche no más tú su semblante  
De todos conocido astuto finge,  
Y niño engaña con la faz del niño.  
Y cuando Dido al fin regocijada  
Te estreche en su regazo entre las regias  
Mesas y los licores de Liéo,  
Cuando te abrace, y en tu rostro imprima  
Osculos dulces, tu secreta llama  
Infunde en ella, y con veneno burla  
Su incauto pecho.»—Los mandatos cumple  
De su querida madre el Dios Cupido,  
Y deponie las alas, y gozoso  
Marcha con el andar del propio Julo.  
Plácido sueño por los miembros riega  
De Ascanio Vénus, y al idalio bosque

En su seno abrigado lo conduce,  
Donde el suave almoraduj le abraza  
Con olorosa flor y dulce sombra.

Yá marchaba Cupido obedeciendo,  
Y á los tirios llevaba regio dones  
Alegre, acompañado de su Acates.  
Cuando llegó, la reina se coloca  
En medio de tapices suntuosos  
En su lecho de oro recamado.  
La teuera juventud concurre entónces,  
Y con el padre Eneas se aproximan,  
Y en la tendida púrpura se sientan:  
Los pages dan para las manos agua,  
Y estienden los finisimos manteles,  
Y el pan en canastillos distribuyen;  
Cincuenta mozas del palacio dentro  
En larga fila, en preparar se ocupan  
Manjares numerosos, conservando  
El fuego para honrar á los penates,  
Y otras ciento además y cien mancebos  
De edad iguales, y dispuestos todos  
Para cargar las mesas de viandas,  
Y ministrar las copas con los vinos.

En los alegres atrios se congregan  
Y entran los tirios, y en pintados lechos  
Asiéntanse también al ser mandados.  
Y de Eneas las dádivas admiran,  
Del bello Julo el encendido rostro,  
Sus fingidas palabras, y su veste  
Y el rico velo de amarillo acanto.  
Y en especial la infortunada Dido,  
Yá destinada á próxima ruina,  
Saciar no puede de su mente el ansia,  
Y arde en intenso amor mirando sólo,  
Del niño al par prendada y de los dones.

Mas luego que abrazó Cupido á Eneas,  
Cariñoso pendiente de su cuello,  
De amor llenando á su fingido padre,  
A Dido se dirige en tierno abrazo:  
Esta sus ojos en el niño clava,  
Y le estrecha ardorosa contra el pecho,  
Y en su regazo con amor le abriga,  
No conociendo la infelice Dido  
El Dios tan grande, que en sus brazos tiene.  
Cupido al par las órdenes recuerda  
De su madre Acidalia, y va borrando

La imagen de Siquéo poco á poco,  
Del corazón de Dido, pretendiendo  
Nuevo amor encender y viva llama  
En pecho yá de amores olvidado,  
Y en corazón por largo tiempo ocioso.

Luego que terminó el primer banquete,  
Y alzados de las mesas los manjares,  
Grandes copas ministran con los vinos  
De flores coronadas. Rompe al punto  
El clamoroso estrépito, y las voces  
Corren y atruenan los estensos atrios.  
De los dorados artesones penden  
Lámparas encendidas, cuya lumbre  
Ahuyenta las tinieblas de la noche.

Pide entonces la reina la grandiosa  
Copa de oro y de preciadas piedras,  
Y llénala de vino, la que Belo  
Y tras él sus ilustres sucesores  
En el real banquete usar solian,  
Y todo yá en silencio así prorrumpe.  
— «Júpiter, que á los huéspedes amparas  
Con tu poder y leyes: haz que sea  
Este día feliz para los tirios

Y los que vienen de la extinta Troya,  
Y también lo recuerden nuestros nietos.  
Ven, oh Baco, dador de la alegría,  
Y tú, potente Juno bondadosa.  
Y vosotros, oh tirios, favorables  
Celebrad y aplaudid este concurso.» —  
Dice, y liba en la mesa el néctar sacro,  
Y la copa sus labios toca apenas,  
Y á Bicias dala, y á beber le excita.  
El presuroso la espumante copa  
Apura, y se rocía con el vino,  
Y beben luego los ilustres próceres.

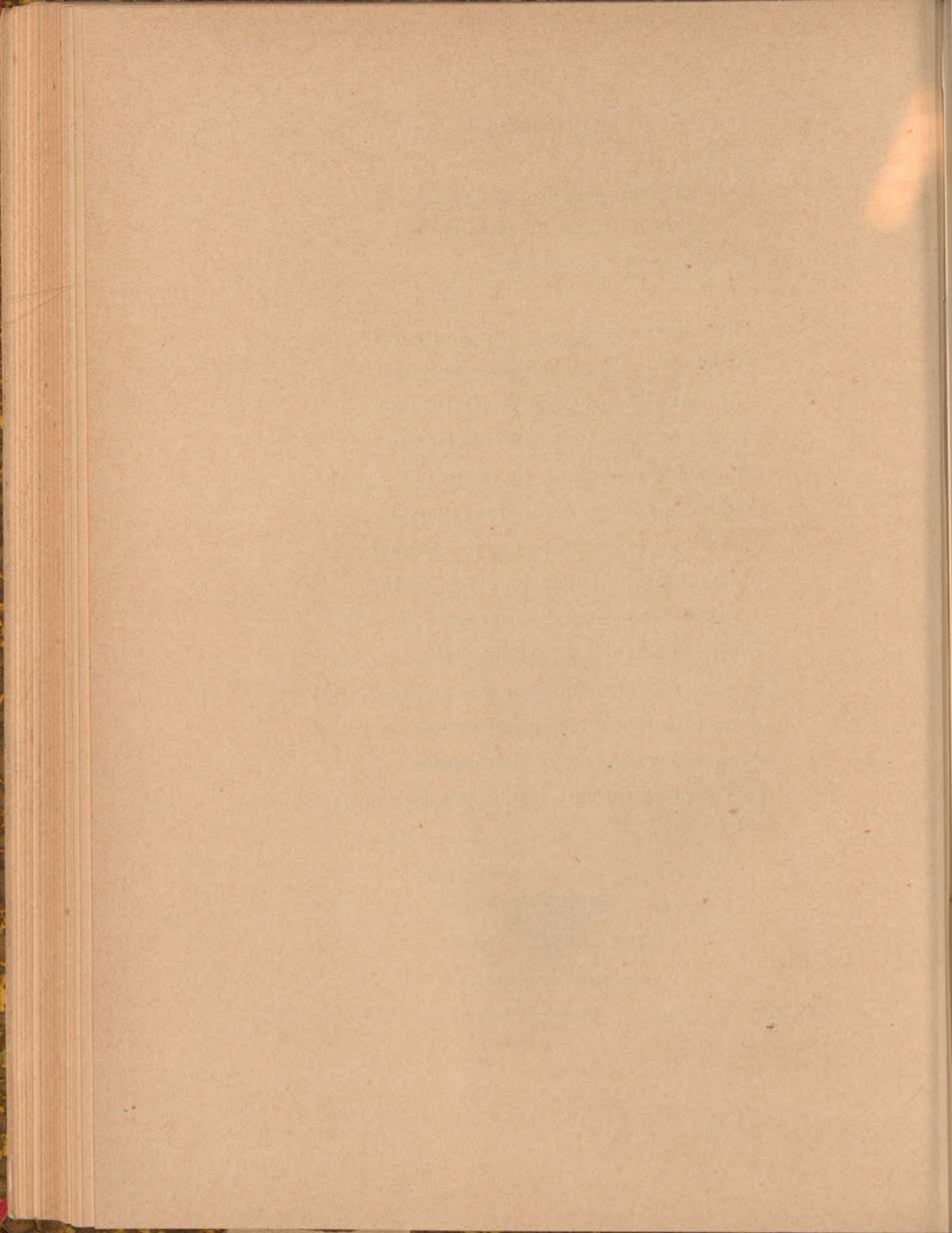
Tañe el crinado Iopas dulcemente  
En su templada cítara de oro  
Lo que el insigne Atlante le enseñara.  
Canta la errante luna, los diversos  
Giros del claro sol, canta el origen  
Del humano linaje y de las bestias,  
Dónde la fuente de las lluvias, dónde  
La hoguera de los rayos, canta á Arcturo,  
Las pluviosas Hiádas, las dos Osas;  
Porqué el sol invernal se precipita  
A hundirse en Oceano, y cuál la causa

Del marchar perezoso de las noches.  
Y repiten los tirios los aplausos,  
Y les siguen los teucros.

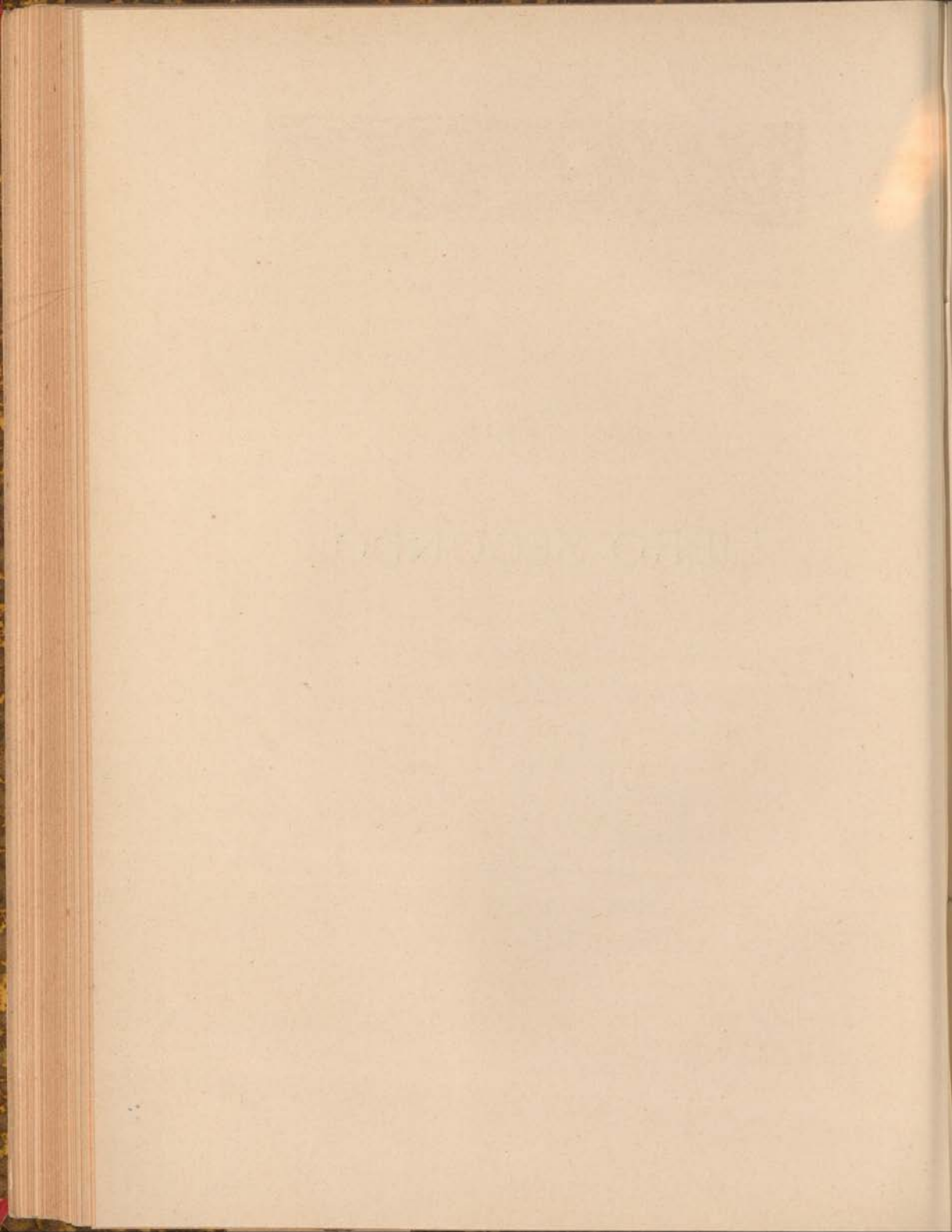
La infelice

Dido entre tanto en pláticas diversas  
Bebiendo largo amor la noche pasa,  
Mil cosas preguntando sobre Priamo,  
Mucho también del valeroso Hector,  
Con qué armas el hijo de la Aurora  
Vino á la guerra, cuáles los famosos  
Caballos que condujo el gran Diomedes,  
Y cuál fuera el poder del fiero Aquiles.  
— «Hora pues, huesped, nárranos, le dijo,  
Desde su origen las perfidias griegas,  
Los graves infortunios de los teucros,  
Y tus inciertos é infelices rumbos:  
Pues te llevan errante siete estios  
De tierra en tierra y por los mares todos.»





LIBRO SEGUNDO





## LIBRO SEGUNDO

**C**ALLARON todos de su voz pendientes,  
Y dice Eneas desde el alto asiento.  
—«Renovar un dolor imponderable  
Mandas, oh Reina, al referirte ahora  
Cómo el reino troyano y sus riquezas  
Destruyó el pueblo griego, y las desgracias,  
Que ví yo mismo, y que sufrí en gran parte.  
¿Qué mirmidón ó dólope inhumano,  
Ó qué soldado del crüel Ulises,  
Al escuchar tamaños infortunios,  
El llanto contendrá?—La noche avanza  
En su rápido curso por el cielo,  
Y en su ocaso las pálidas estrellas

Al sueño nos invitan.—Mas si tanto  
Y tan grande interés tu pecho enciende  
Por saber nuestros males, y de Troya  
La rüina escuchar, daré principio:  
Aunque horroriza su recuerdo solo,  
Y el ánimo abatido lo rehusa.

Yá quebrantados los caudillos griegos  
Por tan terrible y dilatada guerra,  
Y por adversos hados perseguidos,  
Por arte y sugestión de Palas misma  
Un caballo construyen tan enorme,  
Que á manera de monte se levanta,  
De bien trabado abeto; y simulando  
Por su vuelta feliz sagrado voto.  
Tal lo extiende la fama; y escogiendo,  
Por la suerte, varones aguerridos  
Ocupan los costados tenebrosos,  
Y los profundos senos y ancho vientre  
Llenan de fuerza armada.—

Frente á Troya,  
Levántase, no lejos, una isla,  
Ténedos es su nombre, de gran fama,

Y en el reino de Príamo opulenta;  
Hoy enseñada humilde; surgidero  
Mal seguro á las naves: allí arriban,  
Y en su desierto litoral se esconden,  
Mientras nosotros fáciles creímos  
Que partieron al fin con rumbo á Grecia.

Y libre Troya de afición tan larga  
Abre sus puertas; visitar les place  
El campamento dorio, los desiertos  
Lugares, y la costa abandonada.  
«Aquí, dicen, las huestes dolopéas;  
Allí acampaba el inhumano Aquiles;  
Aquí las naves; por allá solían  
Avanzar con su ejército en campaña.»  
—Asombra á muchos el funesto voto  
Á la casta Minerva, al par que admiran  
Del caballo fatal la vasta mole.  
Que en la ciudad penetre, y colocarlo  
En el excelso alcázar aconseja  
Timetes el primero; fuese dolo  
Ó voluntad adversa de los hados.  
Los más prudentes, en unión de Capis,  
Lanzar al hondo piélago proponen

El sospechoso dón, insidia griega,  
Ó bien quemarlo con voraces llamas,  
Ó el vientre perforar, y cautelosos  
Examinar sus escondidos senos.

Divídese en contrarias opiniones  
El vacilante vulgo.—De repente  
Baja corriendo desde el alto alcázar,  
De muchedumbre inmensa acompañado,  
Y ardiendo en celo el ínclito Laoconte,  
Y desde lejos... «Desgraciados... grita,  
¡Qué locura la vuestra, ciudadanos?  
¿Pensáis que para siempre el enemigo  
De aquí marchara, ó que los dones griegos  
Jamás de engaños carecer pudieran?  
¿Conocéis así á Ulises?—Ó se ocultan  
Dentro de ese caballo los aquivos,  
Ó es máquina quizás contra los muros,  
Para explorar tal vez nuestras moradas,  
Y lanzarse de golpe sobre Troya;  
Ó asechanza mayor acaso encierre.  
Desconfiad, oh Teucros, del caballo:  
Temo á los griegos, aunque ofrezcan dones.»

Dice, y arroja con potente brío  
Contra el costado y anchuroso vientre  
Del caballo su lanza ponderosa;  
Clavóse retemblando, y las profundas  
Cavernas resonaron con gemidos.  
Y si los Dioses para Troya adversos  
Decretado no hubiesen su rüina,  
Junto con el error de nuestra mente,  
Nos hubiera impulsado aquella lanza  
Á acuchillar en sus oscuros antros  
Á los griegos; y ¡tú, sagrada Troya,  
Vivirias aún! y ¡tú, de Príamo  
Existieras tambien, excelso alcázar!

En esto con tumulto y clamoreo  
Unos pastores ante el Rey conducen  
Á un jóven extranjero maniatado,  
Que á las troyanas turbas se entregara;  
Y que falaz á ejecutar venía  
Traición infame, abriendo á los Aquéos  
Las puertas de Ilión, sólo fiando  
En su valor y astucia, y decidido  
Á triunfar ó sufrir segura muerte.  
La juventud troyana por do quiera

En confuso tropel se precipita,  
Ánsiando verle, y sin cesar le insulta.

Escucha la perfidia de los griegos,  
Y juzga las demás por esta infamia.  
Turbado... inerme... párase ante todos;  
Y las dardanias huestes contemplando,  
«Ay!, exclama: ¿qué tierras, ni qué mares,  
Pueden ya socorrerme? ¿qué me resta,  
Desgraciado de mí? No entre los griegos  
Tengo refugio alguno, y los troyanos  
Piden ya para mí tormento y muerte.»  
—Á compasión nos mueven sus clamores,  
Y los furiosos ímpetus se enfrenan.  
Le exhortamos á hablar; á declararnos  
Cuál su linage fuese, cuál su intento,  
Cuál su esperanza en fin, al entregarse.  
Y, depuesto el temor, así prorrumpe.

—«Yo la verdad entera, Rey excelso,  
Te habré de revelar. Ni he de negarte,  
Sea cual fuere mi fin, mi helena raza:  
Tal confesarlo debo. Hará la suerte  
Desgraciado á Sinón; mas nunca, impía,

Falaz y mentiroso.—Á tus oídos  
Quizás alguna vez habrá llegado  
El nombre del ilustre Palamedes,  
Del linage de Belo, y de su gloria  
La insigne fama; quien por vil sospecha,  
Por indicio fatal, por oponerse  
Á la terrible guerra, fué acusado  
De pérfida traición, y por los griegos  
Condenado á morir, aunque inocente.  
Muerto, le lloran yá.—Mi triste padre  
Falto de bienes me mandó á su lado,  
Cual próximo pariente y compañero,  
Desde mi tierna edad, á ejercitarme  
En las armas: y en tanto que él felice  
Gozaba de poder, y el reino mismo  
Por sus altos consejos florecía,  
También nosotros de su fausto y gloria  
Pudimos ostentar algún destello.

»Mas después que murió, sacrificado  
—Nadie lo ignora—por la torpe envidia  
De aquel pérfido Ulises, yo afligido  
Arrastraba una vida miserable  
En tinieblas y luto, atormentado

Por el dolor del inocente amigo.  
Y... loco... no callé; que hice promesa  
De ser su vengador, si á Argos mi patria,  
Mostrándose la suerte más propicia,  
Alguna vez tornaba victorioso.  
Y alzaron rudos odios mis palabras,  
Y este el origen fué de mi infortunio.

»Siempre de entonces con calumnias nuevas  
Persiguiérame Ulises, esparciendo  
Por el vulgo sospechas peligrosas,  
Sus malas artes contra mí empleando  
Sin descansar jamás, hasta que Calcas...  
¿Mas para qué mis tristes desventuras  
Revuelvo inútilmente en la memoria?  
Qué me detengo? Si á los griegos todos  
En grado igual aborrecéis, Troyanos,  
Baste lo expuesto, y acabad conmigo.  
Así Ulises lo quiere, y con largueza  
Os pagarán mi muerte los Atridas.»

Encienden sus palabras el deseo  
De averiguar los hechos y sus causas,  
Ignorando nosotros las perfidias

Y las pelásgas artes engañosas;  
Y así prosigue con pavor fingido.  
—«Muchas veces los griegos desearon  
Dejar á Troya, y emprender la fuga,  
Al fin rendidos de tan dura guerra.  
¡Así lo hubiesen hecho! Muchas veces  
La ruda tempestad, del fiero ponto  
El paso les cortó, y al retirarse  
Aterrólos también furioso el austro.  
Y cuando yá de acebo construido  
Alzóse este caballo, por el éter  
Rugieron los deshechos huracanes.  
Confusos al oráculo de Apolo  
Á consultar á Eurípilo mandamos,  
Y tal respuesta Febo nos envía:  
—Aplacásteis, oh Dánaos, á los vientos  
Con sangre y sacrificio de una virgen,  
Cuando vinísteis por la vez primera  
De Ilión á las playas; pues ahora  
Con sangre y sacrificio de un aquivo  
Impetraréis vuestro feliz regreso.—

»Cuando esta voz á los oídos llega  
De los helenos, quédanse pasmados,

Y discurrir por sus medulas sienten  
Hielo mortal, y conturbados tiemblan.  
—¿Á quién el hado, á quién el Dios Apolo  
Destinan á la muerte?—En esto Ulises,  
Entre el tumulto, al adivino Calcas  
Presenta en medio, y con instancia ruega  
Que del Dios el oráculo declare.  
Yá muchos las crueldades me anunciaban  
Y el plan infame del artero Ulises,  
Previendo lo futuro; el adivino  
Se oculta por diez días, y callando  
Rehuye designar con su palabra,  
Y entregar una víctima á la muerte.  
Mas violentado por las grandes voces  
Del Ítaco crüel, y acordes ambos,  
Rompe el silencio al fin, y me destina  
Al sacrificio. Convinieron todos,  
Soportando que el hado convirtiera  
Las desdichas, que tristes recelaban,  
En rüina de un solo desgraciado.

»Y llegó el día fatal; y al sacrificio  
Yá preparaban la salada harina,  
Y las sagradas vendas de la frente,

Cuando rompí las recias ligaduras,  
Y á la muerte escapé; y entre las hierbas  
De cenagoso lago quedé oculto,  
Bajo las sombras de la obscura noche,  
Hasta que al mar se hiciesen, si partian.  
Y esperanza ninguna yá me resta  
De ver mi antigua patria y dulces hijos,  
Y suspirado padre. Acaso impongan  
Á los tristes la pena de mi fuga,  
Y expiarán mi delito con la muerte.  
—Así te pido por los altos dioses,  
Que de mis dichos la verdad penetran;  
Por la inviolada fe, si queda alguna  
En los hombres aún, ¡oh! yo te ruego  
Que tengas compasión de tantos males.  
Ten piedad del que acerbos infortunios  
Sin culpa sufre.»—

Ante el fingido llanto

Á compasión al punto nos movemos,  
Y le damos la vida. El noble Príamo  
Quitar manda, el primero, las esposas,  
Y desatar los opresores lazos,  
Y con amiga voz así le dice.

—«Seas quien fueres, olvida á los aquivos  
Ausentes yá de aquí: tú serás nuestro;  
Y á mis preguntas la verdad contesta.  
¿Para qué los helenos esta mole  
Del enorme caballo levantaron?  
¿Quién fué el autor? ¿qué fin se propusieron?  
¿Fué sacro voto, ó máquina de guerra?»

Tal dice: mas Sinón como instruido  
En los engaños y artificios griegos,  
Alzando á las estrellas ambas manos  
Libres de las prisiones, así exclama.  
—«¡Oh eternas lumbreras, é inviolable  
Numen divino! ¡altares y nefandos  
Cuchillos que evité! y ¡oh de los dioses  
Ínfulas, que cual víctima ciñera!  
Testigos sed de mi veraz palabra.  
Permitidme romper los juramentos  
Sagrados de la Grecia; permitidme  
Odiar á aquellos hombres; y á las auras  
Entregar sus secretos, si algo ocultan.  
Ley ninguna á la patria yá me liga.  
Tú, Príncipe, conserva tus promesas:  
Tú, Troya, que serás por mí salvada,

Responde fiel, si la verdad te digo,  
Y si tan grande beneficio otorgo.

»Siempre los griegos su esperanza toda  
En la emprendida guerra cimentaron  
En el auxilio y protección de Palas.  
Mas desde el día infausto en que Diomedes,  
El hijo de Tidéo, con Ulises,  
Inventor de maldades, emprendieron  
Del sacro templo arrebatat impíos,  
El fatal Paladión, y asesinando  
Á los custodios del excelso alcázar,  
Al fin robaron la sagrada efigie,  
Osando profanar las puras vendas  
De la Diosa con mano ensangrentada...  
Á frustrarse empezó, y á deshacerse  
Su esperanza: perdidas yá sus fuerzas  
Y de la Diosa el ánimo contrario.

»Y Palas con portentos no dudosos  
Su encono demostró. Que colocada  
La estatua en los aquivos campamentos,  
De los ardientes ojos despedía  
Radiantes llamas; y sudor salado

Discurrió por sus miembros; y tres veces  
De la tierra ¡oh prodigio! levantóse,  
Hiriendo con furor su breve escudo,  
Y al par blandiendo la vibrante lanza.

»Calcas al punto que la fuga emprendan  
Por los mares ordena en vaticinio:  
Que no podrían las aquivas armas  
Á Pérgamo rendir, sin que de nuevo  
Impetrasen en Argos los auspicios,  
Y la robada imágen devolviesen,  
Que llevaron consigo por el ponto  
En corvas naves. Por lo cual partieron  
Á favor de los vientos á Micenas,  
Su patria, procurando nuevas armas;  
Para volver propicios á los dioses;  
Y el piélago de nuevo atravesando,  
Otra vez de improviso presentarse.

»Tal lo dirige todo el adivino.  
Y en vez del Paladión arrebatado,  
Por la diosa ultrajada, construyeron,  
Según el vaticinio, aquesta efigie,  
Para expiar el sacrilegio enorme.

Y mole tan inmensa mandó Calcas  
Edificar de roble bien trabado,  
Y alzarla hasta los cielos, porque nunca  
Por las puertas de Troya entrar pudiera,  
Ni dentro de sus muros colocarse,  
Ni por su antigua religión el pueblo  
Protegido estuviese.—

Mas si ahora  
Violasen vuestras manos por desgracia  
Este dón de Minerva, estrago horrible  
Acabaría con el vasto imperio  
De Príamo y los frigios.—Tal augurio  
Caiga primero sobre el mismo Calcas.—  
Pero si el dón por vuestras propias manos  
Entrase en la ciudad, el Asia al punto  
Al gran Peloponeso vencería  
En cruda guerra, y tan fatal destino  
Estaba á nuestros nietos reservado.»

Con tales artificios y perfidias  
Del perjuro Sinón creyeron todos,  
Alucinados por su infame astucia,  
Y por sus falsas lágrimas vencidos,

Los que no domeñaron con sus fuerzas  
Ni Diomedes, ni Aquiles de Larisa,  
Ni diez años de guerra, ni mil naves.

Terrible entonces singular portento  
Preséntase á los míseros troyanos  
De súbito, y sus ánimos conturba.  
El ilustre Laoconte, de Neptuno  
Sacerdote elegido por la suerte,  
Un toro corpulento cabe el ara  
Sacrificaba con solemne pompa.  
—Ved aquí que de Tenedos partiendo  
Se arrojan sobre el piélago tranquilo,  
—El contarle horroriza—dos serpientes  
Inmensas, de anchas roscas, que nadando  
Al par hacia la orilla se dirigen.  
El pecho levantado entre las aguas;  
Sobre las ondas las sanguíneas crestas;  
La cola enorme sin cesar batiendo  
El mar levanta, y las hinchadas olas  
En ondulantes círculos revuelve.

Suena intenso fragor, hierve la espuma,  
Y saltan á la vez sobre la playa.

Sangre y fuego sus ojos despedían,  
Y sus lenguas vibrando entre silbidos  
Lamen sus bocas.—Á su vista todos  
Huimos aterrados.—Á Laoconte  
Certeras se dirigen; pero antes  
Á sus dos tiernos hijos se abalanzan;  
Se enroscan á sus cuerpos, y mordiendo  
Sus miembros inocentes, los devoran.

Lánzanse luego sobre el mismo padre,  
Que á salvar á sus hijos corre armado;  
Y con las fuertes roscas le religan,  
Y le ciñen dos veces la cintura,  
Y dos veces le oprimen la garganta  
Los escamados lomos, elevando  
Sobre Laoconte los altivos cuellos.  
—De sórdido veneno y sangre impura  
Las ínfulas manchadas, con las manos  
Forceja por romper los recios nudos;  
Y alza horrendos clamores á los cielos,  
Cual los bramidos del soberbio toro,  
Que herida la cerviz de incierto golpe,  
Huye del ara, y la segur arroja.

Ambas serpientes se deslizan luego;  
Al alto templo se dirigen, y entran  
De la fiera Tritonia en el alcázar,  
Y á los pies refugiadas de la diosa,  
Tras su redondo escudo se guarecen.  
—Nuevo pavor los agitados pechos  
Hace entonces temblar; y juzgan todos  
Justa expiación del crimen de Laoconte,  
Que osó clavar en el madero santo  
La sacrílega lanza poderosa.  
Y con acorde clamoreo piden  
Que el simulacro en Ilión penetre,  
Y de la diosa la piedad se implore.

Cortamos la muralla; y ancha puerta  
Á la ciudad abrimos. Presurosos  
Al trabajo se aprestan, y colocan  
Del caballo á los pies potentes ruedas,  
Y atan recias maromas á su cuello,  
Y así traspasa de Ilión los muros  
La máquina fatal de armas preñada.  
Himnos sagrados en redor entonan  
Coros de niños, y doncellas puras,  
Y gozan en tocar la dura cuerda.

Avanza aquella mole, y dominando  
Á la ciudad, colócase en su centro.

¡Oh sagrada Ilión, oh patria mía,  
De los Dioses morada! ¡oh fortaleza  
De los troyanos en la guerra insigne!  
Cuatro veces paróse en la muralla  
La ingente mole, y en su oculto seno  
Cuatro veces las armas resonaron:  
Mas ¡ah! desmemoriados y dementes  
Insistimos, y el monstruo formidable  
Al fin colocan en el alto alcázar.

Cassandra entonces la futura historia  
De nuevo anuncia, que jamás creyeron,  
Por designio de Apolo, los troyanos.  
Y nosotros ¡ay tristes! para quienes  
Brillaba yá su postrimero día,  
Lo celebramos con solemne fiesta  
Por toda la ciudad, con lauro y mirto  
Los templos de los dioses adornando.

Gira entre tanto la celeste esfera,  
La noche sobre el mar se precipita,

Envolviendo en sus sombras tierra y cielo  
Y de los griegos los infames dolos.  
Por la ciudad dispersos los troyanos  
Callan al fin: de sus cansados miembros  
El sueño se apodera.—Y yá partía,  
De Ténedos, en naves aprestadas,  
El ejército aquivo aprovechando  
La amiga sombra de la opaca luna,  
Para tomar las conocidas playas.  
Y al mostrar una luz la nave regia,  
Sinón, á quien los hados protegían  
De Ilión enemigos, cauteloso  
Las puertas abre del falaz caballo  
Á los aquivos en su vientre ocultos,  
Y á la luz los devuelve, abierto el monstruo.

Y de la hueca mole descolgados  
Por una cuerda, salen los caudillos  
Llenos de gozo. Macaón primero,  
Esténelo, Tisandro, el fiero Ulises,  
Y Átamas, y Toante y Neoptolemo  
El hijo de Peléo, y Menelao,  
Y el mismo Epéo, que forjó el engaño.  
Invaden la ciudad en vino y sueño

Sepultada; las guardias asesinan;  
Y las puertas abriendo, á los antiguos  
Compañeros reciben, y compactos  
Forman acordes aguerrida hueste.

Era el momento, en que al primer reposo  
Entréganse rendidos los mortales,  
Grato dón de los dioses; cuando en sueños  
Paréceme que Héctor se presenta.  
Tristísimo, y deshecho en largo lloro;  
Cual le viera arrastrado en otro tiempo  
Por el carro fatal, ennegrecido  
Del polvo y sangre, y con los pies hinchados  
Por las duras correas que le oprimen.

¡Cuál estaba ¡ay de mí! cuán diferente  
Del Héctor, que volviera revestido  
Con las armas de Aquiles, ó incendiara  
Las naves griegas con troyano fuego!  
Sucía la barba, de cuajada sangre  
Manchados los cabellos, y mostrando  
Las cien heridas, que en los patrios muros  
Recibiera: y al par me parecía  
Que yo también con doloroso llanto,

Y á tal varón mis voces dirigiendo,  
Estas palabras tristes pronunciaba.

—«¡Oh luz de Troya, y esperanza firme  
De los Teucros! ¿Por qué tan larga ausencia?  
¿De qué regiones, Héctor deseado,  
Vienes ahora? ¿Cómo al fin te vemos,  
Sin fuerzas yá tras desventuras tantas  
De los tuyos, de Troya y de sus hijos?  
¿Qué causa vil desfiguró tu rostro?  
¿Y por qué esas heridas estoy viendo?»

Nada contesta: ni aun siquiera atiende  
Á mis vanas preguntas; y arrancando  
De su pecho tristísimo gemido,  
—«Huye de aquí veloz, hijo de Venus,  
Y sálvate, me dice, de las llamas.  
Ocupa la ciudad el enemigo;  
Troya desde su cumbre se arrüina;  
Por Príamo y la patria asaz hicísteis;  
Si Pérgamo pudiera defenderse  
Todavía, mi diestra la salvara.  
Hoy las sagradas joyas y Penates  
Ilión te confía: tú los toma

Por compañeros de tu infausta suerte;  
Con ellos busca la ciudad excelsa,  
Que el mar surcando fundarás un día.»

Así dice: y traslada con sus manos,  
Desde lo más recóndito del templo,  
Las ínfulas, y á Vesta poderosa,  
Y el venerando fuego inextinguible.  
Mézclanse en tanto lúgubres clamores  
Por toda la ciudad; y á cada instante  
Más y más claros se oyen los sonidos,  
Y el estruendo creciente de las armas.  
—Aunque el palacio de mi padre Anquises  
Lejos se hallaba, y de árboles cubierto.—

Sacudo el sueño; y subo á lo más alto  
De mi morada, y pongo atento oído,  
Atónito, cual queda el ignorante  
Pastor, que de lo alto de una roca  
El rüido percibe cuando prenden  
Las llamas en las mieses azotadas  
Por el austro furioso; ó se despeña  
El rápido torrente por el monte,  
Y los campos, los fértiles sembrados

Y las campiñas de labor devasta,  
Arrastrando tras sí las altas selvas.

Y entonces la verdad se alzó patente,  
Y las viles traiciones de los griegos.  
Yá en rüinas conviértese el palacio  
De Deifobo, abrasado por las llamas,  
Que devoran también el de Ucalengo;  
Relumbra el fuego en las sigéas ondas;  
Álzase el vocerío de la gente,  
Y el bélico clangor de las trompetas;  
Y á las armas acudo en mi locura,  
Que no era cuerdo yá tomar las armas.  
Mas el ánimo ardiendo de corage,  
En son de guerra aglomerar las huestes  
Anhelaba, y con fuerzas aguerridas  
Al alcázar volar; la mente impulsan  
El furor y la ira contemplando  
Que es glorioso morir bajo las armas.

En esto Panto ilustre, hijo de Otréo,  
Ministro del alcázar y de Apolo,  
De las armas aquivas libertado,  
Las sacras joyas, los vencidos dioses

En sus manos conduce, y con su nieto  
Corre loco á mis puertas.—«¿Cuál, oh Panto,  
Cuál es nuestro destino?» le pregunto.  
«Hacia qué fortaleza irémos todos?»  
Apenas dije, cuando así responde  
Con profundo gemido.—«Yá ha llegado  
Para Ilión su postrimero día;  
Su rüina total, inevitable.  
Murieron los troyanos, murió Troya,  
Murió la gloria excelsa de los Teucros.  
Yá Júpiter crüel ha trasladado  
Nuestro poder y reino á los aquivos.  
En la incendiada Troya el griego impera.  
El caballo fatal, que se levanta  
En medio de los muros, de su seno  
Armada gente sin cesar arroja,  
Y Sinón victorioso nos insulta,  
Y lleva por doquiera los incendios.

Millares de hombres por las anchas puertas  
Entran en la ciudad, tantos cual nunca  
De Micenas vinieron; con las armas  
Obstruyen otros las estrechas calles,  
Con horrible matanza amenazando

Las aceradas puntas relucientes.  
En vano de las puertas los custodios  
Intentan los primeros el combate,  
Y ciegos en la lucha se resisten.»  
—Ante tales palabras del Otrida,  
Y por los altos Números guiado,  
Al incendio me arrojo y á las armas;  
Donde me llaman las crueles Furias,  
Y el bramido y clamor, que al cielo toca.  
Rifo y el viejo Ifito me acompañan,  
Que al lucir de la luna se me ofrecen;  
Y Dimas, que con Hípanis se agregan  
Á mi lado, y el férvido Corebo,  
El hijo de Migdón, que por acaso  
Llegó en aquellos días, encendido  
En el amor vehemente de Casandra,  
Y á Príamo prestaba, como yerno,  
Y al ejército frigio sus socorros.  
¡Desgraciado de él, que no escuchara  
Los tristes vaticinios de su esposa!

Al verlos yá compactos y resueltos  
Á arrostrar el combate, así les digo:  
—«¡Oh mancebos, oh pechos esforzados

Inútilmente! Si queréis seguirme  
Al supremo y seguro sacrificio,  
Nuestra aciaga fortuna yá estais viendo.  
Los dioses, que este reino sustentaban,  
Huyen, abandonando los altares  
Y el santuario; á la incendiada Troya  
Prestamos nuestro auxilio.—Mas muramos;  
Lancémonos en medio de las armas.  
La sola salvación de los vencidos  
Es no esperar en salvación ninguna.»

Así unióse el furor en los mancebos  
Á su valor; y cual rapaces lobos,  
Que por rabia famélica impelidos  
Parten entre las sombras, esperados  
Por sus cachorros con hambrientas fauces,  
Tal nos lanzamos á indudable muerte,  
En medio de las armas enemigas:  
Y al centro de Ilión nos dirigimos  
Entre las sombras de la noche envueltos.

¿Quién los estragos, y las tristes muertes  
Podrá explicar de tan infausta noche?  
¿Ó quién los llorará con digno llanto?

Cae la antigua Ilión dominadora  
Por luengos años: por doquiera yacen  
Numerosos cadáveres dispersos  
En las calles, los templos y las casas.  
Mas no la sangre se derrama sola  
De los troyanos; que en los nobles pechos  
De los vencidos el valor renace,  
Y sucumben los griegos vencedores.  
Por todas partes el mortal quebranto,  
El miedo y el pavor por todas partes,  
Y veces mil la imagen de la muerte.

Preséntase el primero de los griegos  
Á nuestro paso con la fuerza armada  
Andrógeo, creyéndonos aquivos;  
Y con acento de amistad nos dice:  
—«Apresuráos, varones: ¿qué os detiene  
Con tal pereza y con demora tanta?  
Otros saquean la incediada Troya,  
Asolándolo todo... ¿y de las naves  
Venís vosotros hora? Tal nos habla;  
Y observando á la vez nuestro silencio,  
Conoció que se hallaba entre enemigos,  
Y enmudece turbado, y se retira.

Cual el que yendo entre ásperos zarzales,  
Si al pisar en la tierra, de imprevisto  
Oprime una culebra con su planta,  
Apártase aterrado presuroso,  
Al verla levantarse enfurecida,  
Irguiendo hinchado su cerúleo cuello...  
Tal con espanto á nuestra vista Andrógeo  
Retrocede. Sobre ellos nos lanzamos;  
Y presa del pavor, no conociendo  
El lugar do se hallaban, por doquiera  
Sembramos sus cadáveres. Protege  
Nuestro primer esfuerzo la fortuna.

Corebo por el éxito gozoso  
Y lleno de valor,—«Oh compañeros,  
Nos dice entónces: prosigamos fuertes  
De salvación el único camino,  
Que la fortuna muéstranos propicia.  
Cambiemos los escudos, adoptando  
Las armas de los griegos ¿Quién exige  
Valor y no el ardid al enemigo?  
Ellos nos dan sus armas.»—Tal diciendo  
Se viste la cimera penachuda  
Y el escudo de Andrógeo refulgente,

Y argiva espada á su costado ciñe.  
Imítanle también Dimas y Rifo,  
Y toda aquella juventud gozosa;  
Con los despojos del botín reciente  
Ármase cada cual.—Así marchamos,  
Entre los mismos griegos confundidos,  
Sin los auspicios de los patrios dioses.  
Y envueltos de la noche entre las sombras,  
En cien rudos encuentros victoriosos,  
Mil aquivos al Báratro lanzamos.  
Los unos en las naves se refugian,  
Y á las seguras playas se dirigen;  
Presa los otros de cobarde miedo,  
De nuevo suben al fatal caballo,  
Á ocultarse en su seno conocido.

Mas ¡ah! contra el designio de los dioses  
Nada esperarse puede.—Arrebatada  
Del templo y santuario de Minerva  
La doncella Casandra, hija de Príamo,  
Era llevada. Suelos sus cabellos,  
Y alzando al cielo sus ardientes ojos;  
Sus ojos, que sus manos delicadas  
Atan duras prisiones. Tal escena

No soporta Corebo enfurecido,  
Y entre las densas huestes enemigas  
Arrójase á morir. Seguimos todos,  
Y en medio del combate nos lanzamos;  
Mas desde el alto templo disparadas  
Las flechas de los nuestros nos envuelven:  
Que matanza misérrima origina  
El torpe error ante las nuevas armas  
De griega forma y los penachos griegos.

Bramando entonces de furor los dánaos  
Por la ilustre doncella arrebatada,  
Avanzan por doquier acometiendo:  
El fortísimo Ajax, los dos Atridas,  
Y la inhumana hueste dolopéa.  
Cual los contrarios vientos cuando luchan  
En deshecho huracán, Céfiro y Noto,  
Y Euro con sus caballos refulgentes;  
Crugen las selvas, espumante ruge  
Neréo, revolviendo desde el fondo  
Con el tridente los extensos mares.  
—Los que á favor de las nocturnas sombras  
Ahuyentar consiguiera nuestra astucia  
Por toda la ciudad, y dispersarlos,

Aparecen de nuevo, y los escudos,  
Y las mentidas armas reconocen,  
Y el lenguaje distinto de los nuestros,  
Y en fuerzas superiores nos arrollan,  
Y á manos de Penéleo, asesinado  
Muere Corebo, sucumbiendo cerca  
Del templo de la Diosa armipotente.  
También sucumbe Rifo valeroso,  
De los troyanos el varón más justo,  
De la recta virtud el más amante;  
No así juzgado por los altos dioses.  
—Acuchillados por los Teucros mismos  
Allí perecen Hípanis y Dimas.  
Ni pudo ¡oh Panto! tu piedad salvarte,  
Ni las sagradas ínfulas de Apolo.

¡Oh troyanas cenizas! ¡Oh supremo  
Incendio de mis lares! Sed testigos  
Que en tal estrago, ni las fieras armas  
Huí, ni los peligros de los griegos.  
Si la hubiese el destino decretado,  
Digno fui por mis hechos de la muerte.  
—Parto luego de allí; fieles me siguen  
Al palacio de Príamo, llevados

Por los clamores, el anciano Ifito  
Pesado por la edad, y Pelias débil  
Por la herida de Ulises. Lucha horrenda,  
Descomunal combate allí encontramos,  
Cual si guerra no hubiese en otros puntos,  
Ni en toda la ciudad víctimas tantas.  
Del indomable Marte los furores  
Vemos allí: los griegos escalando  
Los elevados techos, y las puertas  
Por inmensa testudo combatidas.  
Y, fijas en los muros las escalas  
Sobre los postes, por las gradas suben,  
Oponiendo á las flechas los escudos  
Con las siniestras manos, y apresando  
La elevada techumbre con las diestras.

Los Teucros á su vez las fuertes torres  
Y las firmes cubiertas de las casas  
Demuelen, preparando su defensa  
Con armas tales en su misma muerte,  
Al ver cercano su postrer momento;  
Y lanzan los dorados artesones,  
Rica y preciada gloria de sus padres.  
Las puertas otros con desnudo acero

En apiñada multitud defienden.  
Renuévase en mi pecho el ardoroso  
Celo por acudir al regio alcázar,  
Y ayudar con socorro á los varones,  
Y dar nuevo valor á los vencidos.

Á espaldas del palacio oculta puerta  
De Príamo guiaba á las estancias,  
Por do solía la infeliz Andrómaca,  
En nuestro reino, visitar sin fausto  
Á los suegros, llevando á su Astianacta.  
Por ella subo á la eminente altura,  
De donde dardos sin cesar los Teucros,  
Inútiles lanzaban.—Gigantesca  
Sobre los altos techos á las nubes  
En paraje pendiente se elevaba  
Inmensa torre, de la cual solían  
Los de Troya observar las naves griegas,  
Y el campamento aquivo. Allí emprendemos  
Con férreos picos demolerla en torno,  
Cortando por la unión de los sillares  
Del tiempo carcomidos; y arrancada  
De su alto asiento, despeñada rueda  
Con estrago y fragor, en ancha zona

Los ejércitos griegos aplastando.

Mas surgen nuevas huestes, y no cesan  
Las piedras y los dardos.—Arrogante  
Iérguese Pirro en la primera entrada,  
Lleno de gozo, y lleno de esplendores  
Por las armas de acero brilladoras.  
Cual la serpiente, á quien el frío invierno  
Bajo la tierra entumecida oculta;  
De hierba alimentada venenosa,  
Y yá desnuda de la piel antigua,  
Nueva se alza en juventud radiante;  
Y erguida al sol, y levantado el pecho,  
Enrosca fácil su lustrosa espalda,  
Y vibra el dardo de su triple lengua.  
—El gigante Perifas, y de Aquiles  
Auriga y escudero Automedonte,  
Y aquella esciria juventud compacta  
Invaden el palacio, y á los techos  
Hacen subir las llamas devorantes.  
—El mismo Pirro el hacha destructora  
Empuña con ardor de los primeros;  
Destruye los umbrales, y las puertas  
De bronce arranca de los altos quicios.

Y rota la firmísima armadura  
De duro roble en anchuroso espacio,  
Abre amplia brecha, y aparecen luego  
El interior, los atrios del alcázar  
De los antiguos reyes, y de Príamo  
Las secretas moradas suntuosas.  
Vése aguerrida en el umbral primero  
La hueste armada; dentro del palacio  
Se oyen lamentos y hórrido tumulto,  
Y llantos y alaridos de mujeres  
Resuenan en las cóncavas estancias;  
Hiere el clamor las fúlgidas estrellas;  
Y llenas de pavor vagan errantes  
Por los regios salones las matronas,  
Y abrazan las columnas y las besan.

Con el paterno ardor avanza Pirro;  
Ni las cerradas puertas ni las guardias  
Lo pueden contener; los quicios tiemblan  
Al repetido golpe del ariete,  
Y arrancandas las hojas caen al suelo.  
Ábrese por la fuerza ancho camino,  
Allánanse los dánaos las entradas,  
Matando á los primeros, y penetran,

Y de soldados el palacio inundan.  
—No de otro modo el espumante río  
Sale, rotos los diques, destruyendo  
Con su corriente las opuestas moles;  
Por los campos se extiende impetuoso,  
Y los arrasa con caudal creciente,  
Arrastrando tras sí reses y establos.

Yo mismo ví furioso en la matanza  
Á Neoptolemo, y á los dos Atridas  
En la entrada. Yo ví á Hécuba triste  
Y á sus cien compañeras. Yo ví á Príamo  
Las aras recorrer, y allí con sangre  
Regar el fuego que á los altos dioses  
Consagrara piadoso. Los cincuenta  
Tálamos de sus hijos, esperanza  
De larga descendencia, se derrumban,  
Y las soberbias puertas, de oro frigio  
Y de ricos despojos revestidas.  
Lo que perdonan las voraces llamas  
Es presa de los griegos.

Tal vez, Reina,  
Saber querrás de Príamo la suerte.

Luego que vió de la ciudad tomada  
La presente rüina, y destrozados  
Los umbrales y puertas, y á los griegos  
En los atrios y dentro del alcázar,  
Viste sobre sus yá trémulos hombros,  
Por la avanzada edad, el noble anciano  
Las por tan largo tiempo ociosas armas:  
Cifne el acero inútil, y se arroja  
Á morir en las huestes enemigas.

En medio del palacio se elevaba,  
Bajo la limpia bóveda del cielo,  
Un magnífico altar, y un laurel cerca  
Viejísimo, cubriendo con su sombra  
El ara sacra y los penates dioses.  
Hécuba en vano y sus amantes hijas  
Corriendo á los altares cual palomas,  
Que unidas huyen de crüel borrasca,  
Á los excelsos númenes se acogen,  
Sus sagradas estátuas abrazando.  
—Y al ver Hécuba á Príamo anhelante  
Con la armadura juvenil vestido,  
—«¿Qué locura, le dice, amado esposo,  
Á ceñir esas armas te ha impulsado?

¿Ó á qué tremendo fin te precipitas?  
Ni auxilio tal, ni tales defensores  
Son de valer en tan suprema angustia;  
Ni, aunque viviese ahora, mi Héctor mismo.  
Cede, y aquí te acoge: estos altares  
Nos salvarán, ó moriremos juntos.»  
Dice, y á sí atrayendo al noble anciano,  
En el sagrado asiento le coloca.

En esto, libertado de la muerte  
El hijo del rey Príamo Polites,  
Huye herido los pórticos cruzando  
Entre las huestes y armas enemigas,  
Y atraviesa los atrios yá desiertos.  
Corre armado tras él furioso Pirro,  
Y casi le apresaba con la mano,  
Y heríale de nuevo con la lanza,  
Hasta que al fin llegando á la presencia,  
Y ante los mismos ojos de sus padres,  
Cae moribundo, y su existencia exhala,  
Un torrente de sangre derramando.  
Príamo entonces, aunque yá se mira  
Tan cercano á morir, no se refrena,  
Ni su voz, ni su cólera reprime,

Y exclama airado:—«Que los altos dioses,  
Si hay numen vengador allá en el cielo,  
Te impongan el castigo y pena justa  
Por tal audacia y tan infame crimen.  
Á tí, que ver me has hecho en mi presencia  
Morir al hijo mío, y con su muerte  
Has ultrajado el rostro de su padre.  
No fué por cierto tan feroz Aquiles,  
De quien tú te supones enjandrado,  
Con su adversario Príamo. Mas noble,  
Respetó los derechos y las leyes,  
Y la sagrada fé del suplicante,  
Y el exánime cuerpo de mi Héctor  
Me dió para el sepulcro, y permitióme  
Á mi reino volver y mi palacio.»

Dice el anciano, y una flecha arroja  
Sin fuerza para herir, la cual al punto  
Por el ronco broquel es repelida,  
Y en medio del escudo pende inútil.  
Pirro contesta:—«De mis torpes hechos  
Cual nuncio irás ante mi padre Aquiles.  
No olvides el narrarle mis acciones,  
Y que he degenerado de mi sangre;

Mas hora morirás.»—Dice, y al ara  
Arrastra al Rey, y al caer temblando  
En el lago de sangre de su hijo,  
Prende en la izquierda mano sus cabellos,  
Alza en la diestra la brillaute espada,  
Y hasta el puño la esconde en su costado.

Tal de Príamo fué la acerba suerte,  
Tal su destino infausto: el ver á Troya  
Incendiada y á Pérgamo en ruinas.  
Él, que fuera del Asia rey potente  
En tantos pueblos y regiones tantas,  
Hora yace en la playa informe tronco,  
Cortada de los hombros la cabeza,  
Y un cadáver sin nombre.

#### Horrible espanto

Crüel me invade en el primer momento;  
Y pasmado quedé. Cuando le miro  
Morir al golpe de tremenda herida,  
La imagen triste de mi dulce Padre,  
De la edad de aquel rey, surge en mi mente,  
Acordéme de Creusa abandonada,  
Del palacio en rüinas, y el peligro

De mi pequeño Ascanio. Miro en torno,  
Y en vano busco multitud amiga.  
Todos me abandonaron ya rendidos:  
Pecieron los unos, arrojándose  
De las cumbres al suelo, y desesperados  
Se entregaron los otros á las llamas.

Yá me encontraba solo, cuando observo  
Que del templo de Vesta en los umbrales  
Vagaba Elena triste, procurando  
Para ocultarse retirado asilo.  
Bastante luz prestaban los incendios  
Á mí, que errante me fijaba en todo.  
Ella, furia común de Grecia y Troya,  
Á los Teucros temiendo, sus contrarios,  
Por la rüina y destrucción de Pérgamo,  
Del griego la venganza, y los furores  
Del esposo ultrajado, en los altares  
Busca refugio, para no ser vista.  
Ardo en furor y rencoroso anhelo  
De vengar á mi patria en sus estragos,  
Y dar justo castigo á tanto crimen.  
—«¿Que ha de volver incólume á sus lares,  
Y á Micenas, y á Esparta victoriosa

Como reina después de su triunfo,  
Y ha de ver á sus padres, y á sus hijos,  
Y á su esposo y palacio, acompañada  
De numeroso séquito de Teucros  
Y frigios servidores? ¿Y entre tanto,  
Bajo el hierro crüel perece Príamo,  
Y arde Troya abrasada por las llamas,  
Y son lago de sangre sus riberas?  
¡Oh! no será: que si glorioso nombre  
Quien mata á una mujer jamás merece,  
Ni es digna de alabanza tal victoria,  
Loor tendré por extinguir la infamia,  
Y dar debida pena á la culpable.  
Y dulce será al alma ver saciado  
El fuego abrasador de la venganza,  
Y dar satisfacción á las cenizas  
Y á los sagrados manes de los míos.»—

Tal mi mente agitábase furiosa,  
Y me lanzaba yá, cuando visible,  
Más clara que jamás ante mis ojos,  
Entre puros fulgores se presenta  
En medio de la noche mi alma madre,  
Mostrando que en verdad era una diosa;

Cual suele, tan hermosa y tan excelsa,  
Ser vista por los dioses inmortales.  
Tiende hacia mí su diestra, y me detiene,  
Y sus labios de rosa desplegando,  
Me dice así:

—«¿Qué ignota desventura  
Provoca, oh hijo, tus feroces iras?  
¿Á qué tanto furor? ¿Cuándo, ni dónde  
Jamás te abandonaron mis desvelos?  
¿Porqué no miras ántes dó se encuentra,  
En su avanzada edad, tu padre Anquises,  
Y si Creusa tu esposa, y tu hijo Ascanio  
Viven aún? Por las aquiwas huestes  
Se hallan todos cercados por doquiera,  
Y fueran yá, sin mi amoroso amparo,  
Víctimas del acero ó de las llamas.  
Ni esa Lacedemonia, que aborreces,  
Ni es Páris, á quien culpas; es la ira,  
La crueldad implacable de los dioses,  
La que destruye la opulenta Troya,  
Y en rüinas convierte su grandeza.  
Mira: que yo disiparé la nube,  
Que en densas brumas en redor te envuelve,

Y ver impide á tus mortales ojos.  
No temas los mandatos de tu madre,  
Ni obedecer sus órdenes rehuses.  
—Allí do ves las destrozadas moles,  
Y piedras sobre piedras hacinadas,  
Y nubes ondulantes de humo y polvo,  
Allí Neptuno está, los fuertes muros  
Con su inmenso tridente sacudiendo,  
Y los anchos cimientos conmovidos,  
De su honda base la ciudad arranca.  
En las escéas puertas se alza Juno,  
La sanguinaria Juno la primera,  
Ceñida de su acero, y furibunda  
Llamando de las naves á sus huestes.  
Mira á Tritonia en el excelso alcázar,  
De refulgente nimbo circuída,  
Con la crüel Medusa por escudo.  
El mismo Padre Omnipotente infunde  
Valor y fuerza próspera á los griegos.  
Él inspira á los dioses, y los mueve  
Contra las armas teucras. Huye pronto,  
Pón fin á estos trabajos, hijo mio.  
No te abandonaré, é irás seguro  
Conmigo misma hasta el hogar paterno.»

Dijo mi madre, y rauda desaparece  
Entre las densas sombras de la noche.  
Mil visiones horribles se presentan,  
Y los augustos sacrosantos númenes,  
Enemigos de Troya; y parecióme  
Que Ilión sucumbia entré las llamas,  
Que era Troya arrancada de su asiento.  
Cual olmo secular, que se alza erguido  
Sobre la cima de encumbrado monte;  
Si á porfía los rústicos lo hieren  
Con repetidos golpes de las hachas,  
Todavía soberbio se resiste,  
Y vacilante su agitada copa  
Sacude la ramosa cabellera,  
Hasta que yá vencido poco á poco  
Por tanta herida, dá el postrer gemido,  
Y el valle deströzando, se derrumba.

Desciendo al fin, é incólume atravieso,  
De la diosa mi madre acompañado,  
Entre el incendio y enemigas huestes:  
Que abren paso las armas, y huye el fuego.  
Mas al llegar á la paterna estancia,  
Mansión de mis mayores ¡ah! mi Padre,

Á quien ansiaba yo salvar primero,  
Subiéndolo á los montes, se me niega  
Á marchar al destierro, rechazando  
Vivir después de Troya destruída.

—«Vosotros ¡ay! los que tenéis, exclama,  
Entera juventud, y sangre, y fuerzas,  
Y robustos alientos varoniles,  
La fuga apresurad; si á mí los hados  
La existencia quisieran dilatarme,  
Hubiesen conservado mis moradas.  
Basta y sobra con ver tan fiero estrago,  
Sobrevivir de Troya á las cenizas.  
Vosotros yá, cual si estuviese muerto,  
Dad el último «adios» á mi cadáver,  
Y huid de aquí: que yo con propia mano  
La muerte me daré, ó el enemigo  
Extinguirá mi vida por clemencia,  
Buscando mis despojos: poco importa  
Verse privado al fin de sepultura.

»Los númenes, há tiempo, me aborrecen,  
Y arrastro por la edad inútil vida,  
Desde que el Padre de los altos dioses

Y rey de los humanos, con el fuego  
De su rayo me hirió.»—Dice, y constante  
En su tenaz propósito persiste.  
Mas nosotros en lágrimas deshechos,  
Creusa, Ascanio y los deudos le rogamos  
Que no envolviese en la desgracia suya  
La rüina de todos, ni ayudase  
Al hado que crüel nos perseguía.  
Mas insiste de nuevo, y persevera  
En el mismo lugar y el mismo intento.

Yo entonces otra vez las armas tomo,  
Y la muerte prefiero en mi infortunio.  
¿Y qué otra decisión tomar podía?  
¿Ó qué mejor fortuna me esperaba?  
—«¿Pensabas que pudiese ¡oh Padre miol  
Partir, y en la desgracia abandonarte?  
¿Sonó quizás tal crimen en tus labios?  
Si es designio supremo de los dioses  
Que de tan gran ciudad ni restos queden,  
Y tal resolución reina en sus pechos;  
Si tu suerte y la suerte de los tuyos  
Les place unir á la espirante Troya,  
Franca á tan dura muerte está la puerta.

Pirro vendrá manchado en abundancia  
Con la sangre de Príamo: él, que sabe  
Ante su padre asesinar al hijo,  
Y al padre junto al ara.»—

—«¿Y del incendio

Voraz y de los dardos me salvaste,  
Madre sagrada, para ver ahora  
Dentro de mi mansión al enemigo,  
Y á Ascanio, y á mi Padre, y á mi Creusa  
Vilmente asesinado cada uno  
En el lago de sangre de los otros?»—  
—«Las armas, oh varones, traed las armas;  
Llama la última luz á los vencidos;  
Dejadme ya volver á los aquéos,  
Y repetir furioso los combates.  
Que no por cierto morirémos todos  
En este día sin quedar vengados.»—

Ciño otra vez el refulgente acero;  
Yá embrazaba el escudo, y de mi estancia  
Iba á partir, cuando mi amante esposa  
En los mismos umbrales me detiene;  
Y abrazada á mis piés, y presentando

Á mi pequeño Julo, así clamaba:  
—«Si partes á morir, juntos nos lleva  
Á toda suerte de aflicción contigo.  
Si en esas armas tu pericia funda  
Seguras esperanzas ¡ah! primero  
Defiende tu palacio, donde quedan  
Tu tierno hijo con tu anciano Padre,  
Y á quien antes llamabas dulce esposa.»—  
Y tal clamando, la morada entera  
Con sus lamentos resonar hacía.

Sorpréndenos entonces de improviso  
Admirable portento. Entre el coloquio  
Y los abrazos de los tristes padres,  
Un süave fulgor vemos bañando  
La cabeza de Julo con su lumbré.  
Lamía, sin dañarlos, sus cabellos,  
Y su fuego cebarse parecía  
En redor de sus sienes. Temblorosos  
Y del miedo turbados acudimos,  
Sacudiendo la ardiente cabellera,  
Y extinguir pretendemos con el agua  
El fuego santo. Mas mi padre Anquises  
Alza alegre sus ojos á los cielos,

Y su voz y sus manos elevando,  
—«Omnipotente Júpiter, exclama:  
Si te aplacan las preces y los votos,  
Míranos, y mis súplicas acoge.  
Si algo nuestra piedad de tí merece,  
Danos, Padre, tu auxilio, y fiel confirma  
Estos auspicios prósperos.»—

Apenas

Habló mi anciano Padre, y de repente  
Trueno terrible hacia la izquierda oímos;  
Y una estrella del cielo desprendida,  
Su faz llevando entre las densas sombras,  
Se vió correr con esplendente lumbré:  
Sobre los altos techos se desliza,  
Y ocultarse la vimos en la selva  
Del Ida, señalándonos camino:  
En dilatada zona luz brillante  
Cual relámpago envía, y se percibe  
Humo y olor de azufre por doquiera.  
Entonces convencido yá mi Padre  
Se dirige á los cielos y á los dioses,  
Y adora humilde la sagrada estrella.

—«No me detengo ya, dice: dispuesto  
Me hallo á partir á do guiéis mis pasos.  
Salvad, oh patrios dioses, esta casa,  
Y salvad á mi nieto. Estos augurios  
Vuestros son; y al poder de vuestro numen  
Está confiada Troya.—Cedo, hijo,  
Á marchar al destierro no me opongo.»—

Dijo: y más claro ya se percibía  
El crugir de las llamas por los muros,  
Y el calor del incendio más cercano.  
—«Ea pues, Padre mío, yo te llevo  
Sobre mi cuello y hombros, que esta carga  
Es leve para mí. Cualquier que sea  
Nuestra fortuna, igual nuestro peligro  
Ó igual será la salvación de ambos.  
Vendrá el pequeño Julo, y á lo lejos  
Nos seguirá también mi amada esposa.»—

—«Y vosotros, oh fieles servidores,  
Grabad en la memoria lo que os digo.  
Hay al salir de Troya una colina,  
Y un templo antiguo á Ceres consagrado,  
Hoy ya desierto, y cerca se levanta

Un vetusto ciprés, que nuestros padres  
Há luengos años por piedad conservan.  
Á este lugar, mas por distintos rumbos,  
Irémos todos.»—«Los penates dioses  
Y las sagradas joyas, Padre mio,  
En tus manos los lleva, que tocarlos  
Me está vedado á mí después de tantas  
Guerras, y de matanza tan reciente,  
Hasta que en aguas de corriente río  
Me lave y purifique.»—

Tal diciendo,  
Ciño sobre mis hombros vigorosos,  
Y en derredor del cuello mis vestidos,  
Y de un rojo león la piel adapto,  
Y coloco la carga: de la diestra  
Tomo al pequeño Julo, que me sigue  
Con paso desigual: detrás mi esposa.  
Por lugares sombríos penetramos;  
Y á mí, á quien ni las flechas enemigas,  
Ni en campaña las huestes de los griegos  
Turbaron nunca, de terror me llenan  
Las leves auras, y cualquier rüido,  
Haciéndome temer á un mismo tiempo,

Por la carga y la dulce compañía.

Yá me acerco á las puertas: yá pensaba:  
Haber salido de la infausta Troya,  
Cuando los golpes de frecuentes pasos  
En mis oídos resonar parecen.  
Y observando mi Padre entre las sombras,  
—«Huye, dice: que avanzan, hijo mio;  
Los brillantes escudos sé divisan,  
Y las armas de bronce refulgentes.»—

Algún maligno numen perturbara  
Entonces mi razón entre temores;  
Porque, ignoradas sendas procurando  
Fuera de los caminos conocidos,  
¡Desgraciado de mí! Creusa mi esposa,  
Ó fuese arrebatada por los hados,  
Ó que el rumbo perdiese, ó que rendida  
Á descansar acaso se sentara...  
Nada hay cierto: más ¡ah! que desde entonces  
No ha vuelto á presentarse á nuestros ojos.  
Y ni advertí su pérdida al principio,  
Ni lo pensé en mi mente, hasta llegados  
Al monte y templo, que piedad antigua

Á Ceres consagrara. Allí reunidos,  
Faltaba sólo mi adorada Creusa,  
Frustrando de los teucros la esperanza,  
De su hijo y su esposo.

Y ya demente,  
¿Á quién de entre los dioses y los hombres  
Yo no inculpé? ¿Ni qué mayor desgracia  
Ví en la muerte de Troya? Á los amigos  
Encomiendo á mi Padre y mi hijo Ascanio,  
Y los dioses penates de los Teucros,  
Y en recóndito valle los oculto.  
Y vuelvo á la ciudad, y otra vez tomo  
Las refulgentes armas, decidido  
Á repetir los valerosos hechos,  
Y nuevamente recorrer á Troya,  
Y arrostrar los peligros con la vida.

Torno á los muros y sombrías puertas  
Por do primero atravesé; y los pasos  
Anteriores observo, y examino.  
Horror por todas partes, y doquiera  
Hasta el mismo silencio aterra el alma.  
Á mi morada me dirijo entonces,

Por si hubiese tal vez retrocedido.  
Los griegos la ocupaban. Voraz fuego  
Por el viento azotado la envolvía  
Hasta los altos techos, y furiosas  
Alzábanse las llamas por los aires.

De Príamo al palacio y al alcázar  
Marchó después, y á visitarlos torno:  
Desiertos yá los pórticos y el templo  
De la alma Juno, sus despojos guardan,  
Como fieles custodios escogidos,  
Fenix y el fiero Ulises. En revueltos  
Montones hacinados se veían  
Doquiera allí de Troya los tesoros,  
En el horrible incendio arrebatados  
Del secreto santuario de la Diosa;  
Las mesas de los dioses, las sagradas  
Copas de oro macizo, y vestiduras  
Tomadas por botín. En larga fila  
Niños y madres de temores llenas  
Estaban en redor.

Y yo atrevido  
No dejé de dar voces en las sombras,

Y las calles llené con mis lamentos,  
Loco llamando á Creusa sin descanso  
Con inútil clamor.—Mas cuando en balde  
Por toda la ciudad buscaba ansioso,  
Por inmensa aficción enfurecido...  
La triste imagen de la misma Creusa,  
Su sombra, aunque mayor en la figura,  
Á mi vista aparece. Quedo absorto,  
Se erizan mis cabellos, y se anuda  
La voz en mi garganta.—

Ella queriendo

Con sus razones aliviar mis cuitas,  
Díceme así:—«¿Y á qué, mi dulce esposo,  
Á tu insano dolor das rienda suelta?  
Nada acontece sin designio augusto  
De los pródigos dioses. No: ni el hado,  
Ni aquel supremo Rey del alto Olimpo,  
Llevar contigo á Creusa te permiten.  
Largo destierro que sufrir te resta,  
Y surcar la extensión de vastos mares.  
Irás á Hesperia, donde el lidio Tíber  
Recorre y baña con tranquilo curso  
Campos feraces de potentes pueblos.

Allí sucesos prósperos te esperan,  
Y te están preparados regio trono,  
Y regia esposa. Seca, pues, el llanto,  
Que hora derramas por tu amada Creusa.  
Del mirmidón ó dólope soberbio  
No veré las mansiones fastuosas,  
Ni iré sujeta en baja servidumbre  
Á las matronas griegas. Soy troyana,  
Y soy la nuera de la diosa Venus.  
Mas en estas regiones me retiene  
La madre augusta de los altos dioses.  
Adios: y que ames siempre á nuestro hijo.»—  
Dice Creusa, y me deja abandonado,  
Á mí, que ardientes lágrimas vertiendo,  
Anhelaba decirle muchas cosas.  
Tres veces me esforcé por abrazarla,  
Tres veces se escapó su vana imagen,  
Como sueño fugaz, cual aura leve.

Tal al fin, espirando yá la noche,  
Á los míos me vuelvo, y admirado  
De compañeros multitud inmensa  
Encuentro allí, matronas y varones,  
Y noble juventud aparejada

Para el destierro, y desgraciada plebe.  
Allí de todas partes concurrieron,  
Con ánimo resuelto y con riquezas,  
Para empreder el rumbo por los mares  
Á cualquiera región que yo eligiese.  
—Yá del Ida en la cumbre se elevaba  
La blanca Aurora conduciendo el día,  
Y ocupadas las puertas por los griegos,  
Esperanza ninguna de socorro  
Quedaba. Cedo al fin. Tomo á mi Padre,  
Y con él hácia el monte me dirijo.





LIBRO TERCERO

LIBRO TERCIERO



## LIBRO TERCERO

**M**AS cuando yá, por su designio augusto,  
Los númenes supremos derrocaron,  
Con injusto rigor, el noble reino  
De Príamo, y del Asia la grandeza,  
Y por tierra cayó el soberbio alcázar,  
Deshecha en humo la neptunia Troya,  
De los sagrados dioses los augurios  
Á buscar el destierro nos compelen  
En regiones desiertas.—Cabe Antandro  
Á las faldas del Ida, monte frigio,  
Una flota aprestamos; no sabiendo  
El rumbo que los hados señalaran,  
Ni donde el fin de la arriesgada empresa.

Congréganse los jefes presurosos:  
Apenas el estío comenzaba,  
Y, á merced de los hados, á los vientos  
Dar las velas dispone el padre Anquises.  
Dejo entonces con lágrimas acerbas  
El litoral infausto de mi patria,  
Sus puertos y los campos do fué Troya.  
Me entrego al mar, yá triste desterrado,  
Con los socios, mi hijo y los penates,  
Y los dioses mayores.

No remota

La patria está de Marte, extensos campos,  
Que los tracios cultivan, do reinara  
En otro tiempo el guerrador Licurgo:  
Asilo de Ilión cuando sus dioses  
Amigos eran de los dioses nuestros,  
Y propicia á nosotros la fortuna.  
Allá dirijo el rumbo, y en su costa,  
Sin voluntad de los adversos hados,  
Las primeras murallas edifico,  
Y Eno las llamo de mi propio nombre.  
Ofrezco sacrificios á Dionéa,  
Mi madre, y á los númenes excelsos,

Que inspiraron las obras comenzadas;  
Y al alto rey de los celestes dioses  
Un toro corpulento sacrífico.

Con espeso ramaje coronaban  
De un montecillo próximo la cima  
Incultas ramas de cornejo y mirto.  
Acérome, y procuro de la tierra  
Los verdes ramos arrancar, las aras  
Adornar pretendiendo con sus hojas,  
Y horrible admiro singular portento.  
Al romper, arrancando las raíces,  
El primer tallo, destilar le miro  
Obscura sangre, que mancilla el suelo;  
Horror glacial mis miembros estremece,  
Y súbito pavor mi sangre hiela.  
—Sigo, y al arrancar por vez segunda  
Flexible rama, penetrar ansiando  
La causa oculta, su corteza arroja  
Nuevas gotas también de obscura sangre.  
Mil ideas revuelvo allá en mi mente,  
Y á las ninfas del bosque suplicaba,  
Y al padre Marte, que preside y reina  
En los géticos campos, que alejasen

El mal augurio, y en feliz auspicio  
La visión convirtiesen.—Mas queriendo  
Con esfuerzo arrancar la tercer rama,  
Apoyando en la arena las rodillas...  
¿Osaré relatarlo? Cruel lamento  
De las entrañas de la tierra sale,  
Y resuena esta voz en mis oídos.  
—«¿Cómo, Eneas, á un mísero destrozas?  
Deja á quien yá descansa en el sepulcro,  
Y no profanes tus piadosas manos.  
No extraño á tí me produjera Troya,  
Ni la sangre que ves brota de un leño.  
De estas avaras costas huye: huye  
De esta región infiel. Soy Polidoro.  
Aquí me sepultaron bajo flechas  
Hora en agudas ramas convertidas.»—  
Presa de duda y de temor mi mente,  
Quedo absorto; se erizan mis cabellos,  
Y se anuda la voz en mi garganta.

Tiempos atrás al joven Polidoro  
Mandó en secreto, con riqueza suma,  
Al rey de Tracia el infelice Príamo,  
Para salvarle del común estrago,

Temiendo yá por las dardanias armas,  
Ante el asedio de la infausta Troya.  
Mas cuando el tracio rey vió quebrantado  
De Ilión el poder, y su fortuna  
Deshecha yá, las armas victoriosas  
Sigue de Agamenón; falaz conculca  
Sacros deberes; asesina impío  
Á Polidoro, y sus riquezas roba.  
Á qué no obligas al humano pecho,  
Nefanda sed de oro!

Quando deja

Mis miembros el pavor, narro á mi Padre  
Y á los preclaros próceres del pueblo  
Esta visión, prodigio de los dioses;  
Y en un solo sentir acordes todos  
Salir deciden de la tierra impía,  
Y abandonando el profanado asilo  
Dar las velas al viento. Á Polidoro  
Las funerales pompas consagramos;  
Y cubriendo con tierra su sepulcro,  
Altars á sus manes erigimos,  
De negras cintas y ciprés ornados,  
Y los ciñen en torno las troyanas,

Sueltos, según costumbre, los cabellos.  
Tibia leche de vasos espumantes  
Derramamos, y sangre de las víctimas  
De las sagradas copas; y el postrero  
«Adios» en grandes voces repetimos,  
Y encerramos su alma en el sepulcro.

Y cuando yá, tranquilos mar y viento,  
El piélago inspirónos confianza,  
Y el austro leve en susurrante soplo  
Nos invita á partir, los compañeros  
Las naves sacan, la ribera cubren,  
Y zarpamos del puerto; y las ciudades  
Aléjanse y las costas de nosotros.  
—Hay en medio del mar llamado Egéo  
Una isla agradable: pingüe tierra  
Á Doris y á Neptuno consagrada,  
Que errante por las playas y las costas,  
Al cabo la enclavó el piadoso Febo  
Entre la alta Micone y la Giaréa,  
Para que inmóvil respetada fuese,  
Y á los furiosos vientos despreciara.  
Hacia allá me dirijo, y yá cansados,  
Ella apacible en su seguro puerto

Nos acoge: salimos de las naves,  
Y la ciudad de Apolo veneramos.

Anio, rey de los hombres, y de Febo  
Sacerdote á la vez, ciñendo juntos  
El laurel y las ínfulas sagradas,  
Sale á encontrarnos; y en el padre Anquises  
Antiguo compañero reconoce:  
Y estrechando las manos como prenda  
De hospicio fiel, partimos á su alcázar.  
Y venerando yo del dios el templo  
Sobre vetustas rocas erigido...  
— «¡Oh Tímbreo Apolo! suplicaba: danos  
Moradas propias, y linaje y muros,  
Y ciudad permanente á los errantes  
Generoso concede. Salva ahora  
De Pérgamo y de Troya los despojos,  
Estas reliquias tristes libertadas  
Del odio griego y del feroz Aquiles.  
¿Á quién seguir ordenas? ¿Hacia dónde  
El rumbo dirigir, ó establecernos?  
Otórganos, oh Padre, tus auspicios,  
Y á iluminar descende nuestras almas.»—

—Tal dije: y de repente todo tiembla,  
Las puertas mismas y el laurel de Apolo,  
Y en derredor el monte se estremece;  
Ábrese el santuario, y en su centro  
Sonar se siente el trípode sagrado.  
Prosternados humildes en la tierra  
Oímos esta voz:—«Fuentes varones,  
Aquella región misma de do arranca  
De vuestros padres la primera estirpe,  
Al regresar vosotros á sus costas,  
Propicia os abrirá su fértil seno.  
Buscad ahora vuestra madre antigua;  
Allí dominará por todo el orbe  
De Eneas el linaje poderoso,  
Sus nietos y los hijos de sus nietos.»  
—Así habló Apolo: inmenso vocerío  
Álzase con tumulto de alegría;  
—¿Cuál será la ciudad... preguntan todos,  
Donde convoca Febo á los errantes,  
Y nos manda volver?—Mi padre entonces  
Revolviendo en su mente las historias  
De varones antiguos... «Oid, nos dice:  
Oh próceres: sabed vuestra esperanza.  
Yace en medio del ponto hermosa isla,

Creta, la isla del augusto Jove,  
Do gigantesco el Ida se levanta,  
Y ella es la cuna del linaje nuestro.  
En cien grandes ciudades dividida  
Nación rica y potente. De allí vino,  
Si no recuerdo mal las tradiciones,  
El padre Teucro á las retéas costas,  
Y lugar eligió para su reino.  
Ilión no existía, ni erigido  
Hallábase de Pérgamo el alcázar,  
Pues habitaban los profundos valles.  
De aquí la protección de la alma diosa,  
De la madre Cibele; de aquí vino  
La música del sacro Coribante,  
El bosque Idéo, el misterioso arcano  
En el sagrado rito, y los leones  
Al carro uncidos de la gran Señora.  
—Sigamos, pues, sin vacilar la ruta  
Por los supremos dioses designada;  
Y aplacando á los vientos, demos rumbo  
Á los reinos de Creta, no distantes  
Largo espacio de aquí: si el alto Jove  
Viene á ayudarnos, al tercero día  
Á la cretense playa arribaremos.»—

Dijo: y honores rinde á las deidades,  
Sobre el ara ofreciendo sacrificios:  
Un toro corpulento al dios Neptuno,  
Y otro á tí, bello Apolo; y una oveja  
Negra á las procelosas tempestades,  
Y otra blanca á los céfiros propicios.

Vuela en esto la fama pregonando  
Que expulsado del reino de su padre,  
Partiera al fin el jefe Idomenéo;  
Que estan desiertas las cretenses costas,  
Libres yá sus moradas de enemigos,  
Y abandonada la región entera.  
Partimos, pues, de los ortigios puertos  
Volando por el piélago, y dejamos  
Atrás á Naxo de preciadas vides,  
Plácida isla á las bacantes grata,  
Y á la verde Donisa y blanca Paros,  
Y á Oliaros, postrera de las Cícladas,  
Acá y allá sembradas por el ponto.  
Insistente clamor se alza en las naves,  
Y anímanse los teucros á porfía,  
Á dirigir el rumbo sin demora  
Á Creta, á la mansión de nuestros padres.

Próspero viento favorece al nauta,  
Y arribamos al fin á las antiguas  
Costas cretenses: y con vivo anhelo  
De la ansiada ciudad alzo los muros,  
Y Pérgamo la llamo. Al pueblo exhorto,  
Gozoso de tal nombre, á amar sus lares,  
Y á erigir elevada fortaleza;  
Y yá las naves en la seca orilla,  
La ardiente juventud se consagraba  
Á nuevas bodas y á los nuevos campos,  
Y yo ordenaba leyes y familias.

Mas corrompido de repente el aire  
Por la atmósfera extensa, peste horrible  
Funesta nos invade, destruyendo  
Hombres y brutos, árboles y mieses.  
Año en muertes crüel: yá desgraciados  
Pierden la vida, ó lánguida existencia  
Miserables arrastran. Sirio ardiente  
Agostaba las fértiles campiñas;  
Secábase la hierba, y los sembrados  
Enfermos nos negaban el sustento.  
Mi padre entonces á surcar me exhorta  
El vasto ponto, regresando á Ortigia,

Á consultar á Apolo y al oráculo,  
Su protección pedir y su consejo;  
Qué fin espere á desventuras tantas,  
Dónde buscar auxilio nos convenga,  
Ó á dónde el curso dirigir debamos.

Era la noche, y por el ancho mundo  
Aprisionaba el sueño á los mortales:  
Y las sacras efigies de los dioses,  
Y los penates teucros, que yo mismo  
Del furor de las llamas libertara,  
Y trajera de Troya, ante mis ojos  
Entre sueños visibles se presentan,  
Á los brillantes rayos de la luna,  
Que al través de las puertas penetraban;  
Y así me dicen, aliviar queriendo  
Con sus palabras mi mortal cuidado.  
—«Lo que el divino Febo revelara  
Si volvieses á Ortigia, aquí te anuncia,  
Y en su nombre nos manda á tus hogares.  
Tras el incendio y destrucción de Troya  
Tu fortuna seguimos y tus armas,  
Y el proceloso piélago en tus naves  
Hemos bajo tus órdenes surcado.

Nosotros mismos hasta el alto cielo  
Encumbraremos tu feliz progenie,  
Y la nación tendrá, por tí fundada,  
El imperio del orbe. Tú edifica  
Excelsós muros á los altos dioses;  
No te arredren los ásperos trabajos  
De marcha dilatada; de estas costas  
Es forzoso partir. El delio Apolo  
No te ordenó arribar á estas regiones,  
Ni residir en Creta.—

»Una comarca

Existe, que los griegos apellidan  
Hesperia: tierra antigua, y poderosa  
En las armas, y fértil por su suelo.  
Los varones Enotrios la ocuparon,  
Y es fama que del nombre de su jefe  
Italia la llamó su descendencia:  
Tal es nuestra morada. De aquí Jasio,  
De aquí el ilustre Dárdano procede,  
Egregio tronco de la raza nuestra.  
Álzate, pues, gozoso, y á tu Padre  
Esta verdad indubitable narra.  
Parte á Corito y las ausonias tierras;

Te niega Jove los cretenses campos.»—

Atónito al mandato de los dioses,  
Y á su vista real,—que no era un sueño,  
Pues que mirando en mi presencia estaba  
Sus rostros, sus ceñidas cabelleras,  
Y su mismo semblante allí presente,—  
Sudor helado por mis miembros corre:  
Salto del lecho, y á los cielos alzo  
Mis manos con mis voces suplicantes,  
Y sacrificio inmaculado ofrezco  
En nuestro hogar; y tras el sacro rito  
Gozoso á Anquises el prodigio narro:  
De su raza conoce el doble origen,  
Los dos progenitores, y confiesa  
Su extraño error en los antiguos pueblos;  
Y recordando al fin,—«Oh hijo, exclama,  
Á quien los hados de Ilión persiguen:  
Sólo á Casandra de la historia nuestra  
Oí vaticinar. Tales destinos  
Á nuestra noble estirpe concedía  
Del Itálico reino: y muchas veces  
«Hesperia, Italia» resonó en sus labios.  
Mas ¿quién pensó que á la remota Hesperia

Arribaran los teuceros? ¿Quién entonces  
Creyó en los vaticinios de Casandra?  
Cumplamos pues, las órdenes de Apolo,  
Hora instruídos con mejor consejo.»—  
Tal dice: y con aplauso sus palabras  
Siguiendo al punto, la región dejamos,  
Y en ella algunos de los tristes socios.

Damos la vela al viento, y nuestras quillas  
Surcan el vasto ponto; y navegando  
En alta mar, sin divisar yá tierra,  
Mas cielo y agua por doquier tan sólo,  
Se condensan oscuros nubarrones  
Sobre mi frente, que consigo arrastran  
La negra noche y tempestad deshecha:  
Y el mar entre tinieblas se embravece,  
Los vientos sin cesar vuelcan las ondas,  
El piélago en montañas se levanta,  
Y en su abismo dispersos nos revuelve;  
Oculta el día tenebrosa bruma,  
Y nos roba la noche el claro cielo;  
Arden, rotas las nubes, por el éter  
Relámpagos sin cuento; y arrojados  
Fuera de rumbo, y en ignotos mares

Errantes navegamos. Ni distingue  
El mismo Palinuro noche ó día  
En el sombrío espacio, ni la ruta  
Que ha de seguir por el revuelto ponto.  
Sin sol tres dias entre ciegas sombras  
Vagamos, y tres noches sin estrellas;  
Y vimos tierra al fin al cuarto día,  
Y montes, que á lo lejos humeaban.  
Y amainadas las velas, á los remos  
Se abalanzan los nautas sin demora;  
Baten briosos la sonante espuma,  
Y el mar cerúleo con las quillas hienden.

Recíbenme, yá libre de los mares,  
En sus riberas las pequeñas islas  
De griego nombre Estrófades llamadas,  
Que abraza el Jonio mar entre sus ondas:  
Allí Celenó habita, y las crüeles  
Harpías ahuyentadas del palacio  
Y mesa de Finéo. Ni hubo monstruo  
Con ellas comparado más terrible,  
Ni peste más fatal surgió en la tierra  
Al poder de los dioses, abortada  
De las funestas ondas de la Estigia.

Alados cuerpos con virgíneos rostros,  
De inmundos vientres y de corvas garras,  
Y siempre macilentas por el hambre.

Apenas penetramos en el puerto,  
Paciendo vimos en alegres campos  
Grandes manadas de vacunas reses,  
Y cabras por doquiera sin custodio.  
Con las armas al punto acometemos,  
Y del rico botín la mejor parte  
Á Jove y á los dioses consagramos;  
Las mesas disponemos en la playa,  
Y festín celebramos suculento.  
De repente se lanzan de los montes  
Con estrépito horrible las harpías,  
Las negras alas con furor batiendo,  
Y roban los manjares, é inficiona  
El aire y tierra su contacto inmundo,  
Torpes graznidos al feter mezclando.  
—De nuevo entónces en lugar remoto,  
Bajo cóncava roca, en circuito  
De gigantescos árboles cerrado,  
Y cubierto de sombras imponentes,  
Ordenamos las mesas, y en las aras

El venerando fuego reponemos.  
Y arrójase otra vez la turba impía  
De entre las sombras por la parte opuesta,  
Y revuela en redor de las viandas  
Con las garras horribles; y su aliento  
De nuevo los manjares emponzoña.

Llamo entonces á las armas, y dispongo  
Con la raza crüel entrar en guerra.  
Diligentes apréstanse al mandato,  
Y entre la hierba ocultan las espadas  
Y los fuertes escudos: y al ruido  
Que al lanzarse difunden las harpías  
Por la corva ribera, dá Miseno,  
En elevada cumbre de atalaya,  
De guerra la señal con la bocina.  
—Con insólito esfuerzo acometiendo  
En combate inaudito, herir procuran  
Á las marinas nauseabundas aves;  
Mas ni en las leves plumas las espadas,  
Ni en la huída las flechas las hirieron;  
Y con rápida fuga á las estrellas  
Se remontan, y dejan destrozados  
Los manjares, y torpes inmundicias.

En eminente cima levantada  
Cual profetisa la fatal Celeno,  
En triste vaticinio así prorrumpe.  
—«¿Conque después de la matanza horrible  
De bueyes y becerros, oh troyanos,  
Nos declararéis la guerra, pretendiendo  
Arrojar las harpías inocentes  
Del reino de sus padres? Este augurio  
Escuchad, y grabadlo en vuestras almas.  
Lo que el augusto Padre Omnipotente  
Predijo á Febo, el mismo Febo Apolo  
Anuncióme también, y yo, troyanos,  
La mayor de las furias, os revelo.  
Á Italia os dirigís en vuestro rumbo,  
Y á favor de los céfiros propicios  
Arribaréis á Italia y á sus puertos;  
Pero no ceñiréis con fuertes muros  
La ciudad concedida, sin que el hambre,  
Para expiación de la sangrienta injuria,  
Á devorar las mesas os obligue.»—

Dijo, y volando se perdió en la selva;  
Y heló el temor de súbito la sangre  
De los socios; y el ánimo abatido,

No por la guerra yá la paz pretenden,  
Mas pedirla con preces y con votos,  
Ora fuesen deidades verdaderas,  
Ora crüeles y asquerosas aves.  
Desde la playa eleva el padre Anquises  
Las extendidas manos á los cielos,  
Y á los dioses mayores invocando,  
Solemne sacrificio les ofrece.

—«Libertadnos, oh dioses, de este augurio;  
Alejad de nosotros tal desgracia,  
Y clementes salvad á los piadosos.»—

Las jarcias aflojar ordena entonces,  
Y desatar los cables de la playa;  
Hinche el noto las velas, y partimos,  
Á través de las ondas espumosas,  
Á do el viento y piloto nos conducen.  
Y en medio de los mares aparecen  
La selvosa Zacinto y Duliquíó,  
Y Samos, y Nerito celebrada  
Por su gigante y árduo promontorio;  
Los escollos de Ítaca salvamos,  
El reino de Laerte, y maldecimos  
La tierra madre del crüel Ulises.

Álzase luego la nublosa cumbre  
Del formidable Léucade, do Apolo  
Osténtase terrible al navegante;  
Allá nos dirigimos fatigados,  
Y á la humilde ciudad nos acojemos;  
Arrojamos las anclas, y las popas  
En la abrigada playa se guarecen;  
Y gozando de tierra inesperada  
Á Jove sacrificios ofrecemos,  
Cumpliendo en los altares nuestros votos.  
—Y con los patrios juegos honorando  
Nuestros socios del Accio las riberas,  
En óleo ungidos los desnudos cuerpos,  
En las troyanas luchas se ejercitan.  
Que place verse libres de enemigos,  
Después de atravesar con nuestras naves  
Tantas ciudades griegas en la fuga.

El sol en tanto su completo curso  
Por el cielo recorre un año entero,  
Y el invierno glacial furioso agita  
Las olas con los fuertes aquilones.  
Tomo de bronce cóncavo el escudo,  
Arma preciada del ilustre Abante,

Y lo fijo en las puertas, y este verso  
Los hechos explicando:—«Aquestas armas,  
Despojo de los griegos vencedores,  
Aquí las clava Eneas.»—Mando al punto  
Zarpar del puerto, y ocupar los bancos:  
Hieren el mar los nautas á porfía,  
Revolviendo las ondas con los remos.  
De Feácia las altas fortalezas  
Apenas divisadas desaparecen;  
Y del Epiro hacia las nobles playas  
Dirigiendo la ruta, de Caonia  
Arribamos al puerto, y ascendimos  
Á la ciudad excelsa de Butroto.

Noticias estupendas é increíbles  
Por doquiera la fama difundía;  
Que Heleno, hijo de Príamo, imperaba,  
Cual rey supremo, en las ciudades griegas,  
Y de Pirro heredara los dominios,  
Unido con la viuda en matrimonio;  
Que Andrómaca de nuevo sometida  
Al yugo estaba de varón troyano.  
Absorto quedo, y con anhelo ardiente  
De hablar con él, y de sus labios mismos

Tales nuevas oír. Parto del puerto,  
Y naves y riberas abandonó.  
—Y en un sagrado bosque junto á un río,  
Que por recuerdo Símois nominaron,  
Y á la faz y no lejos de Butroto,  
Solemnes libaciones ofrecía  
Andrómaca, y los dones funerales  
Á las cenizas del divino Héctor;  
Y sus manes sagrados invocaba  
Cabe un sepulcro de frondoso cesped,  
Y doble altar á su memoria alzado.

    Cuando me ve de las troyanas armas  
Cubierto, cual prodigio misterioso,  
Pierde el sentido, hiélanse sus huesos,  
Y aterrada cayó por largo espacio;  
Hasta que exclama al fin.—«¿Y eres tú mismo?  
¿Vienes á mí cual nuncio verdadero?  
¿Vives aún, oh Hijo de la diosa?  
¿Ó, si perdiste la preciosa vida,  
Dónde mi Héctor está?»—Dijo y el llanto  
Inundó sus megillas, y los aires  
Llenó con sus tristísimos lamentos.  
Pocas palabras pronuncié confuso,

Y así respondo entre cortadas voces:

—«Vivo en verdad; pero mi vida arrastro

En medio de peligros y desgracias:

No dudes, la verdad está presente.

¿Y, perdido ¡ay de mí! tu ilustre Esposo,

Víctima fuiste de fatales hados,

Ó te halagó de nuevo la fortuna

Digna de tí? ¿Y á la memoria excelsa

Fiel permaneces del divino Héctor,

Ó esposa eres de Pirro?»—

El rostro inclina,

Y con turbado acento así responde:

—«¡Oh feliz entre todas Polixena,

Hija de Príamo, inocente virgen,

Á quien cupo morir cabe el sepulcro

Del pérfido enemigo, asesinada

Bajo los muros de Ilión augusta!

Que no fué sorteada entre adversarios,

Ni cual cautiva destinada al lecho

De infame vencedor.—Yo infortunada,

Tras el incendio de la infausta Troya,

Llevada fuí por los diversos mares,

Sujeta como esclava á servidumbre,

Y víctima del fausto y la soberbia  
Del hijo fiero del crüel Aquiles,  
Que infiel prendado de la bella Hermione,  
Con la griega celebra su himeneo,  
Y á Heleno esclavo le cedió la esclava.  
—Mas en amor Orestes encendido  
Por su esposa robada, y arrastrado  
Por las insanas furias, le sorprende,  
Y ante el altar de Apolo le asesina:  
Y, muerto yá, de sus dominios parte  
Dá á Heleno, que en memoria de su hermano  
El troyano Caón, le dió por nombre  
«Campos caonios, y región caonia:»  
Y de ese monte en la empinada cumbre  
Alzó, cual vés, de Pérgamo el alcázar.

»¿Y á tí qué vientos ó hados te rigieron?  
¿Ó qué dios por ventura te condujo  
Á estas playas de tí desconocidas?  
¿Goza el aura vital tu hijo Ascanio,  
Que en el sitio de Troya te naciera?  
¿Recuerda y siente á su perdida madre?  
¿Arde en sus venas el valor antiguo,  
Y de su padre Eneas y mi Héctor

Los robustos alientos varoniles?» —  
Así llorando dijo, y de su pecho  
Inútiles suspiros exhalaba.

En esto del alcázar descendía,  
De muchedumbre inmensa acompañado,  
De Príamo infeliz el hijo Heleno;  
Reconoce á los suyos, y gozoso,  
Mezclando sus palabras con el llanto,  
Fiel nos conduce á su mansión excelsa.  
Marcho, y admiro la pequeña Troya,  
Y Pérgamo en cien cosas imitada,  
Y un riachuelo, que Janto denominan,  
Y abrazo, en mi ilusión, la puerta Escéa;  
Y conmigo los teucros se complacen  
En aquella ciudad, de Troya hermana.  
Recíbelos el rey en anchos atrios,  
Y en medio del alcázar aderezan  
Ricos manjares en bajillas de oro,  
Libando alegres las preciadas copas.

Así pasaban rápidos los días,  
Y las auras la lona acariciaban,  
Y el austro henchía las tendidas velas:

Entonce al vate Heleno me dirijo,  
Y así le ruego.—«Tú, troyano ilustre,  
De los dioses intérprete sagrado:  
Tú, que de Febo inspiración recibes,  
Que el trípode, el laurel y las estrellas,  
Y el canto de las aves y su vuelo,  
Sabio penetras por bondad divina,  
Mis cuitas calma.—Mis caminos todos  
Los vaticinios prósperos trazaron;  
Buscar á Italia y las ansiadas tierras  
Me aconsejaron pródidos los dioses:  
Sola Celeno, la funesta harpía,  
Un horrendo prodigio me anunciara;  
Tristes venganzas, y funestas hambres:  
Dí; ¿qué peligro salvaré primero,  
Ó cómo venceré tales trabajos?»—

Heleno entonces con sagrado rito,  
Un robusto becerro sacrifica,  
Y de los dioses el favor implora;  
Las ínfulas descíñe de la frente;  
De la mano me lleva ante tus aras  
Temblando á tu poder ¡oh sacro Apolol  
Y con divino labio así prorrumpe.

— «Sé bien, hijo de Venus, que los dioses  
Tu rumbo por los mares decretaron:  
Así los hados Júpiter dirige,  
Y revuelve y sortea las fortunas,  
Orden marcando á los sucesos todos.  
Yo en breve te diré cómo los mares  
Has de surcar con éxito seguro,  
Y cómo al puerto arribarás de Ausonia;  
Me impiden saber más las tristes Parcas,  
Y me prohíbe Juno revelarlo.  
— Esa Italia que tú cercana juzgas,  
Y cuyos puertos ocupar ansías,  
Lejos de tí se encuentra, separada  
Por largas tierras y camino incierto.  
Y antes el remo doblaran las ondas  
Del mar trinaerio, y la llanura inmensa  
Del mar de Ausonia surcarán tus naves;  
Y cruzarás los infernales lagos  
Y la isla de Circe, antes que puedas  
La ciudad erigir en tierra amiga.

»Señales te daré: tú cuidadoso  
En el fondo del alma las conserva.  
Cuando te hallares pensativo al margen

De oculto río entre copudos robles,  
É ingente y blanca cerda apareciere,  
Que, en el suelo tendida, con sus ubres  
Á treinta bijuelos blancos amamanta,  
Allí el lugar de la ciudad futura,  
Allí de tus fatigas el descanso.  
—Ni del hambre el augurio te horrorice,  
Que á devorar las mesas te obligara;  
Mostraránte los hados el camino,  
Y Apolo ayudará cuando lo invoques.  
Huye de esa región y de esas costas  
Fronteras de la Italia, á do se extiende  
De nuestro mar el férvido oleage.  
Sus ciudades de pérfidos helenos  
Habitadas están. Allí los Loerios  
Los muros de Naricio levantaron,  
Y el Lictio Idomenéo con sus huestes  
Los Salentinos campos ocupara.  
Allí Petilia humilde, que el caudillo  
Y rey de Melibea Filoctetes  
Con robustas murallas defendiera.  
—Así al través de dilatados mares  
Arribará tu flota, y en el puerto  
Sobre las aras cumplirás tus votos,

Tu frente y cabellera en circuito  
Con un velo de púrpura ceñidas,  
Porque faz enemiga no perturbe  
El santo sacrificio de los dioses,  
Y los auspicios prósperos destruya.  
Tal rito en las sagradas ceremonias  
Observen los troyanos, y tú mismo,  
Y piadosos consérvenlo tus nietos.

»Mas cuando yá los vientos te llevaren  
De Sicilia al confin, y de Peloro  
Ensancharse mirares el estrecho,  
En largo derrotero tuerce el rumbo  
Al mar y tierra del siniestro lado,  
Y huye las ondas y la diestra orilla.  
Es fama que por grandes convulsiones,  
Fué esta región inmensa destrozada:  
¡Tal poder destructor tienen los siglos!  
—En otro tiempo un solo continente  
Eran las dos; mas el violento ponto  
En medio penetró con fieras ondas,  
De la Hesperia arrancando la Sicilia;  
Y dividiendo campos y ciudades,  
Nuevos límites dióles y riberas,

Corriendo hirviendo por estrecho paso.  
—Escila ocupa la derecha costa,  
Y la siniestra la feroz Caribdis,  
Que absorbe en rémolino por tres veces  
Del vasto mar las ondas turbulentas,  
Lanzándolas al bátrato profundo,  
Y de nuevo á los aires las devuelve,  
Azotando los astros con la espuma.  
En tanto Escila en su hórrida caverna,  
Entre ciegas tinieblas encerrada,  
Abre sus fauces, y las naves sorbe,  
Y en los duros peñascos las estrella.  
Su rostro humano y de doncella el seno,  
Cuerpo inmenso de pez, vientre de lobos,  
Y de horrendo delfin la enorme cola.  
Doblar más vale de Paquino el cabo,  
Torciendo el rumbo en dilatada vuelta,  
Que una vez sola contemplar á Escila  
En su antro informe, y el estruendo horrible  
Escuchar de sus canes y sus rocas.

»Si hay ciencia alguna en mí; si al adivino  
Ha de prestarse fé; si el dios Apolo  
Inspira la verdad en nuestras almas,

Una sola enseñanza sobre todas,  
Que una y mil veces en tu mente inculco,  
De mis labios escucha, hijo de Venus.  
Rinde culto con preces y con votos  
Al sacro numen de la excelsa Juno,  
Y con ofrendas, súplicas y dones  
Vence el rencor de la potente diosa.  
Y así dejando la trinacria orilla,  
Á Italia al fin arribarás triunfante.

» Al acercarte á la ciudad de Cumas,  
Y á los lagos divinos, y al Averno  
Cercado en torno de sonantes selvas,  
Allí verás bajo profunda roca,  
Abriendo y revelando lo futuro,  
Á la Sibila, que los nombres graba  
Y sabias predicciones en las hojas;  
Y aquellos vaticinios por la virgen  
En las hojas impresos, ella misma  
Por orden los coloca, y á su antro  
De nuevo retirada, allí los deja:  
Ellos en sus lugares inmutables  
Sin variación alguna permanecen;  
Mas si al girar las puertas en sus gonces

Penetra el viento, y con su leve soplo  
Altera el orden de las tiernas hojas,  
Jamás de recoger ella se cuida  
Las que volaron por la extensa gruta,  
Ni á su lugar las vuelve, ni dispone  
De nuevo los pasados vaticinios;  
Y el que de allí se ausenta sin consejo,  
La morada aborrece de la virgen.

»Mas tú detente, sin temor de daño,  
Y aunque te increpen los troyanos mismos,  
Y el mar exija navegar al punto,  
Y puedas alcanzar prósperos vientos,  
No omitas visitar á la Sibila,  
Y pedir sus oráculos con preces,  
Y que sus labios abra, y vaticine.  
Ella de Italia te expondrá los pueblos,  
Y las guerras futuras, y los modos  
De evitar ó vencer los infortunios,  
Y á tus ruegos dará rumbo felice.  
Esto mis labios revelarte deben:  
Marcha, pues, y con hechos inmortales  
Encumbra á Troya á los excelsos astros.»—

Tal con amiga frase el adivino  
Dice, y manda llevar preciados dones  
De oro luciente y de marfil labrado  
Á los bajeles, y copiosa plata,  
Y palanganas ricas de Dodona,  
Y las armas de Pirro: su loriga  
De malla densa con anillos de oro,  
Y de triple tejido reforzada,  
Su yelmo y su cimera penachuda;  
Y dones especiales á mi padre,  
Y caballos, y guias y remeros,  
Y de armas pertrecha á mis troyanos.  
—Mi padre Anquises entre tanto ordena  
Las velas preparar, y sin demora  
Aprovechar los vientos favorables:  
Y con grandes honores la palabra  
De Febo el sacerdote le dirige.  
—«¡Oh Anquises, á quien Venus halló digno  
De su tálamo augusto! ¡Oh de los dioses  
Varón querido, y de la gran ruina  
De Pérgamo dos veces libertado!  
Allí la Italia para tí se eleva;  
Dirige el rumbo á sus ansiadas costas;  
Mas vagarás primero por el ponto;

Que la ausonia región que Apolo anuncia  
Lejos se halla de aquí. Parte, le dice,  
Padre feliz, por la piedad del hijo.  
¿Para qué te detengo, y mis palabras  
Retardan el impulso de los austros?»—

Y Andrómaca no menos generosa,  
Y en la suprema despedida triste,  
Preciosas vestes de colores varios  
Labradas de oro, y clámide de Frigia  
Regala á Ascanio con honor debido,  
É innúmeros tejidos admirables,  
Y así le dice:—«Acepta, caro joven,  
Este dón cual recuerdo de mis manos,  
Y cual testigo del amor constante  
De Andrómaca de Héctor; y recibe  
Los últimos presentes de los tuyos:  
¡Oh tú, la imagen que me resta sola  
De mi hijo Astianacta! Así su rostro,  
Así sus ojos eran y sus manos,  
Y hora en tu misma edad joven brillara.»—

Y yo entre acerbas lágrimas les digo.  
—«Sois dichosos: gozad vuestra fortuna;

Mientras nosotros arrastrar nos vemos  
De peligro en peligro por los hados;  
En dulce paz vivís; que ni los mares  
Tenéis que atravesar, ni las regiones  
Buscar de Ausonia, que se alejan siempre;  
Del Janto veis la imagen, y de Troya  
Por vuestras manos mismas fabricada,  
Con mejores auspicios, y á los griegos  
Menos expuesta. Si por suerte un día  
Llego á ocupar el Tíber y sus campos,  
Y á ver alzados los excelsos muros  
Á mi claro linaje concedidos,  
Y de mi estirpe los antiguos pueblos;  
Del Epiro y la Hesperia, como hermanas,  
Que el mismo fundador Dárdano tienen,  
Y la misma fortuna, al fin haremos,  
Por voluntad y amor, sólo una Troya.  
¡Que á nuestros nietos nuestro amor se extienda!»--

Partimos luego por el mar undoso,  
Á las vecinas costas de Ceráunia,  
De donde arranca en dirección á Hesperia  
Por las ondas brevísimo camino.  
Se oculta el sol en tanto; densas sombras

Las montañas envuelven; y á la orilla  
Del mar, en la ribera deseada,  
Sorteados los remeros, descansamos;  
Y por la seca arena desparcidos  
Los cuerpos fatigados, dulce sueño  
De los rendidos miembros se apodera.

Aun no la noche recorrido había  
La mitad de su curso, y diligente  
Álzase Palinuro de su lecho,  
Y los vientos escucha y examina;  
Las estrellas estudia deslizadas  
Por el callado cielo; observa á Arcturo,  
Las pluviosas Hyádas, las dos Osas,  
Y de oro armado el Orión brillante.  
Y al ver que todo en el tranquilo cielo  
Próspera calma augura, de la popa  
Dá la señal, las tiendas se levantan,  
El camino emprendemos, y las velas  
Á los plácidos vientos desplegamos.  
Yá fulguraba la dorada Aurora,  
Ocultas las estrellas, y á lo lejos  
Nebulosos collados se divisan,  
Y sobre el mar á la tendida Italia:

—«Italia»—exclama Acates el primero;  
Y con gozo y clamores de alegría  
Saludan á la Italia los troyanos.  
Mi padre entonces de guirnalda ciñe  
La copa llena de sagrado vino,  
Invocando á los dioses, levantado  
En la alta popa.—«Oh dioses poderosos,  
De los mares y tierras y borrascas,  
Dadnos próspero viento en nuestra ruta,  
Y ayudadnos propicios.»—Con frecuencia  
Las auras deseadas se repiten,  
Y más cercano el puerto se divisa,  
Y aparece en el alto promontorio  
El templo de Minerva: los troyanos  
Amainan el velamen, y á la playa  
Tuercen las proras.

En el mar de Oriente  
Oculto en honda curva yace el puerto,  
Y espumas lanzan las opuestas rocas  
Por las hirvientes olas azotadas;  
Y á manera de torres dos escollos  
Tienden sus brazos cual muralla doble,  
Y lejos de la orilla se alza el templo.

Observo allí como primer augurio  
Cuatro caballos blancos cual la nieve,  
Despuntando la hierba por el campo.  
—«Oh tierra amiga, exclama el padre Anquises,  
La guerra llevas en tu fértil seno:  
Ármanse por la guerra los caballos,  
Y siempre ese animal la guerra anuncia;  
Mas uncidos también al carro fueron,  
Y el freno soportaron bajo el yugo,  
Y signo son de paz y de esperanza.»—

Los númenes supremos imploramos  
De Palas, la de armas resonantes,  
Que recibió primero á los dichosos;  
Y ante el altar, cubierta la cabeza  
Con velo frigio, y observando fieles  
El precepto mayor que diera Heleno,  
Á Juno Argiva con sagrado rito,  
Rendimos los honores ordenados;  
Y una vez terminado sin demora,  
Ni interrupción alguna el sacrificio,  
Volvemos las velíferas entenas,  
Y la región y campos sospechosos  
De los griegos salvamos.—La ancha boca

Preséntase del golfo de Tarento,  
Ciudad hercúlea, si la fama es cierta;  
Álzase en frente el templo de Lacinia,  
La ciudad de Caulonia y Scilacéo,  
Do naufragan las naves. Y en Trinacria  
Lejos del mar el Etna se divisa;  
Y el rugido del piélago espantoso  
Rompiéndose en las peñas escuchamos,  
Y su ronco fragor llena la playa;  
Y álzanse en remolinos las espumas,  
Y removidas hierven las arenas.

—«Esta es Caribdis, en verdad, exclama  
El padre Anquises, estos los escollos  
Y horrendas rocas, que anunciaba Heleno;  
Libertaos, oh troyanos, del peligro,  
Y remad vigorosos.»—Habló apenas,  
Y obedecidos fueron sus mandatos:  
Tuerce el primero la crujiente prora  
Hacia el mar de la izquierda Palinuro,  
Y á poder de los remos y los vientos  
La escuadra toda hacia la izquierda avanza.  
—Al cielo en ondulante remolino  
Nos alza el mar, y roto el oleage,

En el profundo abismo nos sumerge;  
Tres veces los escollos repitieron  
Rudo clamor entre las huecas rocas,  
Tres veces vimos la revuelta espuma  
Subir al cielo, y descender deshecha.  
Luego el viento y el sol nos abandonan,  
Faltos de fuerzas, é ignorando el rumbo  
Las costas de los cíclopes tocamos.

Ancho puerto del Noto defendido;  
Mas cerca ruge con estrago horrible  
El Etna atronador, que á veces lanza  
Torbellinos de pez y lava ardiente,  
Por los aires en negros nubarrones,  
Y globos encendidos flameantes  
Que tocan las estrellas; y otras veces  
Piedras arroja, y las entrañas mismas  
Arrancadas del monte, y con estruendo  
Innúmeros peñascos derretidos,  
Hirviendo sin cesar la sima horrenda.

Es fama que debajo de esa mole  
Yace el cuerpo de Encélado abrasado  
Por el rayo de Júpiter, y encima

Asentado se encuentra el Etna inmenso,  
Llamas lanzando de la hoguera rota;  
Y cuando mueve el cuerpo fatigado,  
Trinacria toda con fragor retiembla,  
Y con humo los cielos obscurece.  
La noche entera tan terribles monstruos  
Ocultos en la selva soportamos,  
Del estrépito aquel sin ver la causa:  
Ni los astros su lumbre difundían,  
Ni el éter el fulgor de las estrellas;  
Mas densa bruma encapotaba el cielo,  
Y la avanzada noche tenebrosa  
La luna entre las nubes ocultaba.

Álzase á poco precursor del día  
El astro matinal, y yá la Aurora  
Ahuyentaba las húmedas tinieblas,  
Cuando de pronto de la selva sale  
Figura extraña de varón ignoto,  
En suma languidez extenuado,  
Y miserable aspecto, y á la orilla  
Extendiendo las manos suplicante.  
Fijo la vista: suciedad horrible,  
Desgreñada la barba, y los vestidos

En girones sujetos con espinas;  
Y en todo lo demás soldado griego  
Del ejército armado contra Troya.

Él cuando vió los hábitos troyanos,  
Y las iliacas armas desde lejos,  
Párase á nuestra vista sorprendido,  
Y la marcha detiene; mas á poco  
Rápido hacia la orilla se adelanta,  
Y con llantos y ruegos:—«Oh troyanos,  
Yo os pido por los astros y los dioses,  
Por esta luz del cielo que me alienta,  
Que de aquí me saquéis: esto me basta;  
Y á cualesquiera tierras conducidme.  
Yo de la armada aquiva fuí soldado,  
Lo sé y confieso, y que invadí en la guerra  
Los lares de Ilión: y si tan grande  
Juzgais la injuria de tan alto crimen,  
Arrejadme á las olas, exclamaba,  
Y sumergidme en el inmenso ponto.  
Si á manos de los hombres pereciere,  
Grato será morir.»—Dijo, y en tierra  
Cayó de hinojos, y quedó clavado,  
Abrazando á la par nuestras rodillas.

Á declarar su nombre y su linaje,  
Y á confesar la historia le exhortamos  
De su aciaga fortuna. Al punto Anquises  
Al joven tiende cariñosa diestra;  
Tal prenda de amistad valor le infunde,  
Y depuesto el temor, así nos habla.

—«Es Ítaca mi patria: soy de Ulises,  
Del infeliz Ulises compañero;  
Mi nombre es Aqueménides, mi padre  
Era Adamasto, que en fortuna pobre  
Á Troya me envió. ¡Quisiera el cielo  
Que aquella suerte mísera durara!  
Aquí mis compañeros, por olvido,  
Me abandonaron, al partir huyendo  
De estas playas crüeles, en la vasta  
Caverna del ciclope. Tenebrosa  
É ingente es su morada, y de manjares  
Ensangrentados é inmundicias llena,  
Y él por su altura las estrellas toca.  
¡Librad la tierra, oh dioses, de tal plaga!  
Ni trato fácil, ni agradable aspecto:  
De entrañas de infelices se alimenta  
Y sangre corrompida. Ví yo mismo

Su inmensa mano atenazar dos cuerpos  
De mis socios, tendido en su caverna,  
Y allí junto al peñón despedazarlos,  
Anegando el umbral la sangre impura.  
Yo le ví devorar trozos de carne,  
Que repugnante corrupción manaban,  
Y miembros ví, calientes todavía,  
En sus dientes temblar. Pero no impune:  
Que Ulises no sufrió tales crueldades,  
Ni descuidó su vida en tal peligro.

»Cuando el ciclope de manjares harto,  
Y sepultado en vino dobló el cuello,  
Y cubrió con su cuerpo la caverna,  
Arrojando dormido por la boca  
Pútrida carne con sangriento vino,  
Nosotros, las deidades invocadas,  
Y á cada cual su oficio designado,  
En redor le cercamos cautelosos.  
Y el ojo enorme y solo que ocultaba  
Bajo su torva frente, y parecía  
Escudo argolio ó luminar febéo,  
Con un agudo dardo traspasamos,  
Vengando así los manes de los socios.

»Huid, infortunados, de estas tierras,  
Arracad de este puerto las amarras:  
Tan enormes como este Polifemo,  
Que hora ordeña en el antro sus ovejas,  
Habitan á lo largo de estas costas  
Cien horrendos ciclopes, que vagando  
Andan errantes por las altas cumbres.  
Llenar tres veces á la luna he visto,  
Desde que arrastro miserable vida  
En las cavernas, y desiertos bosques  
Y en la morada inculta de las fieras.  
Observo á los ciclopes monstruosos  
Desde lejana roca, y me extremece  
El escuchar sus voces y sus pasos.  
—Aquí me brindan mísero alimento,  
Los árboles con bayas, con su fruto  
El cornejo durísimo, y las hierbas  
Con sus toscas raíces arrancadas.  
Y de continuo en derredor mirando  
He visto lo primero vuestra flota  
Venir hacia esta playa, y decidíme,  
Cualquier que fuese, á someterme á ella.  
Me basta huir de la región nefanda;  
Mejor vosotros con cualquiera muerte

Esta vida extinguid.»—Apenas dijo,  
Y en la cumbre del monte divisamos  
Con su ganado al mismo Polifemo,  
Que mole inmensa con su paso mueve,  
Marchando hacia la costa conocida.

Monstruo feroz, descomunal, informe,  
Que falto de la vista en toscos pino  
La mano apoya, y la pisada afirma;  
Sus lanudas ovejas le acompañan,  
Su placer, y consuelo de sus males;  
Rústica flauta de su cuello pende.  
Luego que siente las primeras olas,  
Entra en el mar, y la fluente sangre  
Del ojo herido con las ondas lava,  
Por el dolor los dientes rechinando;  
Y al interior del mar camina luego,  
Que sus altos costados baña apenas.

Lejos de allí nosotros temerosos  
La fuga apresuramos: recibimos  
Cual era justo al triste suplicante,  
Y en silencio cortamos las maromas;  
Y las aguas sureamos vigorosos

Batiendo el mar los remos á porfía.  
Nos oye Polifemo, y al rüido  
Y murmullo de voces vuelve el paso;  
Mas cuando siente que poder le falta  
Para apresarnos con su enorme diestra,  
Ó superar el rápido oleage  
Del Jonio mar con su gigante marcha,  
Lanza un grito espantoso, que estremece  
El vasto ponto y las inmensas ondas,  
Y aterra en torno la región de Italia,  
Y hace rugir al Etna cavernoso.  
Y de las selvas y los altos montes  
Se arrojan los ciclopes convocados,  
Y al puerto corren, y la playa cubren.  
—Allí de pié con la mirada torva,  
Alzando la cabeza hasta los cielos,  
Á los étneos hermanos contemplamos  
En horrendo concilio. Cual levantan  
Sus copas las encinas por los aires,  
Ó el gigante ciprés, en la alta selva  
De Jove, ó en el bosque de Diana.

El acerbo temor nos compelia  
Los cables á soltar, y dar las velas

Á donde el viento próspero soplase.  
Mas prohíbe de Heleno el vaticinio  
Entre Escila y Caribdis dar el rumbo,  
Con peligro de muerte tan cercano,  
Y así volver las velas decidimos.  
—Álzase en esto el Bóreas favorable  
Partiendo del estrecho de Peloro,  
Y las fauces vencemos del Pantago,  
Que allí entre piedra viva desemboca,  
Y salvamos el golfo de Megara,  
Y la humilde península de Tapso,  
Señalando Aqueménides las costas  
Recorridas por él en rumbo inverso  
Con el mísero Ulises.—Del undoso  
Plemirio en frente elévase una isla  
En las sicánias ondas enclavada,  
Que Ortigia los antiguos nominaron.  
Es fama que hasta aquí llegara Alféo,  
De la Elídea región potente río,  
Abriendo bajo el mar oculto paso;  
Y hora brotando por tu misma boca,  
Dulce Aretusa, á confundirse corre  
Con las aguas del golfo de Sicilia.

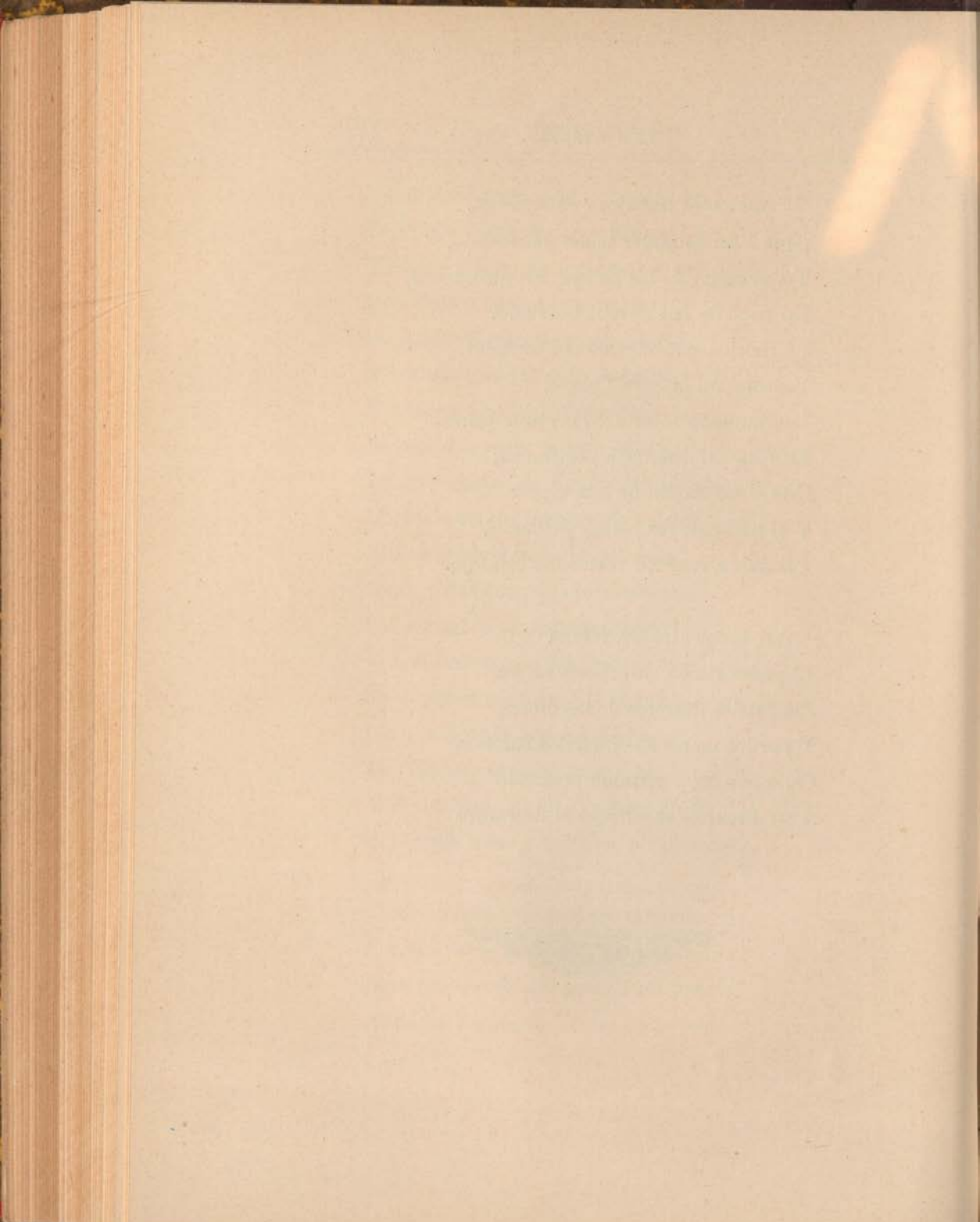
Allí obedientes, á los altos dioses  
De la isla adoramos, y partimos;  
Y atrás dejando las feraces tierras  
Que Heloro desbordado fertiliza,  
Doblamos el gigante promontorio  
Y las salientes rocas de Paquino;  
Y aparece á lo lejos Camarina,  
El lago que secar vedara Apolo,  
La gran ciudad de Gela y su campaña,  
Llamada así del nombre de su río;  
Alta después Acraga se presenta,  
La de nobles corceles productora,  
Sus dilatados muros ostentando;  
Y á tí, Selino, con tus ricas palmas  
Te dejamos tambien, del viento al soplo.  
Corto luego las ondas Lilibéas  
Por latentes escollos peligrosas,  
Y de Drépano al fin al puerto arribo;  
Á aquella triste y luctuosa playa.

Allí después de recorrer el ponto  
Por tan fieras borrascas perseguido,  
¡Desgraciado de mí! perdí á mi padre;  
Al padre Anquises, mi consuelo solo

En mis rudos trabajos é infortunios.  
¡Que á mí de tantos males yá rendido,  
Tú, el mejor de los padres, me abandonas,  
En vano de mil riesgos libertado?  
Ni Heleno, que sucesos tan terribles  
Vaticinó, ni la crüel Celeno,  
Tan inmenso infortunio me anunciaron.  
Esta fué mi desgracia postrimera;  
Este el mísero fin de mis viajes;  
Y al partir de las playas sicilianas,  
Un dios á vuestras costas me condujo.

Así, todos atentos, refería  
El padre Eneas su funesta suerte  
Por fatales decretos de los dioses,  
Y por los mares sus inciertos rumbos.  
Calló por fin: y término poniendo  
Á su discurso, se entregó al descanso.





LIBRO CUARTO

STHALD DEHN



## LIBRO CUARTO

**M**AS yá la Reina del mortal cuidado  
Há tiempo herida, la profunda llaga  
Del amor en sus venas alimenta,  
Y en su secreta llama se consume.  
Las virtudes revuelve en su memoria  
Del insigne varón, la gloria excelsa  
De su linaje; y en su pecho guarda  
Grabados sus palabras y su rostro,  
Y el afán intranquilo no concede  
Á sus miembros el plácido descanso.

Yá la cercana aurora difundía  
La luz del sol por la extendida tierra,

Las húmedas tinieblas ahuyentadas,  
Cuando loca de amor busca á su amante  
Hermana, y sú durísimo tormento  
Nárrale así:—«¡Qué insomnio tan terrible  
Me agita sin cesar, hermana mia!  
¡Qué extraño huésped favorece ahora  
Nuestra región! ¡Qué bello su semblantel  
¡Qué valor en su pecho generoso!  
¡Cuán ilustre en las armas! No me engaño:  
Corre sin duda por sus nobles venas  
La sangre de los dioses; torpe miedo  
Á los mezquinos pechos los delata.  
¡Cuál fuera por los hados combatido!  
¡Qué rudo batallar! Ah! si no fuese  
Resolución en mí firme, inmutable  
El rechazar el vínculo sagrado,  
De mi primer amor víctima triste  
Burlada por la muerte... si no odiase  
Con el alma la antorcha de Himeneo  
Y el tálamo nupcial, quizás podría  
Por solo Eneas cometer tal crimen.

»Desde la infausta muerte de mi esposo  
Siquéo, profanados los Penates

Por fratricida mano... te lo juro:  
Tan sólo este varón, hermana mía,  
Interesar mi alma consiguiera,  
Haciendo vacilar mi firme pecho.  
Siento la llama del amor antiguo;  
Mas ábranse primero de la tierra  
Para mí las entrañas; ó el potente  
Jove me lance con su ardiente rayo  
Del hondo Averno á las oscuras sombras  
Y á la noche sin fin, antes que pueda  
Ofenderte, oh Pudor, y tus derechos  
Y leyes quebrantar. Aquel que en lazos  
Se unió primero del amor conmigo  
Se llevó mis amores: que él los guarde,  
Y conserve consigo en el sepulcro.»—

Dice, y su seno en lágrimas inunda;  
Y Ana responde:—«¡Oh hermana más querida  
Para mí que la luz de la existencia!  
¿Y en triste soledad ha de agostarse  
Tu juventud? ¿Ni gozarás los dones  
De Venus, y el placer de dulces hijos?  
¿Piensas que á las cenizas y los manes  
Les inquieta tu afán? Bien. Ni en la Libia,

Ni antes en Tiro domeñar tu pecho  
Alcanzara jamás varón alguno:  
Á Yarbas despreciaste, y los ilustres  
Caudillos, que alimenta en sus regiones,  
Rica en vitorias la africana tierra.  
¿Y con el grato amor también acaso  
Osarás combatir? ¿Quizás ignoras  
En cual comarca el reino estableciste?  
De un lado las getúlicas legiones,  
En la guerra invencibles, nos rodean;  
Los númeridas allí, gente indomable,  
Y la Sirte crüel. Del otro lado  
La región abrasada del desierto,  
Y los Bárceos furiosos. ¿Y qué guerras  
No se alzarán de la ciudad de Tiro  
Por la venganza del Hermano? El cielo  
Con los auspicios de los altos dioses,  
Y la sagrada protección de Juno,  
Hizo arribar á impulso de los vientos  
Las naves de Ilión á nuestras costas.

»¡Cuál verás florecer, hermana mía,  
Esta ciudad, y cómo engrandecerse  
Con tales bodas tu naciente reino!

¡Cuántas hazañas alzarán la gloria  
De los fenicios por las armas teucras!  
Pide á los dioses su favor; ofrece  
Sacrificio agradable; estrecha el lazo  
De amistad con el huésped, y mil causas  
Inventa, que demoren su partida.  
Ora la tempestad que agita el ponto,  
Ya el pluvioso Orión, ó ya las naves  
Maltrechas por borrascas soportadas,  
Ó el enemigo cielo tormentoso.»—

Á estas palabras el amor yá ardiente  
La abrasa más y más; brota en su pecho,  
Antes lleno de dudas, la esperanza,  
Y se extingue el pudor; y presurosas  
Al templo marchan, y el favor del cielo  
En las aras imploran. Sacrifican  
Escogidas ovejas, según rito,  
Á Ceres, que dió leyes á los campos,  
Y al padre Baco y al hermoso Febo,  
Y á Juno, sobre todo, protectora  
Del lazo conyugal. La misma Dido  
Radiante de hermosura alza en su diestra  
La copa, y la derrama entre las astas

De cándida novilla; ó ya delante  
De los pingües altares suntuosos,  
É imágenes sagradas de los dioses  
Preséntase, y renueva cada día  
Sus dones, y los pechos destrozados  
Observa de las víctimas, y atenta  
Consulta las entrañas palpitantes.

¡Oh qué mentida del augur la ciencia!  
¿Qué aprovechan los templos, qué los votos  
Al alma enamorada? El dulce fuego  
Las entrañas en tanto le consume,  
Y abierta vive la secreta llaga  
Dentro del corazón. La triste Dido  
Abrasada de amor vaga furiosa  
Por toda la ciudad: como la incauta  
Cierva, que herida en los cretenses bosques  
Por el pastor, que la veloz saeta  
Le clava sin saberlo, presurosa  
Salva huyendo las selvas y los montes,  
Y la flecha mortal en el costado  
Lleva clavada.—Acompañando á Eneas  
Ora por las murallas le conduce,  
Y le presenta las riquezas tirias

Y la nueva ciudad: comienza á hablarle,  
Y, cortada la voz, calla de nuevo.  
Ora, al morir el día, los banquetes  
Repite, y otra vez en su locura  
Quiere escuchar las míseras desgracias  
De la triste Ilión; y de los labios  
Del narrador feliz queda pendiente.  
Y luego al retirarse, cuando apaga  
Poco á poco su luz la opaca luna,  
Y las estrellas pálidas muriendo  
Invitan al descanso, triste y sola  
En su mansión desierta se reclina  
En el estrado que ocupara Eneas;  
Y aún ausente de allí le vé y le escucha.  
Ó bien á Ascanio, imagen de su padre,  
En su regazo estrecha, por si puede  
Engañar al amor.—

Mas entre tanto  
Ni se elevan las torres comenzadas,  
Ni en las armas se emplea y ejercita  
La juventud, ni puertó y fortaleza  
Á la guerra prepara, interrumpidas  
Las emprendidas obras, las gigantes

Almenas de los muros, y las altas  
Máquinas levantadas hasta el cielo.

Cuando de Jove la querida esposa,  
La augusta Juno, conoció de Dido  
La funesta pasión, que ni aun la fama  
Cortar podía su furor insano,  
Así á Venus increpa:—«Gloria insigne  
Has alcanzado con tu dulce hijo,  
Y gran despojo y memorable nombre.  
¡Que á una sola mujer vencer lograra  
La astucia de dos dioses? Bien conozco  
Que tú nuestras murallas has temido  
De la excelsa Cartago recelosa.  
¿Y á qué tanto rigor? ¿Á qué conduce  
Tanto y tanto luchar? ¿Mejor no fuera  
Establecer la paz inquebrantable  
Con dulces himeneos? Cuanto ansiabas  
Has logrado en verdad: consume á Dido  
La llama del amor, y hasta los huesos  
Penetra y la devora. Hagamos pacto,  
Y á este pueblo rijamos de consuno  
Con el mismo poder. Dido obedezca  
Al frigio esposo, y dénese á mi dominio

Los tirios como dote.»—Entonces Venus  
La intención simulada penetrando  
De establecer en la africana costa  
El latino poder, así responde.  
—«¿Y quién tan necio rechazar podría  
Tal proyecto, ó acaso prefiriera  
En dura guerra pelear contigo,  
Si propicia mirase la fortuna  
Tu razonado intento? Mas dudoso  
El hado es para mí; ni sé si Jove  
Querrá para los tirios y troyanos  
Una sola ciudad, ó que se unan  
Y asocien ambos pueblos por las bodas.  
Á tí su esposa, con tu ruego amante,  
Su alto designio investigar te es dado:  
Hazlo, oh diosa, y acordes marcharemos.»—  
—«Tal mi empeño será, responde Juno;  
Mas oye la razón, escucha cómo  
Obrar exige la ocasión presente.

»Soberbia cacería proyectada  
Tienen Dido y Eneas, cuando inunde  
El sol mañana con su luz el mundo.  
Yo mientras ellos sus corceles bravos

Aguijan sin cesar, y en torno cercan  
La selva con las redes, desde el cielo  
Desataré las nubes tenebrosas  
En granizos deshechas, y los aires  
Conmoveré con truenos. Negra noche  
Envolverá la gente dispersada,  
Y Dido y el caudillo de los teucros  
En una gruta buscarán abrigo.  
Allí estaré presente; y si me consta  
Tu voluntad propicia, en firme lazo  
Los uniré de matrimonio estable,  
Dándole á Eneas por esposa á Dido:  
Tal será su himeneo.»—

Accede al punto,  
Ante el ardid de Juno sonriendo,  
La hermosa Citeréa.—Y entre tanto  
Del seno de los mares se levanta  
La nueva aurora, y al rayar el día  
La noble juventud llega brillante,  
Y los lazos aprestan y las redes,  
Y los recios vénablos de anchos filos;  
Y con jaurías de esquisito olfato,  
Y galopando en rápidos corceles

Los ginetes masilios se presentan.

Aguardan en las puertas del palacio  
Á la Reina los próceres fenicios,  
Que goza de su lecho perezosa,  
Y enjaezado de púrpura y de oro  
Un soberbio bridón, el espumante  
Freno tascando.—Espléndida aparece,  
Circundada de innúmero cortejo,  
Al fin la hermosa Dido, revestida  
De clámide sidonia franjeada,  
Aljaba de oro, y en dorados nudos  
Prendidos los cabellos, y la veste  
De refulgente púrpura ceñida  
Con áureo broche.—Con el dulce Ascanio  
Llegan los frigios, y entre todos brilla  
Por su apuesto ademán el noble Eneas,  
Que une á la comitiva sus ginetes.

Tal como Apolo cuando el Janto undoso  
Y la Licia invernal abandonando,  
Á la materna Delos se traslada,  
Y los coros renueva; y los driópes,  
Los de Creta y pintados agatirsos

Cantan con regocijo ante las aras,  
Él de Cinto recorre los collados,  
Los flotantes cabellos recógidos  
En lazo de oro, y con guirnalda bella  
Ceñidos á su frente, y resonando  
Las saetas pendientes de los hombros;  
No menos arrogante marcha Eneas:  
¡Tánta hermosura en su semblante egregio!

Luego que ascienden á los altos montes  
Y á las guaridas y espesuras, saltan  
De las peñas trepando por las cimas  
Las montaraces cabras. De otra parte  
Escuadrones de ciervos se desprenden  
De las árdas colinas, y atraviesan,  
Entre nubes de polvo fugitivos,  
Por los campos abiertos. Por el valle  
Goza el joven Ascanio, galopando  
En brioso alazán: y en la carrera  
Ya adelanta á los unos, ya á los otros,  
Ansiando ver entre las mansas greyes  
Algún terrible jabalí espumante,  
Ó algún rojo león bajar furioso.

—Empieza en tanto el cielo á conmoverse  
Con grandes truenos; ruge la tormenta  
Arrojando granizos; y los tirios,  
Los troyanos y el nieto de la diosa,  
Acá y allá dispersos por el miedo,  
Buscan techo y abrigo por los campos,  
Y ruedan por los montes los torrentes.

Llegan Dido y el Jefe de los teucros  
Á la misma espelunca. Allí la tierra  
Hace señal primero; y luego Juno  
De las sagradas nupcias protectora;  
Enciende sus antorchas fulgurantes  
El éter sabedor del Himeneo,  
Y ulularon las ninfas en las cumbres.  
¡De muerte y destrucción primero día,  
Causa primera de funestos males!  
Ni la fealdad del crimen, ni la fama  
Á Dido turban; ni el amor furtivo  
Hora le inquieta yá: que con el nombre  
De nupcias cubre su tremenda culpa.

Vuela al punto la Fama por las grandes  
Ciudades libias: la ligera Fama,

El más rápido mal que hay bajo el cielo:  
Le da vigor el movimiento mismo,  
Y en fuerzas crece cuanto más camina;  
Tímida cuando empieza, mas á poco  
Levántase soberbia por los aires;  
Se arrastra humilde por la tierra, y presto  
Esconde su cabeza entre las nubes.  
La madre tierra la engendró indignada  
Del furor de los dioses; la postrera  
Hermana fué de Encélado y de Ceo.

Monstruo descomunal, horrendo monstruo,  
De piés ligeros, y veloces alas;  
Bajo las plumas, que su cuerpo cubren  
Otros tantos oculta abiertos ojos,  
Locuaces lenguas y parleras bocas,  
Y orejas aguzadas. Con rüido  
Vuela de noche por el ancho cielo,  
Y la tierra sombría, y nunca cierra  
El dulce sueño sus despiertos ojos.  
Asiéntase de día vigilante  
Sobre altos techos ó encumbradas torres,  
Y las grandes ciudades amedrenta,  
Nuncio igual de verdades y mentiras.

—Noticias mil divulga por los pueblos  
Gozosa entonces, y los hechos falsos  
De igual manera que los ciertos narra.  
Que arribara á la Libia el claro Eneas,  
De la troyana estirpe descendiente,  
Y que la hermosa Dido se dignaba  
Unirse á tal varón; y que encendidos  
En torpe llama, y olvidado el reino,  
Entrambos el invierno dilatado  
En vergonzosos goces consumian.

Esto doquiera la maligna diosa  
Difunde sin cesar de labio en labio;  
Y al rey Yarbas el vuelo dirigiendo,  
Con sus palabras en furor le enciende,  
Y acrecienta sus iras.—Él nacido  
De Júpiter Ammón y la robada  
Garamántida ninfa, en sus estados  
Cien magníficos templos erigiera,  
Y cien altares al excelso Jove;  
Y el fuego santo, velador eterno  
De los dioses custodio consagrara;  
Regando con la sangre de las reses  
El pingüe suelo, y las sagradas puertas

Con guirnaldas de flores adornando.

Diz que fuera de sí, y en rabia ardiendo  
Por el duro rumor, ante las aras  
Y las sacras estátuas de los dioses  
Las suplicantes palmas elevando  
Así rogaba:—«Oh Jove Omnipotente,  
En cuyo honor la raza mauritana  
Liba en festín en lechos tapizados  
El néctar de Lenéo: ¿acaso el crimen  
Á tus ojos se oculta? ¿Acaso en balde  
Temblamos todos cuando el rayo vibras,  
Y son vanos los truenos y centellas  
Con que aerras el alma? ¡Oh padre Jove!  
Esa mujer que á nuestras costas vino  
Errante un día, y en comprado suelo  
Su pequeña ciudad edificara,  
Á quien cedimos campos y riberas  
Estableciendo pactos, nuestras bodas  
Ingrata rechazó; y hora en su reino  
Cual esposo recibe al teucro Eneas.  
Y ese Páris, de grey afeminada  
Doquiera cortejado, y que orna y ciñe  
Su barba y perfumada cabellera

Con mitra lidia, de su bien robado  
Goza procaz. Y yó que sacrificios  
En tus aras ofrezco, alcanzo sólo  
El nombre vano que la fama otorga.»—

Oye el augusto Jove las plegarias,  
Que asido á los altares le dirige:  
Y á las regias murallas de Cartago  
La vista torna, y á los dos amantes,  
Que su propio decoro despreciaban,  
Y así á Mercurio sus designos dicta.  
—«Llama, hijo, á los céfiros, le dice:  
En sus alas descende, y al caudillo  
Dárdano increpa, que en Cartago mora,  
Y olvida las ciudades que piadosos  
Los hados le conceden. Lleva presto  
Por las rápidas auras mis mandatos.  
No tal lo prometió su hermosa madre,  
Ni para esto de las armas griegas  
Dos veces le salvó; mas ofrecióme  
Que jefe digno de la teucra stirpe,  
Á la guerrera Italia regiría,  
Madre futura de potentes reinos,  
Sometiendo á su ley el orbe todo:

Si ni la gloria de venturas tantas  
Su pecho enciende, ni labrar procura  
Él mismo su grandeza, ¿á su hijo Ascanio  
Ha de privar de la ciudad de Roma?  
¿Qué proyecta, insensato? ¿Qué esperanza  
Entre gente enemiga le detiene?  
¿La descendencia ausonia no contempla  
Y los campos lavinos? Parte, y dile  
Que se haga al mar: sé tú mi mensajero.»—

Dijo, y Mercurio á obedecer se apresta  
Las órdenes del Padre Omnipotente:  
Calza primero los talaes de oro,  
Que con sus alas igualando al viento  
Sobre la tierra y mares le conducen.  
La vara empuña, con la cual del Orco  
Saca las almas pálidas, ó al triste  
Tártaro las arroja; dá los sueños,  
Ó los quita á placer; y abre piadoso  
Los yertos ojos, que cerró la muerte.  
Corta en ella apoyado el raudo viento,  
Y las revueltas nubes procelosas:  
Y yá volando, la eminente cumbre  
Divisa, y las laderas escarpadas

Del poderoso Atlante, que sostiene  
Con su vértice el cielo: del Atlante;  
Ceñida su pinífera cabeza  
Siempre de negras brumas, y azotada  
Del viento y tempestad. Su espalda cubre  
Manto de nieve, y ríos caudalosos  
Se precipitan de su vieja barba,  
Rígida siempre por glaciales frios.

Aquí Mercurio descansó, batiendo  
Las alas por igual; luego lanzóse  
Desplomando su cuerpo hacia las aguas.  
Cual el ave que en torno á las riberas,  
Y á las rocas en peces abundantes,  
Vuela rasando las marinas ondas,  
Entre el cielo y la tierra así volaba,  
Del abuelo materno desprendido,  
El dios Cilenio, que los aires surca  
Y la arenosa playa de la Libia;  
Mas cuando toca con los piés alados  
Las rústicas cabañas, mira á Eneas  
Que alcázares levanta, y reedifica  
Los techos por doquier: espada ciñe  
De pórpidos brillantes esmaltada

Á su costado, y de sus hombros pende  
Clámide tiria de encendida púrpura;  
Precioso don, que la opulenta Dido  
Labrara en tela recamada de oro.  
Llega veloz al príncipe, y le dice:  
—«¿Conque asientas ahora los cimientos  
De Cartago, cual siervo de una esposa,  
Y soberbia ciudad aquí edificas,  
De tu reino y deberes olvidado?  
El mismo Rey de los eternos dioses,  
Que cielo y tierra en su poder dirige,  
Del luminoso Olimpo á tí me envía:  
Él traerte me ordena sus mandatos  
Por las auras veloces. ¿Qué proyectas?  
Con qué esperanza tan precioso tiempo  
Pierdes hora en la Libia? Si la gloria  
De futuras grandezas no te mueven,  
Si no trabajas tú por tu honra misma,  
Mira á Ascanio crecer; mira el destino  
De tu heredero Julio, á quien se debe  
La romana región, de Italia el reino.»—

Habla Cilenio así; mientras decía,  
La apariencia mortal abandonando,

Á los humanos ojos desaparece,  
Desvanecido entre las ténues auras.

—Á tal visión estupefacto Eneas  
Enmudece; se erizan sus cabellos,  
Y se anuda la voz en su garganta;  
En ansias arde de emprender la fuga,  
Y abandonar tan deliciosas tierras,  
Por los altos decretos aterrado.

«¿Qué hará infeliz? ¿Con qué valor ahora,  
Con qué rodeos á la reina amante  
Sus cuitas expondrá? ¿Con qué palabras  
Dará comienzo?» Y en contrarios rumbos  
Su espíritu se agita arrebatado,  
Mil planes indeciso revolviendo,  
Y así en sus dudas proceder resuelve.  
Llama entonces al férvido Cloanto,  
Á Mnesteo y Sergesto, y que la flota  
En secreto aparejen les ordena;  
En la playa reunir los compañeros,  
Las armas preparar, y sigilosos  
De aquella novedad callar la causa.  
—Él á su vez cuando la noble Dido,  
Ignorándolo todo, ni aun recela  
El fin de tanto amor, con hábil modo

Para esta empresa buscará los medios,  
Y para hablarle la ocasión propicia.  
Y obedecen alegres el mandato,  
Y sus órdenes cumplen diligentes.

Mas presiente la Reina los ardides:  
¿Y quién puede engañar á un pecho amante?  
Conoce la primera las futuras  
Desgracias, y las teme como ciertas:  
La misma Fama le refiere impía,  
Su delirio aumentando, que las naves  
Armando están, y que á marchar se aprestan:  
Fuera entónces de sí corre furiosa  
Por toda la ciudad, cual la Bacante  
Que en la trienal orgía se arrebató,  
Al moverse del Dios el simulacro,  
Y al invocar á Baco se enfurece  
Del Citerón en el clamor nocturno.  
Halla á Eneas al fin, y así le increpa.  
—«¿Y ocultar esperabas tanto crimen,  
Oh pérfido, dejando mis estados  
Por vil sorpresa? ¿Ni mi amor eterno,  
Ni la fé prometida, ni la horrible  
Muerte crüel, que acabará con Dido,

Te pueden contener? ¿Y armar la flota  
En el invierno tu crueldad intenta  
Y acelerar la fuga por los mares  
En medio de los fieros aquilones?  
Y si existiera aún la antigua Troya,  
Á lo menos á Troya marcharías,  
Por el undoso piélago en tus naves;  
Y no á extrañas regiones ignoradas,  
Y á ciudades de tí desconocidas.

»¿Huyes tal vez de mí? Por este llanto,  
Por la fé que tu diestra me jurara,  
Yá que nada de mí triste me resta,  
Por nuestra unión y comenzadas bodas,  
Si algo de tí merezco, si algo mío  
Dulce fué para tí, ¡oh! yo te ruego  
Que tengas compasión de la rüina  
De este mi reino. Si lugar aun queda  
Á las ardientes súplicas, que dejes  
Tu funesto propósito te pido.

—Por tí los pueblos todos de la Libia,  
Y los tiranos nümidas me odian;  
Los tirios se levantan. Por tí solo  
Perdí el pudor y mi primera fama,

Que hasta los cielos remontó mi gloria.  
¿Á quién me entregas á morir, oh huésped,  
Que este nombre me queda de un esposo?  
¿Qué espero yá? ¿que Pigmalión mi hermano  
Destruya mi ciudad? ¿Ó que cautiva  
El rey gétulo Yarbas me conduzca?  
Si al partir á lo menos me quedara  
Alguna descendencia. Si tuviese  
Á mi lado jugando en mi palacio,  
Algún pequeño Eneas, que en su rostro  
Te recordara á tí... no abandonada,  
Ni cautiva del todo me creyera.»—

Dijo: y Eneas con la vista inmóvil  
Por la orden de Júpiter, reprime  
Dentro del pecho su mortal cuidado,  
Y así responde al fin.—«Jamás, oh Reina,  
Las mercedes innúmeras, que narras,  
Podré negar:.. ni me será molesto  
Acordarme de Elisa, mientras pueda  
Acordarme de mí; mientras que rija  
Mi espíritu estos miembros; mas ahora  
Poco habré de decir. Nunca esta marcha  
Ocultarte pensé con dolo impío:

No te engañes; ni nunca como esposo  
Pretendí el himeneo, ni á tus costas  
Vine para pactar nupciales lazos.  
Si los dioses vivir me permitiesen  
Por mi propio querer, y mis destinos,  
Según mi arbitrio dirigir, entonces  
Antes de todo á la ciudad de Troya,  
Y á las dulces reliquias de los míos  
Culto prestara, y el palacio augusto  
De Príamo existiera, y con mis manos  
Hiciera renacer de sus rüinas  
Á Pérgamo en favor de los vencidos.  
Mas á la grande Italia el gríneo Apolo  
Dirigir nuestro rumbo nos ordena;  
Á Italia los oráculos de Licia:  
Es este nuestro amor, esta la patria.  
—Si á tí que eres fenicia te retienen  
Los muros de Cartago, y la hermosura  
De líbica ciudad, ¿á qué envidiarles  
Á los troyanos que en la tierra ausonia  
Se establezcan? Tambien para nosotros  
Es lícito buscar reinos extraños.

»Cuando la noche con sus negras sombras

La tierra cubre, y en el alto cielo  
Las ardientes estrellas se levantan,  
Del padre Anquises la irritada imagen  
Me reprende entre sueños y me aterra.  
Y me atormenta Ascanio, y la injusticia  
Contra mi tierno y adorado hijo,  
Á quien le robo de la Hesperia el reino,  
La región que los hados le conceden.  
También ahora el nuncio de los dioses  
Enviado por Júpiter me trajo  
En las rápidas auras sus preceptos.  
Por la vida de entrambos te lo juro:  
Yo ví al Dios entre lumbré esplendorosa,  
Yo le ví penetrar por las murallas,  
Y su voz escucharon mis oídos.  
Ni á tí ni á mí tus quejas atormenten;  
No por mi voluntad busco la Italia.»—

Con ánimo mirábale contrario  
Mientras hablaba Dido, revolviendo  
Acá y allá los intranquilos ojos;  
Con la vista devórale indignada,  
Y así prorrumpe desbordada en ira.  
—«Ni fué tu madre, pérfido, una diosa,

Ni Dárdano el autor de tu linaje.  
En las duras entrañas de sus peñas  
Cáucaso te engendró; tigres de Hircania  
Á sus feroces pechos te criaron.  
¿Á qué disimular? ¿Mayores males  
Puedo acaso temer? ¿Gimió siquiera  
Ante mi llanto? ¿Me miró tan sólo?  
¿Vertió lágrima alguna enternecido?  
¿Compadecióse de la triste amante?  
¿Qué mayor prueba de crueldad espero?  
Yá ni Juno ni el Padre de los dioses  
Miran con justos ojos mis desgracias;  
No hay yá fé ni en la tierra ni en el cielo.

»Del mar á nuestras costas arrojado  
Yo pobre le hospedé; con él ¡oh necia!  
Partí mi reino; sus deshechas naves  
Salvé, y sus compañeros de la muerte.  
¡Ay de mí, que las furias me atormentan!  
¿Y ahora los oráculos de Licia,  
Y el divo Apolo por mi daño auguran?  
¿Y el nuncio de los cielos enviado  
Por Jove mismo, en las veloces auras  
Duros mandatos contra mí conduce?

¿Tal de los altos dioses el empleo?  
¿Es este el interés que los inquieta?

»Ni te detengo yá, ni te respondo.  
Vete; busca esa Italia por los mares;  
Busca esos reinos á favor del aura:  
¡Ah! si algo pueden los piadosos númenes,  
Yo espero que entre bárbaros escollos  
Hallarás el castigo de tu culpa,  
Y muchas veces llamarás á Dido.  
Yo por doquier con teas enemigas  
Te seguiré en la ausencia; y cuando el alma  
La helada muerte de mi cuerpo arranque,  
Á tus ojos mi sombra vengadora  
En todas partes estará presente,  
Y expiarás ¡oh malvado! tanto crimen:  
Lo oiré á la Fama en el profundo Averno.»—

Calla de pronto, y de dolor transida  
Huye de las miradas y se oculta,  
Dejando á Eneas, que al temor vencido  
Preparaba entre dudas la respuesta.  
Recíbenla sus siervas en los brazos  
Desfallecida; á su marmórea estancia

Llévanla, reclinándola en su lecho.  
Ansiaba Eneas consolar á Dido,  
Su pena mitigar, y su quebranto  
Arrancar, si pudiese, con razones;  
Gimiendo sin cesar, herida el alma  
De inmenso amor; mas de los dioses cumple  
Los preceptos, la flota visitando.

Emprenden los troyanos las faenas,  
Sacan las altas naves de la playa,  
Botan al mar las embreadas quillas,  
Y, con el ansia de emprender la fuga,  
De rústicos maderos de la selva  
Preparan, y de ramas aun frondosas  
Los remos y los mástiles: y al punto  
Marchar se vieron, y salir de golpe  
Por toda la ciudad.—Cual las hormigas  
Cuando trasladan el montón de trigo,  
Próvidas recordando el duro invierno,  
Y en sus cubiertas trojes los encierran:  
Marchan en negra fila por el campo,  
Y entre las hierbas por estrecha calle  
Transportan el botín. Arrastran unas  
Los gruesos granos con heróico esfuerzo,

Y otras en tanto el escuadrón dirigen,  
Á las más perezosas aguijando:  
La senda toda del trabajo hierve.

¡Cuál era tu aflicción, oh triste Dido,  
Tales escenas presenciando entónces!  
¡Qué gemidos brotaban de tu pecho,  
Al contemplar desde tu excelso alcázar  
Hervir por todas partes la ribera,  
Y ver el ancho mar ante tus ojos  
Por tanto clamoreo conturbado!  
¡Á cuánto sacrificio, amor infame,  
Á los humanos pechos no sometes!

Ora entrégase al llanto; ya con ruegos  
Probar intenta el ánimo de Eneas,  
Y rendirle al amor: y nada omite  
Antes de sucumbir á inútil muerte.  
—«¿No ves el movimiento de la playa,  
¡Oh hermana! exclama Dido, y los troyanos  
Cuál se aceleran, y en tropel concurren?  
Invitan yá las lonas á las auras,  
Y los nautas alegres en las popas  
Coronas colocaron.—Si he podido

Tal dolor esperar, hermana mía,  
Soportarlo podré; tú sin embargo  
Otorga este favor á mi infortunio.

»Yá que el pérfido á tí fiaba sola  
Sus íntimos secretos por cariño,  
Y sola tú de su alma conociste  
La entrada fácil y ocasión propicia,  
Vé al soberbio enemigo, tú, mi hermana,  
Y háblale suplicante.—Que yo nunca  
En Áulide juré con los helenos  
La destrucción de la troyana gente,  
Ni á Pérgamo envié contraria flota,  
Ni removí los manes y cenizas  
Del padre Anquises. ¡Ahl porque rehusa  
Dar sus duros oídos á mis ruegos?  
¿Á dónde en su furor se precipita?  
Que condolido de la triste amante  
Este favor postrero le conceda:  
Próspero viento espere, y fácil fuga.  
—Yá no reclamo el matrimonio antiguo,  
Que el pérfido violó; ni que se prive  
Del Lacio hermoso, ni su reino pierda  
Espacio breve pido, tregua y calma

Á este furor, hasta poder por suerte,  
Al tormento vencida, acostumbrarme.  
Esta postrera gracia te suplico:  
Tén de tu hermana compasión; y cuando  
Yá favor tan inmenso me otorgares,  
Lo olvidaré tan sólo con la muerte.»—

Tal suplicaba, y sus amargos ruegos  
Lleva, y refiere su afligida hermana;  
Mas no conmueve á Eneas llanto alguno,  
Ni voz alguna bondadoso escucha;  
Que lo impiden los hados, y el Dios mismo  
Obstruye sus oídos generosos.  
—Como la vieja encina poderosa  
Por los alpinos vientos azotada,  
Que acá y allá con ímpetu soplando  
Por arrancarla luchan á porfía.  
Suena el fragor, y sacudido el tronco,  
Cúbrese con las hojas la ancha tierra;  
Mas, asida á las rocas, cuanto al cielo  
Levanta su alta copa por los aires,  
Tanto al abismo su raíz extiende.  
Tal el Héroe troyano combatido  
Una vez y otra por constantes ruegos,

Siente en su noble pecho la amargura;  
Mas su mente inmutable permanece,  
Llanto inútil vertiendo.—Dido entonces  
La muerte con terror pide á los hados;  
Tedio le infunde hasta la luz del cielo.  
Para insistir en despreciar la vida,  
Ve en los altares do el incienso humea,  
Al ofrecer los dones ¡caso horrible!  
Ennegrecerse los licores sacros,  
Y en sangre impura convertirse el vino.  
Á nadie tal prodigio refiriera;  
Ni aun á su misma hermana.

Y en el templo

De mármol en su alcázar erigido  
Á su primer esposo, á quien rendía  
Honores admirables, adornado  
Con blancos velos y hojas en guirnalda,  
Oír le pareció en la noche obscura,  
Llamándola, las voces de su esposo.  
Y muchas veces el funesto canto,  
Oyó en los techos del siniestro buho,  
Y su voz como llanto prolongarse.  
Y la aterran también las predicciones

De los antiguos vates repitiendo  
Terrible vaticinio. El mismo Eneas  
Le atormenta feroz en su locura  
Entre sueños. Y siempre verse sola,  
Y siempre recorrer larga distancia  
Sin comitiva alguna se imagina,  
Y en desierta región buscar sus tirios.  
—Tal vé de las Euménides Pentéo  
Las huestes, y dos Tebas y dos soles;  
Tal Orestes agítase en la escena,  
Y huye la sombra de su Madre armada  
De teas y serpientes, y del templo  
Que custodian las furias vengadoras.

Luego que Dido á la aflicción rendida,  
Al poder de las furias se somete,  
Y resuelve morir, el tiempo estudia  
Consigo misma, y la ocasión y el modo:  
Habla á su triste hermana; en el semblante  
Su propósito oculta, simulando  
En la serena frente la esperanza.  
—«Felicítame pues, hermana mía;  
Ya encontré, dice, el medio poderoso  
De que vuelva á ser mío, ó de librarme

Para siempre de él.—En los confines  
Del Oceano, donde el sol se oculta,  
De los etiopes la región se extiende,  
Do el gigantesco Atlante con sus hombros  
Sostiene el alto cielo, de brillantes  
Estrellas tachonado. De allí vino,  
Presentándose á mí, potente maga  
De masilia nación, que los jardines  
Guardó de las Hespérides, y el templo,  
Y las sagradas ramas en el árbol;  
Y al dragón vigilante alimentaba,  
Mezclando dulce miel y adormidera.  
—Ella promete libertar los pechos  
Del amor, ó infundirles sus cuidados,  
Al poder de conjuros; en los ríos  
Hace parar las aguas, y en el cielo  
Retroceder los astros en su curso,  
Y levantarse á los nocturnos manes;  
La tierra oirás mugir bajo sus plantas,  
Y de los montes bajarán los olmos.

»Te juro, cara hermana, por los dioses,  
Por tí lo juro, y por tu dulce vida,  
Que á mi pesar al fin estoy dispuesta

Á las mágicas artes. Tú en secreto  
Alza en el interior al aura libre  
Una pira, y la espada que el impío  
Dejó colgada, y los vestidos todos,  
Y el tálamo nupcial, que en mi desgracia  
Mi ruina fué, sobre ella los coloca.  
Place extinguir el último recuerdo  
Del nefando varón, y así lo ordena  
La maga profetisa.»—Dijo, y baña  
La palidez su rostro: y Ana en tanto  
No piensa que fatal designio encubra  
Su hermana con las nuevas ceremonias,  
Ni tal furor sospecha en aquel alma,  
Ni teme mayor daño, que en la muerte  
Funesta de Siquéo: y presurosa  
Lo ordenado prepara.

—Mas la Reina,

Yá erigida la pira con ramage  
De pino y roble, en interior recinto  
Al cielo abierto, adorna con guirnaldas  
Los muros, y con fúnebres coronas;  
Los vestidos coloca sobre el lecho,  
Y la espada y la efigie del impío,

Yá convencida de su triste suerte.  
—Altare hay en torno, y desplegando  
Su labio al fin la fiel sacerdotisa,  
Suelto el cabello, con clamor tonante,  
Trescientos dioses inspirada invoca;  
Al Chaos, á Erebo, y á Hécate triforme,  
Diosa de triple faz, virgen Diana:  
Y derrama también agua ficticia  
Del lago del Averno; y tallos mezcla  
Cortados antes con segur de cobre  
Al rayo de la luna, y saturados  
De jugo venenoso; y de la frente  
Arrancado del potro el hipomanes  
De su madre delicia.—Dido entonces,  
Desceñida la veste, el pié desnudo,  
La harina y sal ante el altar presenta  
Con sus manos piadosas, por testigos  
Invocando á los dioses y los astros  
De su hado fatal conocedores.  
Y á aquel numen dirige su plegaria,  
Si hay alguno, que pródigo y severo  
Valga al amante que en su fé es burlado.

Era la noche, y por el ancho mundo

Al apacible sueño se entregaban  
Los fatigados cuerpos, y las selvas  
Y los soberbios mares al descanso;  
Las estrellas en medio de su curso,  
Y en profundo silencio el campo todo.  
Las duras bestias y pintadas aves,  
Los que habitan las líquidas lagunas  
Y en los zarzales ásperos del monte,  
En la tranquila noche silenciosa  
Con dulce sueño sus pesares templan,  
Del corazón las cuitas olvidadas.

Mas no descansa el ánimo agitado  
De la infelice Dido: nunca el sueño  
Cierra sus ojos, ni la noche calma  
De su pecho el dolor; sus ansias crecen,  
Y la arrebata el fuego de la ira.  
Insiste pues, y en estos pensamientos  
Revuélvese su mente.—«Conque ahora  
¿Qué rumbo seguiré? ¿Tornaré acaso  
De nuevo á mis antiguos amadores,  
Para ser por los mismos desdeñada?  
—¿Pretenderé las bodas suplicante  
De los númeras, yo, que tantas veces

No me digné admitirlos por esposos?  
—¿Ó seguiré las iliácas naves  
Al poder espirante de los teucros?  
¡Á fé que es grato recibir socorro  
De los antes por mí favorecidos,  
De los que así conservan en sus almas  
Las gracias recibidas!—¿Y quién de ellos  
Consentirlo podrá, aunque yo quisiera,  
Y despreciada en sus soberbias naves  
Acogerme querrá?—

»¿Quizás ignoras

Ni sientes, desgraciada, los perjurijs  
De la familia infiel de Laomedonte?  
—¿Qué pués? ¿Iré yo sola acompañando  
Á los nautas triunfantes?—¿Ó cercada  
De tirios, y mi ejército potente  
Contra ellos marcharé?—Mas, ¿cómo al ponto  
Otra vez lanzo, y navegar ordeno  
Á los que apenas de su patria Tiro  
Pude arrancar?—Morir más bien mereces:  
Extingue tu dolor con el acero.—  
—Tú, hermana, por mis lágrimas vencida,  
Tú con tan duros males oprimiste

Mi amante corazón, tú la primera,  
Y al cruel enemigo me entregaste.  
—¿Y no debiera yo libre de bodas,  
Pasar la vida al modo de las fieras,  
Libre también de tan funestos daños?  
—¡No he guardado la fé que á las cenizas  
Prometí de Siquéo!»—En tales quejas  
Su corazón deshecho prorrumpía.

Eneas en tanto sobre la alta popa,  
Cierto ya de partir, todo aprestado,  
Entrégase al reposo. Y entre sueños  
La imagen otra vez se le aparece  
Del dios Mercurio, con igual semblante,  
La misma voz y rubia cabellera,  
Y el color y los miembros juveniles,  
Y así de nuevo sus mandatos dicta.  
—«¿Puedes al sueño darte, hijo de Venus,  
En la ocasión presente? ¿No conoces  
Los próximos peligros que te cercan?  
¿Ni oyes soplar los céfiros propicios?  
Ella maquina miserables dolos  
Y maldades injustas en su pecho  
Segura de su muerte, y la devora

El fuego de la ira: parte al punto,  
Aléjate veloz hora que puedes;  
Pronto vieras turbados estos mares  
Por naves enemigas, y brillando  
Con el fulgor siniestro de las teas,  
Si te alumbrase aquí la nueva aurora.  
Alzáte, pues, y parte sin tardanza:  
¡Que es un sér la mujer siempre mudable!—  
Dice: y desaparece confundido  
Entre las negras sombras de la noche.

Por la visión entóncees aterrado  
Sacude Eneas el sueño, y á los nautas  
Férvido increpa.—«Despertad veloces,  
Varones fuertes, y ocupad los bancos,  
Y desplegad ligeros el velamen.  
Un Dios bajado desde el alto cielo,  
De nuevo manda acelerar la fuga,  
Y cortar las maromas.»—«¡Oh Dios Santo,  
Cualquiera que tú seas! obedientes  
Cumplimos y gustosos tus preceptos;  
Ayúdanos benigno, y las estrellas  
En el cielo dirígelas propicias.»—  
—Dice, y desnuda la fulmínea espada,

Y corta las amarras con su filo.  
Igual ardor abrasa á los troyanos;  
Precipitados corren, y la playa  
Dejan al fin; debajo de las velas  
Desparece la mar; y en rudo esfuerzo  
La espuma cortan, y las ondas rompen.

Yá la naciente aurora abandonando  
El lecho de Tritón, por la ancha tierra  
Sus nuevos resplandores esparcía;  
Y la primera luz de la alborada  
De su atalaya ve la triste Dido,  
Y la armada partir con fácil viento.  
Y mira yá desiertas las orillas  
Y el puerto sin remeros. Y mil veces  
Hiere el hermoso pecho con su mano,  
Y mesa su dorada cabellera.  
—«¡Oh Júpiter! exclama. ¿Ese extranjero  
Ha de partir, sirviéndole de escarnio  
Nuestro reino? ¿Cartago poderosa  
No los perseguirá con fuertes armas,  
Ni arrojará á las aguas nuestras naves?  
Id, encended veloces vuestras teas,  
Soltad las velas, agitad los remos.

—¿Qué digo? ¿Dó me encuentro? ¿qué locura  
Turba mi mente así?—¡Dido infelice!  
Hora los fieros hados te atormentan:  
Tiempo fué cuando el cetro le entregabas.  
—¿Tal la fidelidad y el juramento  
De aquél que dicen que salvó consigo  
Á los penates, y á su padre Anquises,  
Rendido por la edad, sobre sus hombros?

»¿No pude yo despedazar su cuerpo,  
Y esparcirlo en las ondas?—¿Y no pude  
Á sus socios matar y al mismo Ascanio  
Al filo de la espada, y ofrecerlo  
Por manjar en la mesa de su padre?  
¡Fuera tal vez el éxito dudoso!  
Mas resuelta á morir, ¿á quién temía?  
—Hubiera yo en sus naves arrojado  
Las incendiarias teas, y su flota  
Abrasado entre llamas; y extinguido  
Al hijo, al padre y á la raza entera,  
Muriendo yo tras ellos desesperada.

»¡Oh sol, que con tus luces examinas

Las obras todas por el ancho mundo;  
Y tú, Juno, sapiente consejera  
De las sagradas nupcias; y tú, Hécate,  
En las nocturnas fiestas aclamada;  
Y vosotras, oh furias vengadoras;  
Excelsos dioses de mi fin testigos;  
Ved: y el castigo dad á las maldades,  
Y mis preces oid.—

»Si está resuelto,  
Por voluntad de Jove, que el impío  
Á las tierras y puerto deseado  
Arribe al fin con término felice,  
Haced que perseguido por las armas  
De un pueblo audaz en sanguinaria guerra,  
De los patrios confines arrojado,  
Y de los brazos de su dulce Julo,  
Auxilio implore inútil, y presencie  
Las muertes de los suyos vergonzosas;  
Y á las incúas leyes sometido  
De ignominiosa paz.... que no disfrute  
Su reino, ni la luz de la existencia;  
Mas perezca con muerte prematura,  
Y que en la arena al fin yazga insepulto.

Esto pido, y mi súplica postrera  
Exhalo, y sello con mi sangre.—

»¡Oh tirios!

Con odio eterno perseguid su estirpe,  
Y su raza futura.—Tal tributo  
Rendid á mis despojos. Que ese pueblo  
No halle amor en vosotros ni alianza.

»Álzate, vengador de mis cenizas,  
Y en tu furor á las colonias teucras  
Extingue con el fuego y con la espada  
Siempre y doquiera que sus fuerzas muestren.  
Nuestras costas contrarias á sus costas;  
Á sus mares contrarios nuestros mares;  
De sus armas las nuestras enemigas;  
Y luchen con sus nietos nuestros nietos.»—  
Así dice: y revuélvese agitada  
Por todas partes su confusa mente,  
Ansiando yá perder la odiosa vida.

Habla á Barcen, nodriza de Siquéo,

Que la suya deshecha en negro polvo  
En su patria quedó; y así le ruega.  
—«Haz, amada nodriza, que mi hermana  
Venga aquí, que su cuerpo purifique  
Con clara linfa de corriente río;  
Las víctimas sagradas expiatorias  
Consigo traiga; y tú ciñe entre tanto  
Con las piadosas ínfulas tu frente.  
Que pienso consumir el sacrificio  
Al rey de la onda estigia preparado,  
Y fin poner á mis desgracias todas,  
Y entregar á las llamas esta pira  
Con las prendas del pérfido caudillo.»—

Dijo la Reina: con senil esfuerzo  
El paso aceleraba la nodriza.  
Mas aterrada Dido y temblorosa  
Ante el horrible comenzado intento,  
Los ojos revolviendo ensangrentados,  
Por el horror manchadas las mejillas,  
Pálida ante la muerte yá cercana,  
Al interior camina del palacio.  
Sube furiosa á la elevada pira,  
Y allí el acero dárdano desnuda,

No para tal destino fabricado.

Y cuando ve las iliacas vestes  
Y el conocido tálamo, un momento  
Pensativa detiéndose y llorosa;  
Y al fin sobre aquel lecho se reclina,  
Y estas palabras últimas pronuncia.  
—«Dulces reliquias cuando Dios y el hado  
Así lo permitieron; esta vida  
Recibid, y libradme de estos males.  
He vivido, y el curso, que la suerte  
Trazara á mi existencia, consumado;  
Ahora pasará mi augusta imagen  
Al hondo Averno.—Yo, ciudad preclara  
Edifiqué, y alzados ví sus muros;  
Vengué á mi esposo y castigué á mi hermano.

»¡Ah! feliz en verdad, asaz felice,  
Si jamás de los teucros los bajeles  
Á nuestras costas arribado hubieran.»—  
Dijo, y besando el lecho así prosigue.  
—«¿Moriré no vengada? Mas muramos:  
Conviene así pasar al negro abismo.  
Que estas llamas devore con sus ojos

Desde alta mar el pérfido troyano,  
É impresa lleve la crüel desgracia  
De mi muerte fatal.»—Dijo, y al punto  
Atravesada por el duro acero  
La ven caer sus fieles servidores;  
Bañadas viendo en espumosa sangre  
Las manos y la espada.—

Los lamentos

El alto alcázar llenan; presurosa  
Por la triste ciudad la fama corre;  
Los hogares repiten los gemidos,  
Y llantos de mujeres; y en los aires  
Resuenan los clamores luctuosos.  
Cual si la antigua Tiro, ó si Cartago  
En rüinas deshechas sucumbiesen  
Á enemigo poder; ó si las llamas  
Envolviesen furiosas los palacios,  
Y los sagrados templos de los dioses.

Oye el rumor exánime la hermana,  
Y al tropel aterrada de las gentes,  
Hiriendo el rostro y golpeando el pecho,  
Rompe por la apiñada muchedumbre,

Y á la espirante por su nombre llama.  
—«Todo para este fin, hermana mía?  
¿Tal me engañabas? ¿Tan horrendo daño  
Esa pira, ese fuego, esos altares  
Guardaban para mí?—Y abandonada,  
¿Por dónde ahora empezaré mis quejas?  
—¿Á tu doliente hermana despreciaste  
Por compañera de tu horrible muerte?

»Llamárasme á tu lado en tu infortunio,  
Y el mismo hierro, y el instante mismo  
Hubiera con entrambas acabado.  
¿Levanté con mis manos esa pira,  
Y mi voz invocó los patrios dioses,  
Para encontrarme ausente en tu desgracia?  
Tú con tu infausta muerte has extinguido  
Á tu hermana, á tu pueblo, á los excelsos  
Sidonios padres y á tu gran Cartago.  
—Dadme: y con agua lavaré su herida;  
Y si aún le resta el postrimer aliento,  
Recójanlo mis labios.»—

Tal exclama:

Las altas gradas sube, y estrechando

Á la espirante hermana contra el seno,  
Lanza amargos gemidos; y la sangre  
Enjuga con su veste.—

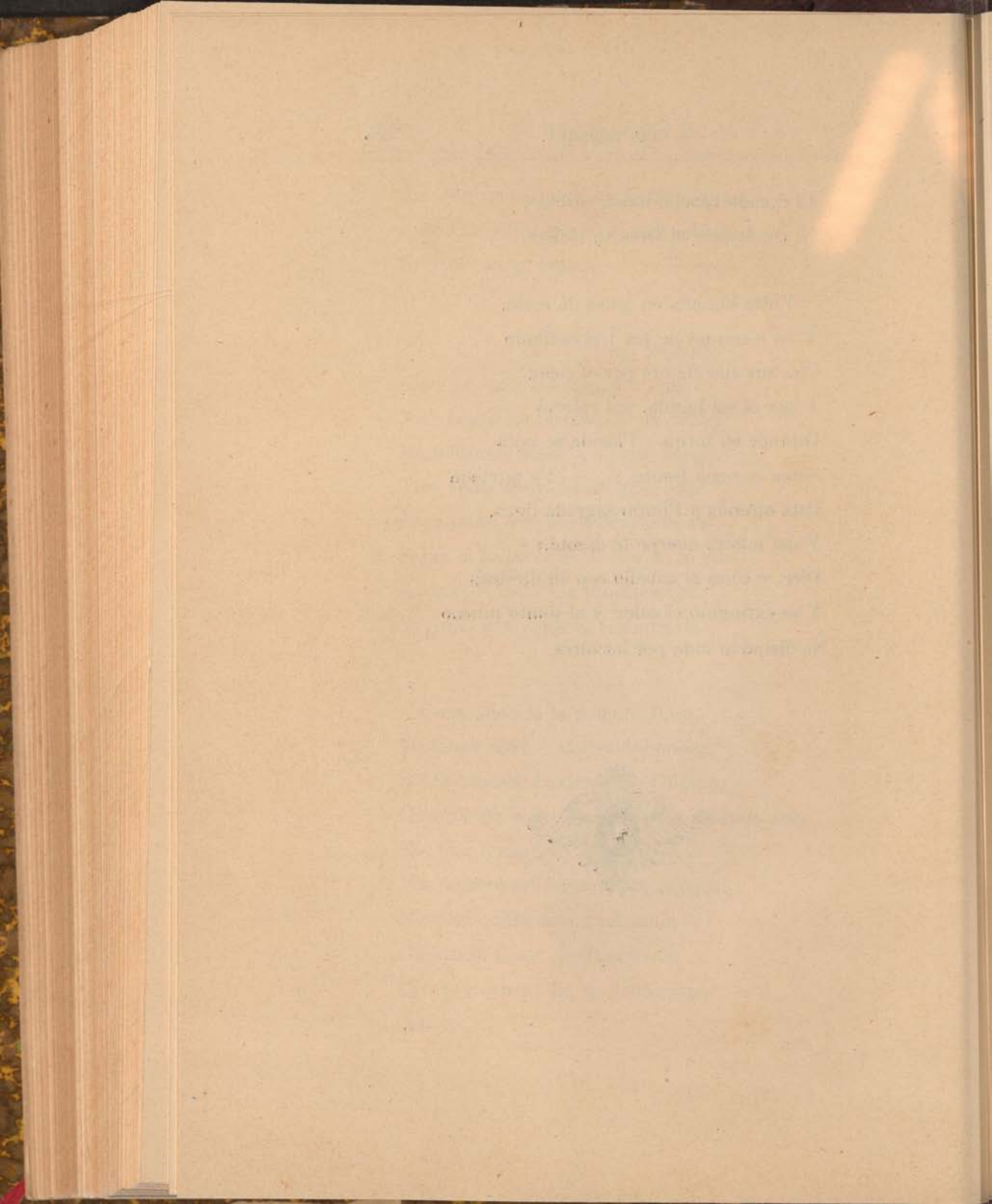
Dido en tanto  
Alzar procura los cargados ojos,  
Y le faltan las fuerzas: en su pecho  
Resuella sin cesar la abierta herida.  
Tres veces apoyándose en el codo  
Levantóse: tres veces desplomada  
Sobre el lecho cayó. Buscó en lo alto  
La luz del cielo con errantes ojos,  
Y gimió con pesar al encontrarla.

Compadecida la potente Juno  
De tanto afán, y muerte laboriosa,  
Á Iris manda desde el alto Olimpo,  
Que rompa el lazo, que á los miembros une,  
El alma luchadora. No muriendo  
Por decreto del hado, ni de muerte  
Merecida; mas sólo arrebatada  
De súbito furor, víctima triste  
Con prematuro fin, ni Proserpina

El dorado cabello había cortado,  
Ni condenado al Orco su cabeza.

Vuela bañada en gotas de rocío,  
Y en torrentes de luz Iris radiante  
Con sus alas de oro por el cielo;  
Y por el sol herida, mil colores  
Difunde en torno.—Plácida se posa  
Sobre la regia frente; y....—«Yo enviada  
Esta ofrenda á Plutón sagrada llevo,  
Y del mísero cuerpo te desato.»—  
Dice, y corta el cabello con su diestra;  
Y se extinguió el calor; y al punto mismo  
Se disipó la vida por los aires.





LIBRO QUINTO

LIBRO QUINTO



## LIBRO QUINTO

**E**MPRENDE Eneas con su armada en tanto  
La conocida ruta, y yá cortaba  
Las negras olas á favor del viento,  
Mirando las murallas, do relumbra  
La ardiente hoguera de la triste Elisa.  
Del incendio voraz la causa ignora;  
Mas el dolor por el amor violado  
En la mujer amante hasta el delirio,  
En los troyanos pechos inspiraba  
Fatal presagio.—Luego que las naves  
Llegaron á alta mar, sin ver yá tierra,  
Mas sólo cielo y el extenso ponto,  
Se condensan oscuros nubarrones

Sobre su frente, tras de sí llevando  
La ciega noche y tempestad deshecha,  
Y el tenebroso piélago horroriza.

Y Palinuro desde la alta popa,  
—«¡Ay! prorrumpe; ¿por qué les ciñen  
Tan densas tempestades? ¿Qué previenes  
Contra nosotros tú, padre Neptuno?»—  
Dice, y las jarcias recoger ordena,  
Y acudir vigorosos á los remos;  
É inclinando los senos de la lona  
Del aquilón al soplo, tal exclama.  
—«¡Oh magnánimo Eneas, aunque Jove  
Así lo ofrezca, con borrascas tales  
Jamás esperaré llegar á Italia.  
Mudados braman los contrarios vientos,  
Que surgen del negrisimo Occidente,  
Y en torva nube se condensa el aire.  
Ni fuertes somos á luchar en contra,  
Ni aun podemos marchar; que nos supera  
Adversa la fortuna. Mas sigamos  
El camino que trace victoriosa.

»No distantes de aquí deben hallarse,

Si no hubo error cuando observé los astros,  
De Érice fiel las fraternales costas  
Y puertos de Sicilia.»—Así responde  
El padre Eneas.—«Y en verdad há tiempo  
Que observo de los austros el constante  
Batallar, y tu inútil resistencia:  
Tuerce el rumbo á las proras.—¿Hay acaso  
Región alguna para mí más grata  
Do guarecer las trabajadas naves,  
Que aquella tierra, que al dardanio Acestes  
Me conserva feliz, y que en su seno  
Del padre Anquises los despojos guarda?»—  
Dijo, y al punto al puerto se dirigen;  
Hinche la vela el céfiro propicio,  
Corta el turgente piélago la armada,  
Y tocan las arenas conocidas.

Desde la cumbre de elevado monte  
Ve á lo lejos Acestes admirado  
Llegar á tierra las amigas popas:  
Él, á quien teucra madre y el Crimiso  
Engendraron, veloz corre á su encuentro,  
Armado con los dardos y las flechas,  
Y de imponente piel de osa africana

Revestido.—Viviendo en su memoria  
De los antiguos padres el recuerdo,  
Se felicita al ver los que regresan  
Por el mar fatigados; y gozoso  
Con agreste opulencia los recibe,  
Y con amigos dones los consuela.

Cuando el claro esplendor del nuevo día  
Ahuyentó las estrellas, y en Oriente  
Dió la primera luz, convoca Eneas  
Desde todos los puntos de la playa  
Á los teucros, y así desde un collado  
Los exhorta.—«Troyanos generosos;  
Raza de la alta sangre de los dioses:  
Hoy, corriendo los meses, se completa  
El año, desde aquel aciago instante,  
En que á la tierra mísera entregamos  
Las amadas reliquias y los huesos  
De mi divino Padre, y á su nombre  
Los fúnebres altares erigimos.  
Hoy es, si no me engaño, el triste día,  
Acerbo siempre y siempre venerando:  
Que así lo habéis querido, ¡oh sacros dioses!

» Aunque me hallase desterrado ahora  
En las Sirtes Getúlicas, ú opreso  
En el mar de la Argolia ó en Micenas,  
Este voto anual yo rendiría  
Y las solemnes funerarias pompas,  
Y altares con ofrendas consagrara.  
Más venturosos hoy, nos encontramos,  
Por consejo, sin duda, de los dioses  
Y su augusto poder, ante los huesos  
Y sagradas cenizas de mi Padre,  
Á estos amigos puertos arrojados.  
Ea, pues, ofrezcamos sacrificios  
Agradables, pidiendo vientos prósperos;  
Que propicio mi Padre me conceda  
Todos los años los piadosos dones  
Presentar en los templos erigidos  
Á su memoria en la ciudad fundada.

» Acestes generoso, hijo de Troya,  
Dos bueyes le regala á cada nave:  
Llevad vuestros penates al banquete,  
Y los que adora Acestes bondadoso.  
Si la novena aurora á los mortales  
Limpio y alegre día concediere,

Ciñendo el orbe todo con sus rayos,  
Un certamen naval daré á los teucros.  
Y los de ágiles piés en la carrera,  
Los en robustas fuerzas poderosos,  
Los diestros en lanzar agudos dardos  
Ó voladoras flechas; los que pugnan  
De duro cesto armados, lleguen todos,  
Y esperen justo premio á la victoria.  
—Guardad hora silencio, y vuestras frentes  
Con ramos coronad.»—Dice, y de mirto  
Ciñe sus sienas: Élimo le imita  
Con el anciano Acestes y su Ascanio,  
Y la florida juventud troyana.

Marcha luego al sepulcro entre millares  
De teucros en compacta muchedumbre:  
Allí dos copas de precioso vino  
Libando, segun rito, las derrama  
Sobre la tierra, y dos de nueva leche,  
Y otras dos de la sangre de las víctimas.  
Esparce en derredor purpúreas flores  
Y así prorrumpe.—¡Salve, Padre Santo:  
Y vosotras, cenizas veneradas,  
Hoy en vano devueltas! ¡Salve, oh sombra,

Y alma de mi Padre! El alto cielo  
No permitió llegar contigo á Italia,  
Ni á los campos que el hado concediera,  
Ni á las orillas del ausonio Tíber.» —

Dice; y del fondo del sepulcro sale  
Serpiente colosal de siete roscas,  
Que dulcemente el túmulo abrazando  
En redor de las aras se desliza;  
Brillan cerúleas manchas en su lomo,  
Y dorado fulgor en sus escamas:  
Cual resplandece el arco entre las nubes  
Herido por el sol con mil colores.  
—Queda Eneas absorto ante el prodigio:  
Ella se arrastra con su enorme cuerpo  
Entre las copas y ligeros vasos,  
Y prueba los manjares, y abandona  
Las aras, yá probadas las ofrendas,  
Y sin daño causar marcha de nuevo,  
Y al fondo del sepulcro se retira.

Con tal visión renueva el sacrificio  
En honor de su Padre comenzado,  
Dudando si era del lugar el Genio

Ó tal vez el ministro de su Padre.  
Cinco tiernas ovejas sacrifica  
Y cinco cerdos, y de negros lomos  
Cinco novillos; y á la par derrama  
El vino de las copas, invitando  
Al alma augusta del divino Anquises,  
Y sus manes salvados de Aqueronte.  
—Llevan también ofrendas cuantas pueden  
Los teucros inundando los altares,  
Y becerros inmolan. Otros ponen  
En orden las calderas, y esparcidos  
Sobre la blanda yerba, fuego aplican  
Al asador tostando las entrañas.

Llega por fin el día suspirado,  
Y en clara lumbre á la novena aurora  
Conducen los caballos de Faetonte.  
La fama y el poder del grande Acestes  
Juntan allí los pueblos comarcanos;  
Llenan la playa en plácido concurso,  
Ansiando ver los unos á los teucros,  
Y dispuestós los otros al certamen.  
—En el centro del circo se colocan  
Á la vista los premios ofrecidos:

Verdes coronas, tripodes sagrados,  
Y palmas, recompensa á la victoria;  
Y lás armas, y en púrpura teñidas  
Preciosas vestes, y de plata y oro  
Multitud de talentos.—De una altura  
Pregona la trompeta clamorosa  
Los juegos anunciados.

Dan comienzo

Cuatro bajeles al primer certamen  
Iguales en poder y en remos fuertes,  
Y entre toda la escuadra los mejores.  
Con briosos remeros va regida  
La veloz nave Priste por Mnesteo,  
Que presto fuera habitador de Italia,  
Y de la raza de los Memios padre.  
La grandiosa Quimera manda Gias,  
De ingente mole, que ciudad semeja,  
Y que la teucra juventud impele  
En tres filas de bancos y de remos.  
Sergesto, de quien nace la familia  
Sergia llamada, la Centáuro rige;  
Y la Escila Cloanto, que da nombre,  
¡Oh romano Cluento! á tu linaje.

Hay una roca en el inmenso ponto  
Enfrente y lejos de la hirviente playa,  
Que el hinchado oleaje azota y cubre,  
Cuando el poniente del invierno helado  
Oculta las estrellas. Campo extenso  
Se eleva sobre el mar, quietas las ondas;  
Grato refugio á las marinas aves.  
Allí por meta puso el padre Eneas,  
Verde y frondosa encina, desde donde  
Partir supiesen y cruzar los nautas  
En largos circuitos.—Los lugares  
Ocupan por la suerte designados;  
Brillan los jefes en las altas popas  
De púrpura y de oro revestidos,  
Y de coronas de álamo se ciñe  
La juventud restante; los desnudos  
Hombros en óleo ungidos resplandecen.  
Asiéntanse en los bancos, y apoyados  
Los brazos en los remos, anhelantes  
Esperan la señal con impaciencia;  
Los nobles pechos la inquietud agita,  
Y el afán ardoroso de la gloria.

Luego que la señal dá la trompeta

Rápidos á la vez arrancan todos:  
El náutico clamor el cielo hiere,  
Hierven doquier las espumantes ondas  
Por los robustos brazos azotadas,  
Las aguas hienden á la par con surcos,  
Y ábrese el vasto ponto, por los remos  
Y el espolón tridente removido.

—No tan veloces el estadio invaden  
Cuando se lanzan, de su cárcel libres,  
Por dos bravos corceles arrastrados  
Los carros al certamen. Ni se agita  
Así el auriga sacudiendo sueltas  
Las riendas sobre el tiro, y encorvado  
El ondulante látigo blandiendo;  
El valle todo y la extendida playa  
Por las voces y vítores resuenan,  
Y los collados el clamor repiten.

Parte el primero Gias por las ondas,  
Por multitud frenética aclamado:  
Sigue 'Cloanto con mejores remos,  
Mas en nave de mole ponderosa,  
Que á su pesar tardía le retiene:  
Con marcha igual la Priste y la Centáuro

Tras ellas corren, y el lugar primero  
Con rudo esfuerzo conseguir procuran:  
Y ya avanza la Priste, ya la vence  
La gigante Centáuro, ya se igualan  
Juntas las proras, y el salobre ponto  
En luengo espacio con las quillas surcan.

Yá al escollo se acercan, yá tocaban  
La ansiada meta, cuando el noble Gias  
En medio de la mar así á Menetes,  
De su nave piloto, increpa á voces.  
—«¿Porqué te alejas tanto á la derecha?  
Cambia el rumbo hacia acá: sigue la costa;  
Que los peñascos de la izquierda orilla  
Roce la nave. Los demás se engolfen  
En alta mar.»—Tal dice; mas temiendo  
Menetes los escollos, tuerce rauda  
Hacia el undoso piélago la prora.  
—«¿Adónde vas con tan diverso rumbo?  
Vira otra vez, Menetes, clama Gias;  
Vuelve á las rocas.»—Y entre tanto observa  
Tras sí á Cloanto, que á vencerle avanza,  
Casi ocupando las cercanas ondas.  
Hiende á la izquierda entre la misma nave

De Gias y los férvidos peñascos;  
Rápido se adelanta, y yá vencida  
La meta, ocupa el piélago seguro.

Arde en los huesos del mancebo triste  
El dolor y la ira; y no faltaron  
Lágrimas en su rostro. Olvida entonces  
Su decoro y las vidas de los suyos,  
Coge á Menetes y de la alta popa  
Le arroja al mar; y al gobernalle acude  
Como jefe y piloto de la nave;  
Arenga á los remeros, y á las rocas  
Tuerce el timón. Menetes entretanto  
Sube del seno de la mar devuelto,  
Viejo y pesado, y arrojando á chorros  
El agua sus vestidos. Á la cima  
Del elevado escollo se dirige,  
Y en un seco peñón al fin se sienta.  
Burlaron de él los teuceros cuando al fondo  
Del mar cayó, cuando nadar le vieron,  
Y devolver el agua por la boca.

Surgió con esto plácida esperanza  
De triunfo en Sergesto y en Mnesteo,

De superar á Gias detenido.  
Toma el primer lugar Sergesto entonces  
Y á la roca se acerca: mas no vence  
La quilla toda, que al costado mismo  
El espolón la acosa de la Priste.  
Recorriendo la nave entre los nautas  
Así Mnesteo los exhorta.—«Oh teucros,  
Por mí cual compañeros elegidos  
En la rüina de Ilión infausta:  
Remad, remad briosos; dad ahora  
Muestra de aquel valor, de aquellas fuerzas  
En las Gétulas sirtes empleadas,  
Y en el mar de la Jonia, y en las ondas  
Del borrascoso golfo de Maléa.  
No pido para mí el lugar primero,  
Ni pugno por vencer: ¡Así pudiese...!  
—Triunfen aquellos, á quien tú, Neptuno,  
Tal concediste.—Por vergüenza nuestra  
No seamos, amigos, los postreros;  
Esto lograd, varones; tal deshonra  
Valientes evitad.»—Reman al punto  
Con esfuerzo supremo; la ferrada  
Nave con los empujes se estramece,  
Y huye la mar; agítanse los miembros;

Seca la boca el anhelar constante;  
Un río de sudor sus cuerpos baña,  
Y el suspirado honor les da la suerte.

Pues avanzando con furor Sergesto  
Hacia el escollo en peligroso espacio  
Entre la Priste y el peñón, su nave  
Mísera encalla en las salientes rocas.  
Retiemblan los peñascos, y los remos  
Al chocar en las piedras estallaron;  
Queda suspensa la encallada prora.  
Levántanse los nautas con clamores,  
Y preparando las ferradas picas  
Y las agudas astas, de las ondas  
Sacan los rotos remos.

Más ardiente

Y gozoso Mnesteo ante el fracaso,  
Con los veloces ordenados remos,  
Y los vientos propicios, raudo hiende  
El sosegado mar, y en fácil curso  
Por el abierto ponto se desliza.  
—Cual la paloma que aterrada sale  
De su morada oculta entre las peñas,

Bate las alas al partir ruidosas  
Sobre su dulce nido, y por los campos  
Cruza agitada; mas á poco el aire  
Rápida corta con tranquilo vuelo,  
Y apenas mueve las veloces plumas.  
Así Mnesteo, así corta la Priste,  
Volando rauda, las postreras ondas,  
Llevada sólo por su propio impulso.

Deja á Sergesto que ardoroso lucha  
Contra el escollo y los estrechos vados,  
Y en vano pide auxilio, pretendiendo  
Surcar las aguas con los remos rotos.  
Alcanza luego á Gias, y á la grande  
Quimera, la de mole ponderosa,  
Que por la falta de piloto cede.  
Sólo Cloanto le supera entonces  
Cerca yá de la meta. Hacia él arranca  
Con nuevos bríos y supremo aliento;  
Auméntase el clamor, aplauden todos,  
Á la victoria con ardor le incitan,  
Y resuena el estrépito en los aires.  
Claman los unos indignados viendo  
Ajado su decoro, ó en peligro

El honor que lograron, y quisieran  
Cambiar la vida por la ansiada gloria.  
Alienta á otros el feliz suceso:  
Pueden vencer, porque vencer anhelan;  
Y premio al fin hubieran conseguido,  
Igualadas tal vez entrambas proras,  
Si Cloanto, tendiendo hacia los mares  
Sus manos suplicantes y sus voces,  
No hubiera con sus votos y sus preces  
El favor de los dioses invocado.

—«Dioses, que con imperio poderoso  
Regís los mares, cuyas aguas surco:  
Yo agradecido ofreceré en las aras,  
En esta playa misma, un blanco toro  
Cual por voto me obligo, y á las ondas  
Lanzaré sus entrañas, derramando  
Precioso vino al par en los altares.»—

Oyeron las Nereidas en el fondo  
Del mar su voz, y el coro de las hijas  
De Forco con la virgen Panopéa.  
Y el mismo dios Portumno con su mano  
La nave impele con potente impulso,  
Que más veloz que el Noto y la saeta

Rápida hacia la tierra se dirige,  
Y al fin penetra en el profundo puerto.  
Entonce Eneas, convocados todos  
Por solemne pregón, según costumbre,  
Declara vencedor al gran Cloanto,  
Y en verde lauro coronó su frente.

Dale á escoger, por premios á las naves,  
Tres becerros, y vinos, y de plata  
Abundantes talentos. Á los Jefes  
También regala singulares dones:  
Al vencedor, de púrpura escogida  
De Melibéa, clámide preciosa,  
Con doble fimbria, y recamada en oro.  
Resalta en su labor el joven regio  
En el Ida frondoso fatigauo,  
Ardiente y anhelante, con las flechas  
En la carrera á los veloces ciervos;  
Que de Jove el ministro con sus garras  
Del Ida arranca y á los cielos sube:  
En vano con asombro suplicantes  
Tienden á las estrellas ambas manos  
Los ancianos custodios, y el ladrido  
El aire atruena de furiosos perros.

Al que en su esfuerzo vigoroso obtuvo  
El segundo lugar, por premio otorga  
Expléndida loriga reforzada  
De triple anillo de oro, que en los muros  
De la excelsa Ilión, y junto al margen  
Del Símois caudaloso, el mismo Eneas  
Arrancó vencedor á Demoléo;  
Honra y defensa al par en los combates.  
Llevarla apenas en los hombros pueden  
Segaris y Fegéo los esclavos  
Por su recia labor doble y pesada,  
Y antes con ella armado Demoléo  
Acosaba á los teucros en la fuga.  
—Dos palanganas de preciado bronce  
Son el premio tercero, y ricos vasos  
De plata con figuras cinceladas.

Premiados y orgullosos con los dones,  
La sien ceñida de purpúreas vendas,  
Marchaban todos yá, mientras Sergesto  
Con gran trabajo del escollo libre,  
Privado de los remos de una banda,  
Prueba á mover la deshonorada nave.  
—Cual la serpiente, á quien ferrada rueda

Coge y aplasta en medio de la via,  
Ó con pesada piedra el caminante  
La hiere, y medio muerta la abandona:  
Da con su cuerpo repetidas vueltas,  
Huyendo en vano. Yá, feroz en parte,  
Arden sus ojos, y silbidos lanza,  
Levantando soberbia el alto cuello;  
Mas á la vez doliente por la herida,  
Ni en sus anillos anudarse puede,  
Ni yá en su grave cuerpo replegarse.

Con tales remos se movía apenas  
La tarda nave, mas al fin acuden  
Á las velas, que henchidas por los vientos,  
Al puerto la conducen victoriosa.  
Gozoso Eneas por la nave y socios  
Del naufragio salvados, da á Sergesto  
Una esclava por premio prometido;  
Folóe su nombre, natural de Creta,  
Que dos gemelos á sus pechos cría,  
Y diestra de Minerva en las labores.

Tras el certamen se dirige Eneas  
Á un verde campo, que la grama alfombra,

Por selvas y collados circuído.  
Del valle en medio en forma de teatro  
Se extiende un circo, do el troyano jefe  
Entre socios innúmeros penetra,  
Y ante el noble concurso toma asiento.  
Invita allí con recompensa digna  
Los generosos ánimos, que anhelan  
Contender en la rápida carrera,  
Y los premios propone. Los troyanos  
Concurren todos, y á la vez con ellos  
Los valientes varones de Sicilia.

Niso el primero, y el robusto joven  
Euríalo, radiante de hermosura,  
De Niso amado con honesta llama;  
Tras ellos Diores, de la egregia estirpe  
De Príamo inmortal vástago regio;  
Y Salio con Patrón; aquel nacido  
En Acarnania, y éste de Tegea.  
Siguen después los jóvenes trinacrios  
Élimos y Panopes, cazadores,  
Frecuentes habitantes de las selvas,  
Y del anciano Acestes compañeros;  
Y muchos otros que la fama olvida.

Álzase entonces el piadoso Eneas,  
Y así les habla:—«Dóciles oidme,  
Y alegres atended á mis razones:  
Ninguno de vosotros, oh mancebos,  
Saldrá sin ser por mí recompensado.  
Dos dardos os daré, labor de Creta,  
De bien bruñido acero, relucientes,  
Y preciada segur de doble filo,  
De plata cincelada guarnecida:  
Honor que ofrezco, por igual á todos.  
—Otros dones tendrán los tres primeros,  
Y verde oliva ceñirá sus frentes.  
El primer vencedor por premio obtenga  
Un bridón arrogante enjaezado;  
Una aljaba el segundo de Amazona,  
De saetas provista de la Tracia,  
Y de ancho tahalí de oro pendiente,  
Que cierra un broche con preciosa piedra;  
El tercer vencedor contento marche  
Con este yelmo griego.»—

Apenas dijo,  
Y ocupan los lugares designados:  
Y de repente, la señal oída,

Cual tempestad deshecha, raudos parten  
Del señalado límite, y avanzan  
En rápida carrera por el circo,  
Fija la vista en la distante meta.  
—Corre el primero Niso, y á lo lejos,  
Delante de los otros, más veloce  
Que el huracán y el rayo, se distingue:  
Trás él va Salio, mas á gran distancia;  
Eurialo el tercero, aunque mediando  
Espacio extenso, y Élimo le sigue;  
Y cerca de éste, é igualados casi  
Los hombros y los piés, vuela Diores;  
Y si campo restara suficiente,  
Le venciera tal vez ó le alcanzara.

Fatigados al fin de la carrera,  
Yá el término tocaban, cuando Niso  
Resbálase en la hierba humedecida  
Con sangre de becerros inmolados;  
Y al vacilar el joven generoso,  
Yá vencedor en ovación alegre,  
La incierta planta asegurar no pudo,  
Cayendo al cabo en el inmundo lodo,  
Y en la sangre sagrada. Mas no olvida

Á Euríalo, ni olvida sus amores:  
Levántase en la tierra peligrosa,  
Y opónese ante Salio, quien al punto  
Cayó tendido en la abundante arena.  
Salta Euríalo entonces vigoroso,  
Y triunfador por gracia del amigo,  
Llega el primero, entre ruidosas voces  
Y vítores frenéticos volando:  
Llega el segundo Elimo; y la tercera  
Palma recaba Diores.—Arde en ira  
El triste Salio, y el extenso circo  
Con sus clamores llena ante el concurso,  
Y á la faz de los próceres y jueces,  
Pidiendo á voces el honor debido,  
Con astucia y con dolo arrebatado.  
Mas el favor y el llanto decoroso  
Á Euríalo protegen, y sus bríos  
Más agradables en su hermoso cuerpo;  
Que en vano el premio conseguido hubiera  
En el postrer lugar, si los honores  
Se otorgaran á Salio del primero.

Á tal demanda les responde Eneas:  
—«Mancebos, vuestro premio está seguro,

Y nadie alterará del triunfo el orden;  
Lamentar permitidme la desgracia  
Del inocente amigo.»—Y tal diciendo,  
De africano león la piel ingente,  
De crin pesada y con las garras de oro,  
Regala á Salio; mas protesta Niso:  
—«Si á los vencidos dás tan grande premio,  
Y así los compadecees, padre Eneas,  
¿Qué recompensa para Niso guardas?  
Yo mereciera la primer corona  
Por unánime aplauso, si la suerte  
No hubiera sido, cual á Salio, adversa.»—  
Y mostraba á la vez de lodo inundo  
Afeados sus miembros y su rostro.  
—El padre Eneas sonriente mira  
Al joven Niso, y entregarle ordena  
Rico pavés que Didimón labrara,  
Y del templo arrancado de Neptuno  
Por los aquivos: tan preciada joya  
Fué del ilustre joven recompensa.

Terminado el certamen, y los premios  
Yá con solemne fiesta repartidos,  
Dijo Eneas:—«Si alguno de vosotros

Tiene valor y alientos en su pecho,  
Salga, y levante las ferradas manos.»—  
Dice y dos premios por la lucha ofrece:  
Lucio novillo al vencedor, con cintas  
Y oro adornado; y esplendente yelmo  
Y una espada, consuelo del vencido.

Erguido al punto y con vigor mostrando  
En la expresión sus colosales fuerzas,  
Álzase Dares entre gran murmullo;  
Quien solo combatir osó con París,  
Y á Butes vencedor, de enorme cuerpo,  
Que de bebricia estirpe, y de la sangre  
Engendrado de Amico se decía,  
Cabe el sepulcro del ilustre Héctor,  
Hirió de muerte, y moribundo al cabo  
Dejó tendido en la rojiza arena.  
Tal la cabeza irguiendo ostenta Dares  
Sus anchos hombros, y alternando extiende  
En recios golpes los robustos brazos,  
Azotando los aires. Otro anhelan  
Para luchar con él; mas ni uno solo  
De la agitada turba numerosa,  
Con tal varón á contender se atreve,

Ni las manos ceñir con férreo guante.

Lleno de gozo, pues, y confiado  
En superar en el combate á todos,  
De pié ante Eneas, sin demora alguna,  
Prende del asta con la mano izquierda  
Á un toro, y así dice:—«Si ninguno  
Osa luchar, oh hijo de la Diosa,  
¿Á qué estamos aquí? ¿Por cuánto tiempo  
Esperando estaré? Dispón que lleve  
Los dones que ofreciste.»—Y los troyanos  
Acordes murmuraban, y pedían  
Que á tal varón los premios se otorgasen.

En esto el grave Acestes, que sentado  
Hallábase en la hierba junto á Entelo  
Le increpa con ardor.—«¿Y tantos dones  
Consentirás paciente que se obtengan  
Sin lucha alguna? ¿Tú, que en vano fuiste  
Entre los héroes todos el más fuerte?  
¿Dónde el dios Erix, á quien tú llamabas  
En balde ante nosotros tu maestro?  
¿Dónde tu fama por Trinaeria toda,  
Y los trofeos que en tu casa ostentas?»—

Dice, y responde Entelo:—«Ni me falta  
El amor del aplauso, ni la gloria  
Huye arrojada por cobarde miedo.  
La torpe senectud la sangre hiela,  
Y en el cuerpo las fuerzas debilita.  
Si, cual en otro tiempo, yo gozara  
De la robusta juventud los bríos,  
Que el necio Dares con placer ostenta,  
Combatiera en verdad; mas no impulsado  
Por recompensa, ni el gentil becerro;  
Que no me mueven los preciados dones.»—  
Dice, y en medio con furor arroja  
Los dos férreos cestones de gran peso,  
Que Érice valeroso en los combates  
Usar solía con potente mano,  
Y á los brazos ceñir su duro cuero.

Pasmados todos con horror admiran  
Las siete pieles de gigantes toros  
Con el hierro y el plomo reforzadas;  
Más que todos se asombra el mismo Dares,  
Y el combate rehusa. El noble Eneas  
Revuelve acá y allá con mano fuerte  
El ferrado volumen ponderoso;

Y así el anciano Entelo exclama al punto:  
— «¡Si de Hércules los cestos y las armas  
Hubiéseis visto, y el fatal combate  
En estas mismas playas acabado...!  
Estas armas entonces esgrimía  
Érice hermano tuyo; mira en ellas  
La sangre, y destrozado su cerebro;  
Con ellas peleó contra el robusto  
Y valeroso Alcides, y yo mismo  
Con ellas combatí cuando la sangre  
Más ardiente las fuerzas aumentaba,  
Y la envidiosa ancianidad mis sienes  
Con el blanco cabello no cubría.  
Mas si el troyano Dares nuestras armas  
Rechaza así, las luchas igualemos,  
Si place á Eneas, y lo aprueba Acestes.  
—» Yo las terribles de Érice renuncio;  
Depón, Dares, el miedo, y deja en cambio  
Los troyanos cestones.» —

Tal diciendo,  
Quita el doble ropage de sus hombros,  
Y los robustos y fornidos brazos  
Desnuda, y gigantéo se presenta

De la arena en mitad, de pie y erguido.  
Saca entonces el noble hijo de Anquises  
Cestos iguales, y con ellos liga  
Las manos de los dos, y ambos extienden,  
Sobre las puntas de los pies alzados,  
Á lo alto los brazos arrogantes;  
Atrás retiran las enhiestas frentes,  
Salvando del ataque las cabezas;  
Y enlazando las manos con las manos,  
El combate provocan valerosos.  
—Dares de ágiles pies favorecido,  
Y en juventud robusta confiado;  
Membrudo y por su mole poderoso  
El viejo Entelo, mas su aliento agita  
Con débil fuerza sus ingentes miembros,  
Y tiemblan sus rodillas vacilantes.  
Cien golpes sin herir lanzan briosos,  
Hieren cien golpes los costados huecos,  
Y el hondo pecho resollar se siente;  
Y en las orejas y en las sienas mismas  
Hieren cien veces las veloces manos  
Y al duro hierro las mejillas crujen.

De pie é inmóvil ponderoso Entelo

En el mismo lugar, los golpes burla  
Con ágil cuerpo y vigilantes ojos;  
Dares, cual quien opugna muro excelso  
Ó gigante castillo con las armas,  
Ya á la siniestra embiste, ya á la diestra,  
Con arte el campo explora, y con asaltos  
Incesantes y vanos acomete.  
Yérguese Entelo y á los cielos alza  
La diestra amenazando; pero Dares  
Ve de lo alto descender el golpe,  
Y ágil lo esquivo y rápido se salva.  
Desfoga al aire sus ardientes bríos  
El anciano, y al suelo se desploma  
Su vasto cuerpo y ponderosa mole.  
Como suele caer el hueco pino  
De raíz arrancado, en la alta cumbre  
Del Erimanto ó del soberbio Ida.

Álzanse los troyanos ardorosos  
Y la trinacria juventud: al cielo  
Sube el clamor, y generoso Acestes  
Corre y levanta al desgraciado amigo;  
Mas no acobarda la desgracia al héroe,  
Y torna más ardiente á la pelea

Aumentando sus fuerzas el coraje;  
Su ardor enciende la vergüenza misma  
Y el notorio valor; y sin demora  
Persigue á Dares por el circo todo  
Con golpear continuo de ambas manos,  
Sin descanso ni tregua: como saltan  
Los granizos innúmeros que arroja  
Deshecha tempestad, así los golpes  
Lanza sobre él el héroe de Sicilia,  
Y le acosa y le hiere sin reposo.

Mas no consiente compasivo Eneas  
Con tanto encono prolongar las iras,  
Ni que se cebe con crueldad Entelo,  
Y fin pone á la lucha; y consolando  
Al fatigado Dares, tal prorrumpe:  
— «¿Qué locura, infeliz, así te embarga?  
¿Las fuerzas enemigas no conoces,  
Y los dioses adversos? Cede al hado.»—  
Dijo, y la lucha con su voz dirime.  
— Los fieles compañeros á las naves  
Al desdichado con amor conducen;  
Débiles sus rodillas temblorosas,  
Acá y allá caída la cabeza,

Por la boca arrojando espesa sangre,  
Y de sangre cubiertos boca y dientes.  
—Reciben, por Eneas convocados,  
La espada y yelmo; y para Entelo dejan  
El becerro y la palma.

Y orgulloso

El vencedor y con la gloria ufano,  
—«¡Oh hijo, exclama, de la diosa! ¡Oh teucros!  
Los hechos conoced, y cuáles fuerzas  
Gozó mi cuerpo en años juveniles,  
Y de qué triste muerte habéis librado  
Al infelice Dares.»—Así dijo;  
Y enfrente del becerro se coloca,  
Dón y anhelado premio del certamen,  
De pie, y alzada la potente diestra  
De los duros cestones guarnecida;  
Y á plomo hiere con pesado golpe  
En medio de las astas al becerro,  
Que, roto el cráneo, vacilante cae,  
Y muerto cubre la tendida arena.  
Entonces clama fervoroso Entelo:  
—«¡Oh Érice inmortal! por la de Dares  
Esta vida mejor á tí consagro,

Y el arte y armas vencedor te ofrezco.»—

Al punto invita Eneas al certamen,  
Si algunos quieren, de las ráudas flechas,  
Y los premios propone. Con su mano  
Arbola de la nave de Seresto,  
El alto mástil, y del tope atada  
Suspende una paloma como blanco  
De los dardos veloces. Llegan todos;  
Y en un yelmo de bronce echadas suertes,  
Con vítores y aplausos el primero  
El nombre sale de Hipocón de Hirtaco;  
Sigue Mnestéo, que la oliva ciñe  
Cual triunfador en el naval certamen;  
El tercero Euritión, tu hermano ilustre,  
Oh Pándaro divino, que al mandato  
De Minerva rompiste la alianza,  
Lanzando el primer dardo á los aquivos;  
Sale el último al fin del hondo yelmo  
El noble Acestes, que en destreza y arte,  
Con la florida juventud compite.

Arman y doblan los varones todos  
Con grandes fuerzas los flexibles arcos,

Y sacan las saetas de la aljaba:  
Y vuela por el cielo la primera,  
Del estridente nervio despedida,  
La del joven de Hirtaco; el aire corta  
Y poderosa clávase en el mástil.  
Tiembla el árbol, sacude horrorizada  
Sus alas la paloma, y los aplausos  
Por do quier y los vítores resuenan;  
Diestro y hábil Mnestéo, el arco tiende,  
Con la flecha y la vista asesta al blanco,  
Mas no pudo infeliz herir al ave,  
Sólo el lazo cortar de que pendía  
Atada por un pié, y ella volando  
Se elevó por los aires á los cielos.  
Rápido observa á la fugaz paloma,  
Que las veloces alas bate alegre,  
Con arco y flecha Euritión armado;  
Férvido invoca á Pándaro, y dispara  
Y al ave hiere entre las negras nubes;  
Cae al punto, clavada la saeta,  
Y en los astros dejó la dulce vida.  
Perdida la victoria, sólo Acestes  
Restaba yá, que al aire disparando,  
Á un tiempo demostró su ágil destreza,

Y de su arco el resonar vibrante.

De súbito preséntase á los ojos  
Fatal prodigio, anunciador terrible  
De futuras desgracias, por los hechos  
Confirmadas después, y por los vates  
En predicción tardía declaradas.  
Que al volar por los aires la saeta  
Inflámase trazando ardiente vía,  
Y por las tenues auras se consume;  
Cual los astros que giran por el cielo  
Arrastrando encendida cabellera.

Atónitos los ánimos, levantan  
Súplicas á los dioses de consuno  
Sicilianos y teucros asombrados;  
Ni el presagio rechaza el grande Eneas,  
Mas abrazando á Acestes generoso  
Ofrécele amplios dones, y así dice:  
—«Acepta, oh padre augusto: el rey potente  
Del alto Olimpo con prodigios tales  
De honor excelso te declara digno:  
Del mismo Anquises como dón acepta  
Esta preciada copa cincelada,

Gran presente que el inclito Ciséo,  
Rey de Tracia, donara como prenda  
Y sello de amistad al padre Anquises.»—  
—Dice, y verde laurel ciñe á su frente,  
Y sobre todos vencedor le aclama;  
Y el bondadoso Euriti6n no envidia  
El honor otorgado, aunque 6l tan solo  
Hizo caer al ave desde el cielo;  
Tiene en los premios el lugar segundo,  
Pues la cuerda cort6 con firme dardo;  
Y el 6ltimo\* lugar aquel obtiene  
Que en el m6stil clav6 la aguda flecha.

Y terminado apenas el certamen,  
Llama Encas á Epítide, custodio  
Y compaÑero del imberbe Julio,  
Y asi le dice, como á fiel amigo:  
—«Vé sin demora á Ascanio, corre y dile,  
Que si aprestado el escuadr6n brillante  
Está de los mancebos, 6 instruidos  
En la carrera los corceles bravos,  
Al punto yenga con su hueste ilustre  
En honra de su abuelo, y que se ostente  
Diestro y ágil en armas.»—Tal ordena,

Y manda despejar el ancho circo  
Al pueblo que esparcido lo ocupaba,  
Y queda por doquier patente el campo.

Y los jóvenes llegan esplendentes  
En enfrenados rápidos bridones  
Ante los ojos de sus mismos padres,  
Y en vítores frenéticos prorrumpe  
La juventud de Troya y de Sicilia:  
Todos, según costumbre, los cabellos  
Ceñidos con el yelmo coronado,  
Y de agreste cerezo doble lanza  
Con aceradas relucientes puntas;  
El ligero carcaj al hombro algunos,  
Y del cuello pendiente y ondulando  
Suelta cadena de oro sobre el pecho.

Tres eran las escuadras, tres los jefes,  
Y doce los ginetes generosos  
En cada escuadra, al capitán iguales:  
Una de tiernos jóvenes la manda,  
Gozoso con el nombre de su abuelo,  
El noble nieto del insigne Príamo,  
Hijo tuyo, Polites, que del Lacio

Vino á aumentar á poco las ciudades;  
Monta alazán brioso de la Tracia,  
De albos pies, bicolor, que erguido ostenta  
Blanco lucero en la gallarda frente;  
Es Atis el segundo, ilustre joven,  
De quien la raza de los Acios nace,  
Del dulce Julo predilecto amigo;  
Y es el postrero Ascanio, por su forma  
Sobre todos sin par, gentil y bello,  
En sidonio caballo generoso,  
Don y recuerdo del amor de Dido;  
Y la restante juventud montaba  
Trinacrios potros del anciano Acestes.

Con vítores reciben los troyanos  
Á los mancebos, ávidos de gloria,  
Y en ellos con agrado reconocen  
Los rostros de sus padres. Cuando alegres  
Yá en sus corceles bravos recorrieron,  
Y examinaron el concurso todo,  
Con una voz y el látigo tronando,  
Da la señal Epítide á lo lejos.  
Ellos de tres en tres marchan iguales;  
Los jefes luego el escuadrón dividen

En grupos separados, y al chasquido  
De segunda señal, de nuevo parten:  
Cruzan el campo en dirección contraria,  
Y en combate las flechas dispararon.  
Y nueva marcha emprenden, nuevos giros,  
Y evoluciones nuevas circulares  
Corriendo en torno, y con ardor celebran  
De batalla campal gran simulacro.  
Ya con ardid la retirada imitan,  
Ya blandiendo las lanzas acometen,  
Ya, pactada la paz, siguen acordes:  
—Como aquel laberinto en la alta Creta  
Tegido de mil calles tortuosas  
Entre obscuras paredes, que formaban  
Camino incierto y engañosa vía,  
Con error al salir inexplicable;  
Así en sus giros complicados marchan  
Los troyanos mancebos, imitando  
Ora la retirada ó el ataque;  
Cual cortan los delfines la llanura  
Del líquido Carpato con sus juegos,  
Ó del Líbico mar las ondas hienden.

Tal uso de carreras y batallas

Estableció el primero el noble Ascanio  
Cuando á Albalonga circundó con muros,  
Y enseñó su ejercicio á los latinos;  
Y así también como el ilustre joven,  
Y cual la egregia juventud troyana,  
Enseñaron sus hijos los albanos;  
Y tal lo recibió la excelsa Roma  
Por patrio honor, llamando todavía  
Troya, y troyana hueste á los mancebos;  
Y aún hoy celebra tan solemnes fiestas  
En honra de su padre consagradas.

Mas cambia de repente la fortuna  
Y con ella la fe. Mientras rendían  
Ante el sepulcro con sãgrados juegos  
Los debidos honores, Juno infausta,  
Aun no saciado su rencor antiguo,  
Del cielo á Iris á la armada envía;  
Los vientos mueve en su favor, su encono  
Malévola en su pecho revolviendo.  
—Rauda volando la celeste virgen  
Por el arco brillante en mil colores  
Invisible descende.—Ve el concurso  
De teucros y trinacrios numeroso,

La ribera examina, y ve desiertas  
Las playas, y la flota abandonada.  
En lejano paraje solitario  
Lamentaban la pérdida de Anquises  
Las troyanas matronas, y tendiendo  
La vista hacia los mares, y llorando  
Así clamaban con acento acorde:  
—«¡Cuántas ondas ¡ay miseras! y cuántos  
Inmensos mares que surcar nos restan!»—  
Al cielo piden la ciudad ansiada,  
Tedio les causa el navegar penoso.

Diestra en dañar entre ellas se desliza  
Iris falace; el hábito divino  
Y la faz deponiendo, astuta finge  
El rostro y continente de Beróe,  
Del ismario Doriclo anciana esposa,  
De noble sangre, y nombre y descendencia;  
Y á las matronas de Ilión unida,  
—«¡Oh infelices, exclama, las que al hierro  
De las aquivas huestes no lograron  
Morir bajo los muros de su patria!  
¡Oh mísera nación! ¿á qué ruína  
Te guarda la fortuna? Siete estíos

Corridos van desde el troyano incendio,  
Y por diversos mares y confines,  
Por varios climas y ásperas regiones,  
Á merced de los astros y las aguas,  
Por el extenso piélago vagamos,  
Tras esa Italia, que huye de nosotras.

»De Érice aquí las costas fraternales  
Y el generoso Acestes. ¿Quién impide  
Los muros cimentar en estas playas,  
Y dar ciudad al fin á los errantes?  
¡Oh patria y oh penates, libertados  
Vanamente del pérfido enemigo!  
¿No ha de haber yá murallas en el orbe  
Con el nombre de Troya? ¿En parte alguna  
Verán mis ojos los hectóreos ríos  
Símois y Janto?—¡Ah! Venid veloces,  
Quemad conmigo las infaustas naves.  
Yo ví en sueños la imagen de Casandra;  
Ella me dió las encendidas teas,  
Y—«Aquí buscad á Troya, aquí, me dijo,  
Tenéis vuestra ciudad.»—Urge el momento,  
Propicia es la ocasión, no más queramos  
Esperar los augurios. Cuatro altares

Ved á Neptuno alzados: el dios mismo  
Nos dá valor y abrasadoras teas.»—  
—Tal diciendo, de súbito arrebatá  
El fuego destructor; álzalo ardiente  
En su elevada diestra, y á las naves  
Con ímpetu lo arroja.—Asombro y pasmo  
Invade el corazón de las troyanas.

La anciana Pirgo entonces, de los hijos  
Numerosos de Príamo nodriza,  
—«¡Oh matronas, les dice, no es Beróe,  
No es de Doriclo la retéa esposa;  
Ved de esplendor divino las señales  
En sus ojos ardientes y en su rostro,  
Notad su voz, sus pasos y su aliento.  
Yo misma al separarme dejé enferma  
Á Beróe, llorosa lamentando  
Verse privada del sagrado rito,  
Sin ofrecer á Anquises los honores.»—  
—Dice: y á los bajeles las matronas,  
Atónitas, dudosas y confusas,  
Tienden la vista con malignos ojos,  
Entre el amor de la región presente  
Y del futuro reino vacilando.

La diosa entonces hacia el almo cielo  
Las alas bate, y en las altas nubes  
Traza en su vuelo el arco esplendoroso.  
Turbadas con asombro ante el prodigio,  
Y de furor rabiando las matronas,  
En clamores prorrumpen, y arrebatan  
El venerando fuego; los altares  
Otras despojan con dolor y encono,  
Las frondas y las hachas arrojando;  
Y dando rienda á las voraces llamas  
Vulcano destructor, quema furioso  
Los remos y los bancos, y destruye  
De duro abeto las pintadas popas.

Al sepulcro de Anquises y al teatro  
Lleva Eumelo veloz la triste nueva  
Del pavoroso incendio de las naves;  
Y todos ven alzarse hacia las nubes  
Negra columna de humo y de pavesas.  
Corre Ascanio el primero, que gozoso  
Las ecuestres carreras dirigia,  
Y en su bridón soberbio galopando,  
Sin que puedan los jefes contenerle,  
Á las confusas gentes se encamina;

Y—«¿Qué furor es este, ciudadanas?  
¿Qué pretendéis, oh miseras, prorrumpe?  
No al griego destruí; no el enemigo  
Campamento, quemais vuestra esperanza;  
Yo vuestro Ascanio soy.»—Dice y arroja  
Ante sus pies el yelmo que cubría  
En los bélicos juegos su cabeza;  
Corre á la vez Eneas presuroso,  
Y en multitud inmensa los troyanos.

Ellas por el temor despavoridas  
Dispersas huyen por la extensa costa,  
Selvas buscando ó cóncavas montañas,  
Donde ocultarse, con terror profundo;  
Sus hechos y sus vidas aborrecen,  
Conocen á los suyos, y del pecho  
Á Juno arrojan.—Pero no deponen  
Sus indómitos ímpetus las llamas  
Ni el incendio voraz; y despidiendo  
Humo denso la estopa, á arder comienza  
Entre la dura tablazón mojada,  
Y levántase el fuego poderoso,  
Y por todo el bajel fiero discurre;  
Los heróicos esfuerzos nada valen,

Ni las aguas lanzadas á torrentes.

Quita Eneas la veste de los hombros,  
Tiende al cielo las palmas, y el auxilio  
De los benignos dioses implorando,  
—«¡Oh Júpiter, exclama, omnipotentel  
Si no aborreces á los teucros todos,  
Si tu antigua piedad clemente mira  
Las humanas desgracias, danos, padre,  
Salvar la flota del terrible incendio,  
Y á estos pocos troyanos de la muerte.  
Si lo merezco yo (que esto me resta)  
Arrójeme á morir tu ardiente rayo,  
Y esta mi vida con tu diestra extingue.»—  
—Apenas dijo, y de repente ruge  
Insólita tormenta, en densa lluvia;  
Los montes y los campos extremece  
De ruda tempestad el ronco trueno,  
Y las aguas los cielos á raudales  
Y los austros negrísimos arrojan  
Las popas inundando, y humedecen  
La dura tablazón medio abrasada,  
Hasta extinguir el devorante fuego,  
Y salvar del estrago los bajeles,

Perdidas cuatro de las tristes naves.

Turbado el padre Eneas y confuso  
Ante el fatal suceso, revolvía  
En su indeciso pecho sus cuidados,  
Y dudaba en su mente vacilante  
Si morar en los campos de Sicilia,  
Olvidando del hado los decretos,  
Ó de Italia buscar las nobles costas.  
—Álzase entonces el anciano Nautes,  
Por la tritonia Palas protegido  
Y en sus artes divinas enseñado,  
Sobre todos insigne prediciendo  
Ya de los dioses la funesta ira,  
Ó de los hados el designio y orden.  
Ansiando consolar al padre Eneas,  
Así le dice:— «¡Oh hijo de la diosa!  
Sigamos del destino los decretos;  
Cualquier que sea nuestra aciaga suerte,  
Hay que vencer con ánimo tranquilo:  
Aquí el troyano Acestes engendrado  
De sangre de los dioses; sus consejos  
Pide y abraza á su querer propicio:  
Entrega á su cuidado los varones

Que sobran yá de las perdidas naves,  
Á los que causan tus empresas tedio  
Y tus rudos trabajos é infortunios,  
Los débiles ancianos, las matronas  
Del mar cansadas, cuanto inútil llevas  
Y del rudo peligro temeroso.  
Ellos en estas costas edifiquen,  
Si quiere Acestes, la ciudad ansiada,  
Y le llamen Acesta de su nombre.»—  
Á estas palabras del anciano amigo  
Ánimo cobra Eneas, revolviendo  
Tantos cuidados en su mente inquieta.

Yá en su negra carroza el cielo ocupa  
La triste noche; y súbito aparece  
Descendiendo la faz del padre Anquises,  
Y—«¡Oh hijo, le decía, más amado  
Para mí que la luz de la existencia,  
Cuando gozaba yo la dulce vida,  
Y á quien los hados de Ilión persiguen!  
Por mandato de Júpiter potente,  
Que tu flota salvó de los incendios,  
Vengo hora á tí. Desde su excelso trono  
De tus males al fin compadeciósse:

Del venerable Nautes obedece  
Los prudentes consejos. Lleva á Italia  
Fuertes varones, juventud selecta;  
Que habrás de combatir allá en el Lacio  
Con raza tosca de costumbres rudas.

»Mas de Plutón descenderás primero  
Al palacio infernal. Por los profundos  
Avernos busca, oh hijo, mis mansiones,  
Que yo en el ímpio Tártaro no habito,  
Ni me ocultan allí las tristes sombras;  
Mas moro alegre en los Elíseos Campos  
En amable consorcio con los buenos.  
Allí te llevará la alma Sibila,  
Si cien víctimas negras inmolares,  
Y aprenderás tu larga descendencia,  
Y las ciudades de tu nuevo reino.  
Adios, que yá la noche ha recorrido  
La mitad de su curso, y del Oriente  
Me acosan los caballos anhelantes.»—  
Dice, y cual humo entre las auras huye.  
—«¿Adónde, oh padre, vas, adónde marchas?  
¿De quién huyes, oh padre, clama Eneas,  
Ó quién te roba á mis amantes brazos?»—

Tal dice, y removiendo las cenizas,  
El fuego adormecido aviva al punto;  
Á los penates de Ilión venera  
Y de Vesta el oculto santuario,  
Y sacrificio fervoroso rinde  
Con pan sagrado y con piadoso incienso;  
Convoca á todos, y el primero á Acestes,  
De Jove los mandatos les declara,  
Y de su padre Anquises los preceptos,  
Y cuál resolución su mente abriga;  
Nadie su firme voluntad rehusa,  
Y acepta el claro Acestes los mandatos.  
Á la ciudad destinan las matronas,  
La plebe voluntaria y los varones  
Á quien de gloria la ambición no enciende;  
Las tablas y los bancos de las naves  
Destrozados del fuego se renuevan,  
Y los remos aprestan y las jarcias:  
Pocos son los varones escogidos,  
Mas ardientes y bravos en la guerra.

Traza el troyano rey con el arado  
La futura ciudad, reparte en suertes  
Para nuevas moradas los solares,

Y—«Aquí Ilión, les dice, aquí está Troya.»—  
Gozoso Acestes con el nuevo reino,  
El foro crea, y convocando entonces  
Á los ancianos, les ordena leyes:  
Y en la cumbre del Erix gigantéo,  
Que á las estrellas con su cima toca,  
Á Venus Cipria con piedad erige  
Augusto templo, y sacerdote asigna  
Al sepulcro de Anquises, y consagra  
Bosque sagrado á su memoria y culto.

El pueblo todo espléndidos banquetes  
Por nueve días celebró, y piadoso  
Solemnes sacrificios; y los vientos  
Con blando soplo la llanura inmensa  
Calman del mar, y el Austro susurrante  
Á navegar al punto nos invita.  
Álzase en tanto por la corva playa  
Luctuoso clamor, y los abrazos  
De amarga despedida se repiten:  
Y las mismas matronas y varones,  
Á quienes antes la aspereza ruda  
Del indomable ponto horrorizaba,  
Marchar quisieran y sufrir gustosos

De la obligada fuga los trabajos:  
Con sus palabras el piadoso Eneas  
Consuela su aflicción, y al teucro Acestes  
Encomienda con lágrimas los socios.

Manda inmolar á Érice en las aras  
Tres becerros, y negra corderilla  
Á las fieras tormentas; y los cables  
Por orden desatar; y coronada  
Su noble frente de cortada oliva,  
De pié y erguido en la lejana prora,  
Y en su diestra la copa levantando,  
Lanza al mar las entrañas de las víctimas,  
Derramando á la vez el claro vino.  
Álzase viento próspero de popa  
Que impulsa fácil á los tristes nautas,  
Baten el vasto piélago á porfía,  
Y su llanura inmensa raudos hienden.

Por tales cuitas trabajada Venus  
Habla á Neptuno, y las amargas quejas  
Exhala así de su agitado pecho.  
—«De Juno vengativa el ciego encono  
É insaciable rencor, oh gran Neptuno,

Oblíganme á pedirte suplicante.  
Ni el largo tiempo, ni piedad alguna  
Mitigan su furor, ni la quebrantan  
El imperio de Jove ni los hados;  
No sacia su fiereza haber deshecho  
Con odio impío la ciudad potente,  
Que en medio de la Frigia dominaba,  
Y aun arrastrar sus miserás reliquias  
Por toda clase de crüel tormento.  
Persigue aún de la extinguida Troya  
Los huesos y cenizas. Ella sólo,  
Ella sabrá de su rencor la causa.

Testigo tú de la borrasca horrible,  
Que de súbito há poco, en ira ardiendo,  
En las líbicas ondas levantara;  
Juntó cielos y mares, confiando  
Inútilmente en los furiosos vientos  
Del dios Eólo, y aun tu reino mismo  
Osada perturbó.—¡Maldad nefanda!  
Ella agitando á las matronas teucas  
Las naves incendió con torpe dolo,  
Y yá perdida de la escuadra parte,  
Á quedar obligóles, inclemente,

En extraña región abandonadas.  
Este favor te pido: que sus velas  
Vuelen seguras por las quietas ondas;  
Y si en justicia ruego, si las Parcas  
La ciudad ofrecida les conceden,  
Haz que arriben al Tíber laurentino.»—

Habla entonces el hijo de Saturno,  
Dominador de los profundos mares,  
Y así responde:—«Hermosa Citeréa,  
Todo esperarlo debes en mis reinos,  
De donde tienes tu encantado origen:  
Y así yo lo merezco. Muchas veces  
Reprimí los furores y la rabia  
Del cielo y de las olas, y en la tierra  
Testigos son el Símois y el Janto.  
Constante velo por tu amado Eneas:  
Cuando acosaba el furibundo Aquiles  
Hasta los muros las troyanas huestes,  
Á millares los hombres sucumbiendo,  
Y llenos de cadáveres los ríos  
Su tardo curso al superar gemían,  
Ni al mar lograba su corriente undosa  
El Janto dirigir... yo de la furia

Del hijo de Peléo en hueca nube  
Salvé á tu Eneas, que ni el hado mismo,  
Ni inferiores sus fuerzas protegían;  
Aunque arrancar mi corazón quisiera  
De su hondo asiento los excelsos muros  
De Troya la perjura, que en mal hora  
Yó con mis propias manos fabricara.  
—Depón yá tu temor; vive en mi pecho  
La misma voluntad á tí propicia:  
Seguro arribará, cual lo deseas,  
Al puerto del Averno. Uno tan sólo  
Perecerá en el Ponto sumergido:  
Uno por muchos perderá la vida.» —

Luego que el padre mitigó las penas  
Y alegró el corazón de la alma Venus,  
Á su carroza los caballos unce  
Sujetos con los frenos espumosos,  
Y los deja partir, sueltas las riendas:  
Por la llanura inmensa de los mares  
Rápido vuela en su cerúleo carro;  
Humíllanse al pasar las fieras ondas,  
Y tiende el ponto sus revueltas aguas  
Debajo de las ruedas resonantes,

Y huye la tempestad por todo el éter.  
—Surgen acompañando al dios Neptuno  
Grandes cetáceos, y el antiguo coro  
De Gláuco, y Palemón y los Tritones  
Rápidos y el ejército de Forco.  
Van á su izquierda Tetis y Melite,  
La virgen Panopéa, Nesce, Espío,  
Y la bella Talía y Cimodoce.

En la mente de Eneas indecisa  
Bullen goces y plácida esperanza;  
Manda arbolar los mástiles al punto,  
Y desdoblar ligeros el velamen;  
Todos á un tiempo la labor emprenden,  
Á un lado y otro con igual esfuerzo  
Los senos de las velas desplegando;  
Y todos atan, retorciendo á una,  
Los cabos en redor de las antenas.  
Impulsa el viento próspero la armada,  
Marcha delante el rumbo dirigiendo  
De la flota el ilustre Palinuro,  
Y obedientes tras él siguen los jefes.  
—Del cielo casi la mitad tocaba  
La negra noche en su húmeda carrera,

Y al pié del remo, al plácido reposo,  
Sobre los duros bancos desapareidos,  
Sus miembros dan los fatigados nautas.

Rápido entonces se desliza el Sueño  
De los etéreos astros, y remueve  
El aire tenebroso, y las espesas  
Sombras cortando, oh triste Palinuro,  
Llega, inocente, á tí con mil visiones,  
Siéntase el dios en la elevada popa,  
Y á Forbas simulando, así le dice:  
—«Hijo de Jasio, Palinuro ilustre,  
Mira cuál llevan las tranquilas aguas  
La flota por el mar; el aura espira  
Con blando soplo; es hora de descanso;  
Reclina la cabeza sin temores,  
Y hurta al trabajo los cansados ojos;  
Yo mientras velaré por algún tiempo,  
Y cumpliré gustoso tus oficios.»—  
Abre apenas los ojos Palinuro,  
Y así responde:—«¿Por ventura piensas  
Que ignoro yo del ponto sosegado  
La faz y quietas ondas, ó pretendes  
Que confie en el monstruo formidable?

¿Cómo habré de entregar al pío Eneas  
Á los austros falaces, tantas veces  
Por los tranquilos cielos engañado?»—

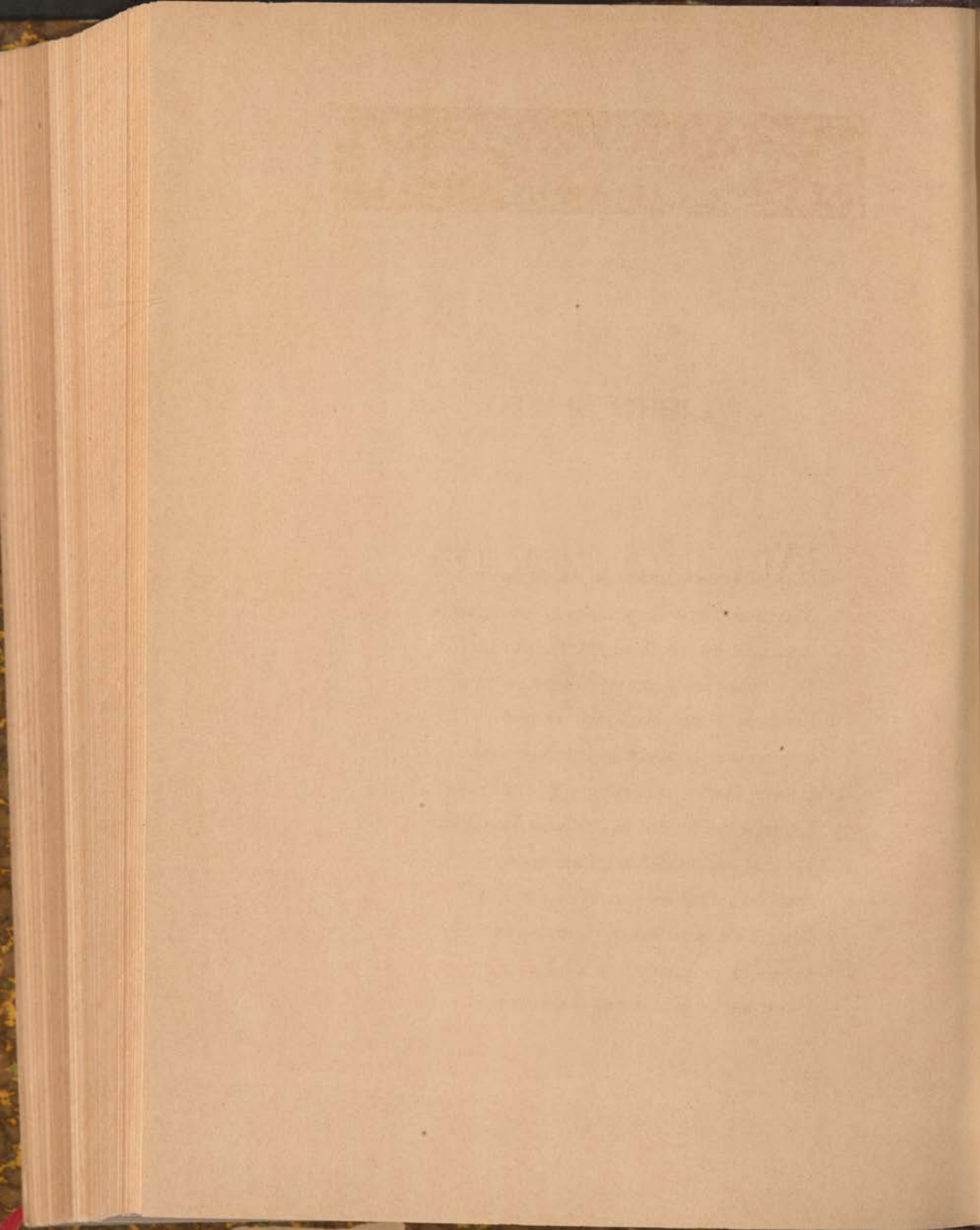
Tal decía, y asido al gobernalle  
No lo abandona un punto, en las estrellas  
Fija su vista. Mas el dios sus sienas  
Con una rama de beleño toca  
En las aguas letéas empapada,  
Con virtud soporosa de la Estigia,  
Y cierra al fin sus vacilantes ojos;  
Y apenas, al reposo inesperado,  
Sus adormidos miembros languidecen,  
Con ímpetu veloz sobre él se lanza,  
Y con timón y parte de la popa  
Le arroja al mar, llamando con clamores  
Á los socios el mísero en su angustia;  
Y vuela el dios entre las tenues auras.

Sigue la flota próspero su curso  
Por el rey de los mares protegida;  
Y yá tocaba las infames rocas  
De las Sirenas, bárbaros escollos,  
De náufragos sepulcro en otro tiempo

Por innúmeros huesos albeantes,  
Y entre las roncadas peñas resonaba  
El incesante flujo de las ondas.  
Y observa entonces el piadoso Eneas  
Que marchaba la nave sin piloto;  
Y en las sombras nocturnas la dirige  
En medio de las aguas tenebrosas;  
Por la acerba desgracia del amigo  
Herida el alma, y sin cesar gimiendo.  
—«¡Oh infeliz Palinuro, que, fiando  
Del limpio cielo y de la mar tranquila,  
Yacerás insepulto en playa ignota.»—



LIBRO SEXTO





## LIBRO SEXTO

**A** sí entre acerbas lágrimas decía:  
Y riendas da á la escuadra, y navegando  
Arriba al fin, en la región Eubéa,  
De Cumas á las costas; al mar tuercen  
Las proras, que las anclas afianzan  
Con su diente tenaz; las anchas popas  
Cubren la extensa orilla, y salta al cabo  
La ardiente juventud en tierra hesperia:  
El duro pedernal hieren los unos,  
Que del fuego los gérmenes entraña,  
Cortan los otros las trabadas selvas,  
De las fieras guarida, y á los socios  
Muestran los claros ríos descubiertos.

Entonce el pío Eneas se dirige  
Al alto alcázar do preside Apolo,  
Y á la vasta caverna tenebrosa  
Reservada mansión de la Sibila,  
Á quien el dios espíritu potente  
Y mente excelsa bondadoso otorga,  
Y revela á su arbitrio lo futuro;  
De Diana penetran en los bosques  
Y en los dorados techos.—Cual es fama,  
Dédalo huyendo el reino sanguinario  
Y la furia de Minos, á los aires  
Con temerario vuelo confióse,  
Cruzando por insólito camino  
Á la región helada de las Osas,  
Y al fin parando en el Cuméo alcázar;

Allí te consagró, divino Apolo,  
Sus alas voladoras y amplio templo,  
Y en sus puertas grabó la triste muerte  
De Andrógeo infortunado, y el terrible  
Castigo á los Cecrópidas impuesto  
De dar en expiación ¡desdicha horrendal  
Siete inocentes hijos cada un año,  
Y allí la urna de la suerte infame.

—Hállase enfrente la región de Creta  
En medio de los mares elevada;  
Allí el crüel amor al fiero toro  
De la infiel Pasifáe, y el biforme  
Engendro horrible, el torpe Minotauro,  
De liviandad nefanda monumento;  
Y el error y trabajo inexplicable  
Del árduo é intricado laberinto;  
Mas del amor inmenso de la reina  
Compadecido Dédalo, sus pasos  
Dirige fiel con hilo misterioso,  
Los ocultos secretos descubriendo.  
—Y tú tambien en obra tan preciada,  
Oh Ícaro infeliz, tuvieras parte,  
Si el intenso dolor lo permitiera:  
Dos veces procuró grabar en oro  
El acerbo infortunio, mas dos veces  
Desfallecieron las paternas manos.

Yá atentos con la vista examinaban  
Las obras todas, cuando llega Acates,  
Enviado primero á la Sibila,  
Con la bella Deifóbe, hija de Gláuco,  
Sacerdotisa de Diana y Febo,

Que al rey tales palabras le dirige:  
— «De contemplar artísticas escenas  
No es ocasión; de tu rebaño intacto  
Siete becerros inmolar importa,  
Y otras tantas ovejas escogidas.»—  
Tal dice; y sin demora los troyanos,  
Para cumplir las órdenes sagradas,  
Marchan al alto templo presurosos,  
Guiados por la fiel sacerdotisa.

Hay en la roca Eubéa un antro hendido  
Con cien anchas entradas y cien puertas,  
Por donde salen resonantes voces,  
Respuestas cien que dicta la Sibila.  
Apenas el umbral sagrado tocan  
Cuando la virgen— «De invocar los hados  
Es este, dice, el singular momento:  
Aquí está el dios, el dios está presente.»—  
Tal diciendo del atrio ante las puertas,  
De súbito inmutóse su semblante,  
Cambió el color su rostro, y desgredada  
Apareció su hermosa cabellera;  
Su corazón agítase anheloso,  
Y el divino furor hinche su pecho,

Y mayor á los ojos se presenta;  
Ni humana es yá su voz, desde el instante  
En que del dios el numen más cercano  
La llena con su espíritu, y la inspira.  
—«¿Tardas, troyano Eneas, en tus ruegos?  
¿Tardas, le dice, en ofrecer tus votos?  
Antes no se abrirán que tú lo implores  
De la mansión terrífica las puertas.»—

Dijo, y silencio guarda: miedo helado  
Corrió en los socios por los duros huesos,  
Y de sus labios tan sentidas preces  
El rey exhala:—«¡Oh Febo poderoso!  
¡Tú que de Troya los trabajos miras  
Con ojos de piedad; tú que las flechas  
Dárdanas y las manos dirigiste  
De París contra Aquiles inhumano!  
Yo con tu auxilio los inmensos mares  
Crucé ceñidos por extensas tierras,  
Y la región masilia separada,  
Y los campos vecinos de las Sirtes,  
Y hemos tocado al fin las fugitivas  
Costas de Italia. El infortunio aciago  
De Troya deje yá de perseguirnos.

Y vosotros también, dioses y diosas  
Contrarios á Ilión y á su grandeza,  
Dejad de atormentar al pueblo teucro.

»¡Y tú, Sibila santa, profetisa  
Que sabes y revelas lo futuro!  
No pido un reino que indebido sea;  
Haz que los teucros, los errantes dioses,  
Los númenes de Troya perseguidos,  
Haz que en el Lacio al fin hallen asiento.  
Yo dos templos de mármoles preciosos  
Dedicaré á Apolo y á Diana,  
Y de Febo en honor solemnes días;  
Y á tí también secreto santuario  
En mi reino alzaré, do se conserven  
Las suertes y las altas predicciones  
Por tí para mi raza reveladas,  
Escogidos varones consagrando.  
Te ruego sólo que á las leves hojas  
No entregues tus oráculos divinos,  
No arrebatados por los aires vuelen,  
Ludibrio de los vientos; más tú sola,  
Tú con tus labios mismos profetiza.»—  
Tal dice, y enmudece; y furibunda

Tocada apenas del poder de Apolo,  
Agítase y revuélvese gigante  
Por la inmensa caverna la Sibila,  
Por si puede arrojar al dios del pecho.  
Mas el numen acósala potente,  
Y su voz y su alma domeñando,  
Al oráculo excelso la dispone.  
Y ábrense de repente las cien puertas  
Del grande templo sin esfuerzo alguno,  
Y lanzan de la augusta profetisa  
Al aire los sagrados vaticinios.

— «¡Oh varón que del piélago espantoso  
Los pérfidos peligros soportaste;  
Espérante mayores en la tierra.  
De Lavino á los reinos los troyanos  
Al fin arribarán: tamaña cuita  
De tu pecho depón; querrán en breve  
No haber tocado las lavinas costas.  
Guerras, hórridas guerras estoy viendo,  
Y el raudo Tiber espumoso en sangre.  
Ni te habrán de faltar Símois y Janto,  
Ni campamento dorio; el Lacio mismo  
Nuevo Aquiles feroz yá te prepara,

Cual el otro también hijo de diosa;  
Ni faltará otra Juno vengativa  
Á los míseros teucros. En tu angustia,  
¿Á quién no invocarás tú suplicante?  
¿Á qué ciudad de Italia, á qué regiones  
No pedirás auxilio en tu desgracia?  
Será otra vez de tan inmensos males  
Nueva causa la esposa que te hospede,  
Y las funestas nupcias extranjeras.  
Que jamás te quebrante el infortunio;  
Mas arróstralo audaz con más arrojo  
Que tu adversa fortuna te permite.  
De una aquiva ciudad, que tú no sueñas,  
De salvación te se abrirá el camino.»—

Así sus vaticinios anunciaba  
Con ambiguas palabras misteriosas,  
En su templo, de Cumas la Sibila,  
Y de miedo y horror llena los pechos;  
Brama en el antro, y la verdad futura  
Vela entre sombras. El divino Apolo  
En su furia la rige y la refrena,  
Ó yá de nuevo su interior agita.  
Luego que cesa en su furor y callan

Sus inspirados labios, habla Eneas,  
Y así prorrumpe:—«¡Oh virgen profetisa!  
No surgen para mí nuevos trabajos,  
Ni nueva faz de inopinada angustia;  
Todo lo presentí, todo anhelante  
Lo concibiera yá mi propia mente.  
Una gracia te pido: pues que existe  
La puerta aquí del rey del hondo averno,  
Y el lago tenebroso que alimentan  
Las rebasadas aguas de Aqueronte,  
Ante la faz concédeme que vaya  
Y á la presencia de mi augusto Padre:  
Enséñame el camino, y á mis pasos  
Abre benigna las sagradas puertas.

»Yo entre las llamas y entre dardos miles  
Sobre estos hombros le salvé, y piadoso  
De en medio le arranqué del enemigo.  
Él fué de mis caminos compañero;  
Connigo soportó del fiero ponto  
Y del cielo las rudas tempestades  
Enfermo y débil, mas con nobles bríos  
Á su edad y á sus fuerzas superiores:  
Él mismo me ordenó que suplicante

Á tí llegara, y tu favor pidiese.  
Ten compasión, oh virgen, te lo ruego,  
Del hijo y padre, pues lo puedes todo;  
Que no te diera Proserpina en vano  
Presidir en los bosques infernales.  
—Si pudo Orfeo recobrar su esposa,  
De la traciana cítara fiado  
En las sonoras cuerdas; si muriendo  
Salvó á su hermano con su vida Polux,  
Y este camino sin cesar recorre...  
¿Y á qué he de recordar al gran Teséo?  
¿Y á qué al divino Aleides? Mi linaje  
Del altísimo Júpiter descende.»—

Tal suplicaba del altar asido,  
Y así comienza á hablar la Profetisa.  
—«Troyano ilustre, ilustre hijo de Anquises,  
De sangre de los dioses engendrado:  
Fácil es descender al hondo averno;  
Días y noches de Plutón la puerta  
Abierta está; más el regreso es árduo;  
Árdua labor y empresa peligrosa  
Salir triunfante á las vitales auras;  
Pocos, aun hijos de los altos dioses,

Tal privilegio disfrutar lograron,  
Ó por amor de Jove poderoso,  
Ó al cielo alzados por virtud ardiente.  
Cubren el centro tenebrosas selvas,  
Y con sus negras aguas el Cocito  
Le cerca en derredor. Mas si es tan grande  
Tu férvido querer y vivo anhelo  
De ver el negro Tártaro dos veces,  
Y dos veces pasar el lago Estigio,  
Y te place arrostrar tan loca empresa,  
Oye cuál debes proceder primero.

»Oculto existe en la frondosa copa  
De un árbol colosal un ramo de oro  
De suaves hojas y flexible tallo,  
Consagrado á la Juno del infierno.  
Todo el bosque lo encubre, y las oscuras  
Selvas lo esconden en su seno umbroso;  
Y nadie al Orco descender alcanza,  
Si antes del árbol arrancar no logra  
El bello ramo de las hojas de oro:  
Llevar tal prenda, cual presente suyo,  
Ordenara la hermosa Proserpina;  
El primero cortado, al punto brota

Un tallo nuevo del metal precioso;  
Marcha, pues, y con ojos vigilantes  
Busca y arranca la preciada joya.  
Ella á tu afán se ofrecerá propicia,  
Si es que te llaman los piadosos hados.  
Si así no fuere, ni con fuerza alguna  
Vencer, ni con los golpes del acero  
Podrás cortarlo de su firme tronco.

»Mientras consejos en mi templo pides,  
¡Ah! tú lo ignoras; insepulto yace  
El exánime cuerpo de un amigo,  
Y la escuadra el cadáver inficiona:  
Condúcele ante todo á su morada,  
Y dále generosa sepultura;  
Y dos negras ovejas le dedica  
Por primer sacrificio expiatorio.  
Así visitarás el bosque Estigio,  
Y al fin los reinos al mortal vedados.»—

Dijo, y selló sus labios la Sibila.  
Entonce Eneas con semblante triste,  
Y clavados los ojos en la tierra,  
Marcha dejando el antro formidable,

Y revuelve consigo allá en su mente  
Los futuros sucesos ignorados.  
Con él va Acates, su leal amigo,  
Y sigue sus pisadas, con las mismas  
Cuitas llenando el agitado pecho,  
Y en pláticas diversas conversando  
Quién fuera el socio, cuyo cuerpo inerte  
Inhumar ordenara la Sibila.

Mas al llegar, observan en la playa  
Del gran Miseno el mísero cadáver,  
Víctima triste de nefanda muerte;  
Miseno, hijo de Eolo, el más insigne  
En llamar á la guerra á los varones,  
Con su clarín el ánimo encendiendo:  
De Héctor divino compañero ilustre,  
Á su lado el primero en los combates  
Por su trompa y su lanza. Cuando á Héctor  
Aquiles arrancó la dulce vida  
Quedando vencedor, al teucro Eneas  
Unióse fiel el héroe valeroso,  
Y no á inferior oficio destinado.  
Mas cuando altivo resonar hacía  
Con su hueco clarín los roncós mares,

Y á certamen retaba en su locura  
Con su trompeta á los marinos dioses,  
Envidioso Tritón, si ha de creerse,  
Le ahogó indignado con las fieras ondas,  
Al varón en las peñas estrellando.

Todos en torno con furor clamaban,  
Y más que todos el piadoso Eneas:  
Y con acerbo llanto, presurosos  
De la Sibila los mandatos cumplen,  
En derredor el ara del sepulcro  
Con frondoso ramage circundando,  
Para elevar el túmulo hasta el cielo.  
Á una vetusta selva se dirigen,  
Intrincada guarida de las fieras;  
Cortan los pinos, y del hacha al golpe  
Gime la añosa encina; el roble duro  
Con cuñas hienden y el robusto fresno;  
Los grandes olmos por los montes ruedan.  
—Eneas el primero en tales obras  
Á los socios anima, y con anhelo  
Igual á todos al trabajo acude.  
Mil ideas revuelve allá en su mente  
Triste mirando la profunda selva,

Y tal exclama en tono suplicante.

—«¡Oh si aquel ramo de oro se mostrara  
En el árbol en medio de este bosque,  
Puesto que todo al fin asaz fué cierto  
Cuanto de tí, Miseno, habló la diosa!»—

Apenas dijo Eneas, y veloces  
Descienden dos palomas de la altura  
Ante sus ojos, y en el verde suelo  
Posan sus plantas. Reconoce el héroe  
En las palomas las maternas aves,  
Y así gozoso ruega.—«Sedme guías,  
Y si hay algún camino que conduzca  
Á donde el ramo de oro con su sombra  
Cubre la fértil tierra, allá mis pasos  
Por este bosque dirigid propicias;  
Y tú, Madre sagrada, en tales dudas  
No me abandones.»—Dice y se detiene;  
Y observa los augurios de su vuelo,  
Y hacia donde en su rumbo se dirigen,  
Y ellas, picando á veces en la hierba,  
Hasta el extremo en su volar avanzan,  
Á do llega siguiéndolas la vista;  
Mas al tocar del pavoroso Averno

Las fétidas gargantas, raudas parten,  
Y por el aire tenue se deslizan,  
Y en el árbol ansiado al fin se posan;  
Y del oro el fulgor sobre los ramos  
De color desigual, brilla luciente.  
—Cual suele en el invierno en la alta selva,  
Los árboles vestir el tierno visco,  
Cuando con nueva fronda reverdece,  
Resplandeciendo sus dorados tallos,  
Que abrazan en redor troncos agenos,  
Tal era el brillo y esplendor del oro  
Sobre la opaca encina, y tal las hojas  
Sonaban por los vientos agitadas.  
—Con avidez y poderoso impulso  
Arrancando la rama presuroso,  
Llévala Eneas de la diosa al templo.

Entretanto los teucros en la playa  
Lloraban á Miseno, consagrando  
Á sus restos las últimas exequias:  
Alzan de teas y cortado roble  
Ingente pira; con obscura fronda  
Cubren los lados; en redor la ciñen  
Con fúnebres cipreses, y en la cima

Sus refulgentes armas por corona.  
—Allegan unos con el agua hirviente  
De bronce las calderas humeantes,  
Y lavan y ungen el helado cuerpo.  
Llóránle todos; en el lecho alzado  
El llorado cadáver se coloca,  
Y sobre él de púrpura preciada  
Las conocidas y preciosas vestes;  
Llevan otros el féretro en los hombros,  
Dolorosa misión; y según rito  
Por vetusta costumbre de los padres,  
Vueltos los rostros, á la ingente pira  
El fuego aplican de encendidas teas;  
Y arden á un tiempo los preciados dones,  
El incienso y manjares, y el aceite  
De las sagradas copas derramado.

Cuando todo en cenizas convertido  
Cesó el incendio, las reliquias lavan  
Con vino y las pavesas consumidas,  
Y los huesos recoge Corinéo,  
Y en la urna de bronce los encierra;  
Tres veces roció con agua pura,  
Mojando un ramo de frondosa oliva,

Á los socios, y así purificados,  
Dijo llorando las finales preces.  
Grandiosa sepultura el noble Eneas  
Manda erigir, y colocar sus armas,  
El remo y la trompeta, en la alta cumbre  
De un gigantesco monte, que Miseno  
De su nombre se llama, y por los siglos  
Eternamente llevará este nombre.  
—De la casta Sibila el rey troyano  
Vuela á cumplir al punto los preceptos.

Hay en aquel confin honda caverna,  
Sima espantable con inmensa boca,  
De negro lago en torno circuida  
Y tenebrosa selva: no las aves  
Sobre ella pueden revolar impunes:  
Tal fétido vapor de su hondo seno  
Exhala, y sube hasta los cielos mismos;  
Averno por los griegos nominada.  
—Cuatro negros novillos lleva Eneas,  
Y con solemne rito la Sibila  
Vino derrama en sus gallardas frentes;  
Y las más largas crines arrancando  
De entre las astas, al sagrado fuego

Como primer ofrenda las arroja,  
Á Hécate invocando, diosa excelsa  
En el cielo y el Tártaro potente.

Unos con los cuchillos sacrifican  
Las reses, mientras otros en las copas  
Avidos cogen la caliente sangre;  
Y de negro vellón una cordera  
El mismo Eneas con su espada inmola  
En honra de la madre de las furias  
Y de su grande hermana, al par que ofrece  
Á tí una vaca estéril, Proserpina.  
Erige luego las nocturnas aras  
Al rey del lago Estigio, y en el fuego  
Las entrañas coloca de los toros,  
Óleo pingüe sobre ellas derramando.

Y he aquí que al rayar en el Oriente  
Del nuevo sol el esplendor primero,  
Debajo de sus pies ruge la tierra,  
Conmuévense las selvas y collados,  
É imponentes resuenan los ladridos  
De los furiosos canes en las sombras,  
De la diosa anunciando la venida.

—«Lejos, profanos, lejos, clama á voces  
La inspirada Sibila: huid al punto,  
Y desierto dejad el bosque sacro.  
Y tú con pecho denodado, Eneas,  
Ocupa yá la suspirada vía,  
Que ahora del valor es el instante,  
Y el firme acero impávido desnuda».—  
Dijo la diosa, y por el antro abierto  
Se precipita con furor divino;  
Intrépido los pasos de su guía  
Sigue con marcha igual el noble Eneas.

¡Oh dioses, que en imperio soberano  
Domináis en las almas inmortales!  
¡Calladas sombras, Caos y Flegeton,  
Lugares de silencio pavoroso  
Entre las nieblas de la eterna noche!  
Referir lo que oyera permitidme,  
Revelar permitidme los secretos  
En las entrañas de la tierra ocultos,  
Entre espantosas brumas eternas.

Iban envueltos en las densas sombras  
De solitaria noche por los reinos

Y alcázar de Plutón deshabitados;  
Cual á la escasa luz de opaca luna  
Por ignorada selva se camina,  
Luego que Jove de tinieblas cubre  
El vasto cielo, y á los seres roba  
La noche tenebrosa los colores.  
—Ante el mismo vestíbulo del Orco,  
Y en su primera entrada, el triste llanto  
Y las acerbas vengadoras cuitas  
Pusieron su mansión, las macilentas  
Enfermedades, la vejez adusta,  
El hambre de maldades consejera,  
Y la pobreza vil, de horribles formas;  
La muerte y el trabajo, el sueño triste,  
Hermano de la muerte, y los que dañan  
Al alma humana miserables goces.  
Mora enfrente la guerra matadora,  
Los tálamos de hierro de las furias,  
Y la Discordia, con sangrientas cintas  
Atados sus cabellos de serpientes.

En medio un olmo de gigante altura  
Sombrio tiende sus añosos brazos;  
En él se asientan los inanes sueños

Á sus hojas asidos, según fama;  
Y muchos monstruos de diversas formas  
En las puertas habitan; los Centauros,  
Las biformes Escilas, y el Briaréo  
De brazos cien, la Hidra sibilante  
Con horrendo estridor, bestia terrible,  
Y de llamas armada la Quimera;  
Las hermanas Gorgonias, las Harpías,  
Y el gigante Gerión de triple cuerpo.  
—De miedo y de temor pasmado Eneas  
Desnuda al punto la brillante espada  
Á los monstruos con ella amenazando.  
Y si la sabia profetisa entonces  
No le enseñara que tan sólo eran  
En vana imagen vaporosas vidas  
Sin cuerpo, por doquier volando errantes,  
En balde con la espada acometiendo  
Sombras inanes perseguido hubiera.

Parte de aquí el camino que conduce  
Del Aqueronte á las tartáreas ondas,  
Que turbio sin cesar furioso hierva  
En cenagoso y vasto remolino,  
Y en el Cocito arroja sus arenas.

Es de este río el sórdido Caronte  
Barquero horrible y guardador celoso;  
Escuálida su faz, y desgredada  
Su blanca barba, y de ojos chispeantes;  
Inmunda capa de sus hombros pende.  
La barca rige con varal él mismo,  
Y dispone las velas, y los muertos  
Así trasladada en la mohosa nave;  
Viejo en verdad, mas con vejez robusta,  
Y, cual propia de un dios, verde y lozana.

Aquí desparramada muchedumbre  
Por la costa en tropel se precipita,  
Matronas y varones, y las almas  
De héroes ilustres, niños y doncellas,  
Mancebos en la pira colocados  
Ante los ojos de sus tristes padres:  
Como caen á millares en las selvas  
Las hojas, á los frios del Otoño;  
Ó cual vuelan las aves en bandadas  
Al través de los mares, cuando el crudo  
Helado invierno las ahuyenta impío,  
Y á más templados climas las impele.  
Pasar pedian todos los primeros,

Tendiendo suplicantes ambas manos,  
Por el anhelo de la opuesta orilla;  
Mas el rudo barquero, ya á los unos  
Recibe, ó ya con torvo ceño  
Á los otros repele de la costa.

Eneas conmovido y admirado  
Ante el grande tumulto,—«Dime, exclama:  
¿Á la margen del río tal concurso,  
Qué significa, oh Virgen? ¿Qué pretenden  
Estas almas aquí? ¿Porqué en la playa  
Quedan las unas tristes, y las otras  
Cortan las turbias olas con los remos?»—  
—Responde así la anciana profetisa:  
—«Hijo de Anquises, de los dioses hijo:  
El profundo Cocito estás mirando  
Y la Estigia laguna: por tal numen  
Temen jurar los dioses inmortales,  
Y si juran, faltar al juramento.  
La multitud que ves ante tus ojos  
Es toda gente pobre y no enterrada;  
Caronte aquel barquero; los que surcan  
La onda Estigia son los sepultados.  
Nadie las negras aguas, ni la ronca

Corriente pasar puede, sin que logre  
Á sus míseros huesos sepultura.  
Andan cien años por la orilla errantes  
Volando en derredor de la ribera,  
Y admitidos después, cruzan al cabo  
Las desecadas olas estancadas.»—

Párase al punto el noble hijo de Anquises,  
Y sus pasos detiene, revolviendo  
Ideas mil en su agitada mente,  
Y su inicua fortuna lamentando.  
Allí ve á Oronte, capitán un día  
Del bajel de los Licios, ve á Leucaspis  
Tristes por no gozar de sepultura;  
Con él partieron de la infausta Troya,  
Y el proceloso mar y el austro impío  
Sus cuerpos en las aguas sepultaron,  
Las naves envolviendo y los varones.

Preséntase el piloto Palinuro,  
Que al observar el curso de los astros  
En el líbico mar, de la alta popa  
Cayera ha poco, y pereció infelice  
Entre las crespas ondas sumergido.

Luego que Eneas conoció en las sombras  
Al amigo.—«¿Quién, dice, de los dioses  
Te robó, Palinuro, á nuestros brazos,  
Sumergiéndote en medio de las aguas?  
Dilo en verdad, porque el divino Febo,  
Á quien nunca falaz hallé en mi vida,  
Engañóme tal vez en esto sólo.  
Él me anunció que salvo de los mares,  
De Ausonia arribarías á los puertos.  
¿Tan fieles sus promesas?»—«No de Apolo  
Te engañara el oráculo divino,  
Ilustre hijo de Anquises, le contesta;  
Ni un dios me sumergió en las negras ondas;  
Que asido al gobernalle cual piloto  
Rigiendo el curso, despeñado ¡ay triste!  
Al mar caí, conmigo arrebatando  
El deshecho timón en la caída.

»Por los ásperos mares te lo juro:  
Que no tanto por mí sentí la muerte,  
Cuanto temiendo que la pobre nave,  
De timón y piloto despojada,  
Víctima fuese de las ondas fieras.  
Tres largas noches por el vasto ponto

Los vientos me arrastraron y las aguas,  
Y en las gigantes olas levantado,  
Á la primera luz del cuarto día  
La Italia ví; nadando poco á poco  
En tierra firme al fin senté la planta;  
Mas al trepar ansioso por el monte  
Los ásperos ramajes apresando,  
Por el peso agoviado de las ropas  
Empapadas del mar, horda salvaje  
Feroz me embiste con crueles armas,  
Creyéndome, ignorante, rica presa.  
Hora en poder me encuentro de las olas,  
Juguete por las costas de los vientos.

»Así te pido por la luz alegre  
Del cielo, y por las auras; por tu Padre,  
Por la esperanza de tu tierno Julo,  
Sálvame de estos males, Jefe invicto,  
Ó entiérrame, buscando mi cadáver,  
En los velinos puertos, tú que puedes.  
Ó si hay algún camino por la diosa  
Tú excelsa madre á tí manifestado,  
—Que no es creíble que tan grandes ríos  
Oses pasar, y la laguna Estigia

Sin el poder y auxilio de los dioses—  
Tiende tu diestra al mísero afligido,  
Y llévame contigo por las ondas,  
Y que descanse, al menos en la muerte,  
En plácidas mansiones.»—

Así dijo,

Y tal le contestó la alma Sibila:

—«¿De dónde, oh Palinuro, tal deseo,  
Anhelo tan cruel? ¿Cómo insepulto  
Las aguas has de ver del lago estigio,  
Y las fieras corrientes de las furias,  
Y has de pisar la contrapuesta orilla  
Sin el mandato de los dioses? Deja  
De esperar doblegarlos con tus ruegos.  
Escucha y mis palabras nunca olvides,  
Para consuelo de tu acerba suerte.  
—Los pueblos comarcanos, las ciudades  
En ancha zona en derredor, movidas  
Del cielo por prodigios misteriosos,  
Tus huesos honrarán con sacrificios,  
Y erigirán suntuosa sepultura,  
Solemnes funerales celebrando;  
Y toda la región eternamente

El nombre llevará de Palinuro.»—

Tales palabras el dolor ahuyentan  
Del triste corazón, y la honda cuita,  
Pensando que una tierra generosa  
Se honrará con su nombre. Y el camino  
Prosiguen hacia el río comenzado.  
Apenas desde el agua los divisa  
Caminar por el bosque silencioso,  
Y á la ribera dirigir sus pasos,  
Incrépalos así rudo Caronte.

—«Quienquiera que tú seas, que á mi río  
Armado te diriges, dí al momento  
Á qué vienes, y aquí deten tu marcha.  
Éste el lugar de las eternas sombras,  
Del sueño y de la noche; no á los vivos  
Puede admitir la barca de la Estigia.  
Ni me agradó pasar por este lago  
Á Alcides, y á Teséo y Piritóo,  
Aunque ilustres varones invencibles,  
Y aunque engendrados de los altos dioses:  
Al custodio del Tártaro el primero  
Ató en cadenas con su propia mano,

Y temblando arrancólo con violencia  
Del sólio de Plutón; mientras los otros  
Sacar en su soberbia pretendieron  
Del tálamo del rey á nuestra Diosa.»—

Y así en breves palabras le responde  
De Anfriso la sagrada profetisa.  
—«Ni tales asechanzas aquí existen,  
Ni aquí se blande el enemigo acero.  
No lo temas, y deja de inquietarte:  
Que aterre el Cancerbero por el antro  
Las almas separadas de sus cuerpos  
Con su eterno ladrar, como es debido;  
Justo es que la casta Proserpina  
De Plutón los umbrales no abandone.  
—El teucro Eneas, en piedad insigne  
Y en las guerreras armas, hoy desciende  
Á las sombras del Tártaro profundo,  
Para ver á su Padre: y si este ejemplo  
De piedad señalada no te mueve,  
Esta preciosa rama reconoce.»—  
Y muestra al par el ramo que ocultaba  
Bajo su veste; y del airado pecho  
Templóse al punto el malhadado encono.

No dijo más: y admírase Caronte  
De la rama fatal, dón venerable  
Por él no visto en dilatado tiempo,  
Y tuerce luego la cerúlea popa  
Y acércase á la orilla; arroja fuera  
Las almas que á lo largo se asentaban  
En el tendido banco del remero;  
La entrada de la nave facilita,  
Y en su seno recibe al grande Eneas;  
La débil barca bajo el peso gime,  
Por las grietas el agua penetrando.  
Incólumes la túrbida corriente  
Pasan el Jefe teucro y la Sibila,  
Y en las ovas y el limo desembarcan;  
Y el ingente Cerbero de tres bocas  
Enorme recostado en su antro obscuro  
El reino de Plutón ladrando atruena.

Viendo la diosa que del Can los cuellos  
En ásperas serpientes se erizaban,  
De mieles y de plantas soporosas  
Preparado manjar le arroja al punto;  
Abre el furioso Can su triple fauce,  
Y con hambre rabiosa lo devora,

Y, desplomada su gigante mole,  
En la tierra tendido el antro cubre.  
Entra Eneas, dormido el Cancerbero,  
Dejando yá la orilla de aquel río,  
Que á nadie es dado atravesar dos veces.

Óyense luego en la primera entrada  
Las voces, y gemidos, y los lloros  
De las almas de niños inocentes,  
Que negro día arrebató inhumano  
Del pecho de sus madres sin fortuna,  
Y al fin, privados de la dulce vida,  
Á la parca cruel los entregara.  
—Van después los á muerte condenados  
Por falso crimen; mas en este reino  
No sin júicio ni sin juez penetran.  
Minos, inquiridor, la urna agita,  
El concilio convoca de las almas,  
Y las vidas escruta y los delitos.  
—Siguen luego los tristes que la muerte  
Con propia mano sin razón se dieron  
Cansados de vivir, y despreciaron  
Así sus almas. ¡Ah! ¡cómo quisieran  
Subir ahora á la región del éter

La pobreza á sufrir y los trabajos!  
Los hados lo prohiben, y los cercan  
Las negras ondas, y con nueve giros  
Enciérralos el lago de la Estigia.

No distantes de aquí por todas partes  
Vense tendidos los *llorosos campos*,  
Que tal nombre les dan, donde se ocultan  
En escondidas sendas los que el fiero  
Amor en sus crueldades consumiera,  
Y una selva de mirto los circunda:  
No los deja el amor ni aun en la muerte.  
Allí ve á Fedra y Procris, ve á Erifile  
Mostrando con dolor la acerba herida  
Por el puñal del hijo sanguinario,  
Y á Evadne y Pasifáe; ve á Laodamia  
Acompañada de la hermosa Cenis,  
Antes gallardo joven, y hoy devuelta  
Á su sexo primero por los hados.

Vagaba entre ellas la fenicia Dido,  
Reciente aún la herida, por umbrosa  
Extensa selva. Cuando el teucro Jefe  
Conocióla, al pararse, entre las densas

Obscuras sombras, cual se ve la luna  
Envuelta en nieblas, ó parece verse,  
Al comenzar el mes, así prorrumpe  
Con dulce amor y doloroso llanto:  
—«¡Ay mi Dido infeliz! ¿Conque fué cierto  
Que, por el duro hierro atravesada,  
Extinguióse tu mísera existencia?  
Yo fui la causa de tu infausta muerte;  
Por los astros lo juro y por los dioses,  
Por la fe, si hay alguna, del Averno  
Te juro, oh Reina, que forzado un día  
Partí de tus dominios. Los mandatos  
De los supremos dioses que hoy me impelen  
Á caminar entre las negras sombras  
Por hórridos y sucios lodazales,  
Y en el profundo seno de la noche,  
Me obligaron entonces con su imperio.  
Jamás pude creer que mi partida  
Tan inmenso dolor te produjese.  
Detente un poco, y no de mi presencia  
Tan rápida te apartes. ¿De quién huyes?  
Son estas ¡ay! las últimas palabras,  
Que hablar contigo me permite el hado.»—  
—Con tales dichos procuraba Eneas

Las penas mitigar de la infelice  
Encendida en furor y en vivo encono,  
Y en sus ojos las lágrimas brotaban.  
—Ella, vuelta la faz, con torvo ceño,  
Siempre en la tierra la mirada fija,  
Ni el rostro vuelve con razones tales,  
Cual de mármoles de Paros dura estatua;  
Hasta que al fin veloz se precipita,  
Y huye indignada por la umbrosa selva,  
Á do Siquéo su primer esposo  
Con un amor igual sus cuitas calma.

Y herido Eneas del fatal suceso  
Marcha llorando la funesta suerte  
Y la partida de la triste amante,  
Y el camino prosigue comenzado.  
Yá los postreros campos ocupaba  
Frecuentados por ínclitos guerreros:  
Ve allí á Tidéo que al encuentro sale,  
Y en las armas insigne á Partenope,  
Y del lívido Adrasto ve la sombra.  
Aquí los teucros que en la dura guerra  
Murieron, y que son asaz llorados,  
Y sollozó al mirar tan larga fila.

Vió á Glauco y á Medón y Tersiloco,  
Y á los tres hijos célebres de Antenor,  
De Céres sacerdote á Polibetes,  
Y á Ideo que abrazaba todavía  
Sus armas y su carro, y miles otros  
Que de izquierda y derecha se acercaban,  
Y de verle una vez aun no contentos  
En su marcha les place detenerle,  
Y la causa inquirir de su venida.

Mas cuando ven al Jefe de los teucros,  
Y sus armas brillar entre las sombras  
Los griegos campeones, las falanges  
Del grande Agamenón, de miedo tiemblan:  
Vuelven unos la espalda, cual lo hicieron  
Cuando en Troya acogiéronse á las naves,  
Otros en baja voz hablan medrosos,  
Muerto en sus labios el clamor primero.  
—Ve también á Deifobo, hijo de Príamo;  
Su cuerpo crudamente lacerado,  
Cortada la nariz de horrenda herida,  
Y de heridas horribles lleno el rostro,  
Las sienes, los oídos y ambas manos.  
Apenas conociólo el teucro Jefe

Cubriendo sus heridas tembloroso,  
Así le dice con amantes voces.

—«Oh Deifobo, guerrero armipotente,  
Vástago insigne de la sangre teucra,  
¿Quién tan cruel en tí cebó su saña?  
¿Cómo osó con tal furia destrozarte?  
La Fama dijo en la suprema noche  
Que fatigado en la matanza horrible  
Hecha á los griegos, sucumbiste al cabo  
Sobre un montón de míseros despojos;  
Yo mismo entonce en la retéa playa  
Te alcé soberbio túmulo, y tres veces  
Á grandes voces invoqué tus manes;  
Pero no pude verte, oh dulce amigo,  
Ni enterrarte al partir en patrio suelo.»—

Tal el hijo de Príamo responde:  
—«Nada, oh amigo, de cumplir dejaste;  
Con Deifobo y sus manes tus deberes  
Llenaste fiel; mas inclemente el hado,  
Y el crimen de la pérfida espartana  
Me sumergieron en tan densos males.  
Ella dejó de su maldad infcua

Tan triste monumento. Tú lo viste,  
Y aun conviene por cierto recordarlo:  
Cuando pasamos la suprema noche  
Entre gozos falaces, cuando en Troya,  
Por sus altas murallas penetrando,  
Entró el fatal caballo, que en su seno  
Ejércitos armados ocultaba,  
Ella celebra, simulando coros,  
Fiestas á Baco en borrascosa orgía  
Con las troyanas en redor clamando;  
Y en medio de ellas desde el alto alcázar,  
Traidora alzando la encendida tea,  
Así llamaba al pérfido enemigo.

Yo soñoliento é intranquilo entonces  
Por los cuidados en el lecho estaba,  
Y plácida quietud y sueño dulce  
Semejante á la muerte allí embargóme.  
Saca de mis moradas entre tanto  
Las armas todas mi escogida esposa,  
Y de mi lado hasta mi fiel espada,  
Y con dolo y traición las puertas abre,  
Y llama, é introduce á Menelao.  
Creyó sin duda con tan gran presente

Á su amante obsequiar, así la infamia  
Borrar queriendo de su antiguo crimen.  
¿Mas á qué te detengo? sobre el tálamo  
Arrójase, y con él Ulises fiero,  
Aquel Elóida, autor de mil maldades.

»¡Oh dioses! si con súplicas piadosas  
Justo castigo alcanzo, haced que sufran  
Tormento igual los pérfidos helenos.  
¿Y á tí qué causas, aun estando vivo,  
Al lugar de los muertos te conducen?  
Dilo, no tardes... ¿por las fieras ondas  
Del mar y sus borrascas arrojado,  
Ó por mandato de los altos dioses?  
¿Ó qué suerte cruel así te obliga  
Á visitar las hórridas moradas  
Sin sol, y el reino del eterno espanto?»—

Mientras hablaban, la rosada aurora  
Con sus caballos recorrió veloce  
La mitad de su curso por la esfera,  
Y el tiempo concedido consumieron;  
Mas su fiel compañera la Sibila  
Así en breves palabras le amonesta.

—«La noche, Eneas, rápida amenaza,  
Y las horas pasamos en lamentos.  
Divídese aquí en dos este camino;  
Parte el de la derecha hacia el alcázar  
Del gran Plutón y á los Elíseos campos;  
Y conduce al lugar el de la izquierda  
Do sufren los malvados su castigo  
Y al Tártaro profundo.»—Tal hablaba,  
Y así Deifobo.—«¡Oh gran Sacerdotisa!  
No te enojés; que yo torno de nuevo  
Al reino de las sombras espantoso  
Hasta cumplir el tiempo señalado.  
—Y tú marcha feliz, oh gloria nuestra,  
Con hados más propicios.»—Así dice,  
Y parte retirándose al momento.

Mira Eneas de súbito, y observa  
Á la izquierda y al pie de una alta roca  
Extensa fortaleza circundada  
De triple muro, á la que cerca en torno  
Con sus voraces llamas encendidas  
El tartáreo Flegeton estrellando  
Su corriente en las rocas resonantes.  
Grandiosa puerta enfrente con columnas

De sólido diamante, que ni humanas,  
Ni aun las divinas fuerzas, con el hierro  
Pueden romper. Á los etéreos astros  
Férrea torre se eleva por los aires;  
Allí sentada y vigilante siempre  
La feroz Tisifone noche y día,  
Cubierta con su manto ensangrentado,  
Guarda celosa la primera entrada.  
—Óyense allí gemidos espantosos,  
Y el cruel resonar de los azotes,  
Y el ruido estridente de los hierros  
Y arrastradas cadenas. Aterrado  
Del estrépito aquel párase Eneas,  
Y—«Dime, exclama, oh diosa, qué tormentos  
Y á qué clase de crímenes se imponen?  
¿Qué lloro es éste que á las auras sube?»—  
Y así la profetisa le contesta.  
—«¡Oh caudillo preclaro de los teucros!  
En la horrenda mansión de los precitos  
No es dado penetrar á ningún justo.  
Mas cuando á mí los bosques del Averno  
Presidir me ordenara Proserpina,  
Ella las penas me mostró del Orco,  
Por todos los tormentos me condujo.

»Radamanto de Creta el cetro rige  
De estos reinos durísimos, y escucha  
Los delitos y recto los castiga,  
Y á confesar obliga á los malvados  
Las culpas en el mundo perpetradas,  
Y que ocultaron con maligna astucia,  
Y que expiar ¡oh necios! dilataron  
Hasta el momento de tardía muerte.  
Empuña luego el sanguinario azote  
La cruel Tisifone vengadora,  
Y con él los verbera, y los insulta;  
Y á la vez los acosa con las fieras  
Serpientes formidables en su mano,  
Y de las furias la legión convoca.

»Ábrense entonces las sagradas puertas  
Con horrisono estruendo rechinando:  
Vieras qué guarda en el umbral primero,  
Cuál la faz que el vestibulo custodia.  
Dentro su asiento tiene la deforme  
Hidra feroz con sus cincuenta fauces.  
Allí el Tártaro se abre hacia el abismo  
Dos veces lo que dista el elevado  
Celeste Olimpo de la vista humana.

Aquí la raza antigua de Titanes,  
Primeros hijos de la madre tierra,  
Por el rayo de Júpiter lanzados,  
En el profundo abismo se retuercen.  
—Aquí de los Alóidas los gigantes  
Enormes cuerpos ví, que al cielo mismo  
Acometer osaron, con sus manos  
Queriendo abrirlo, y al potente Jove  
Derrocar de sus reinos celestiales.

»Ví sufriendo el castigo á Salmonéo,  
Que de Jove los rayos imitara,  
Y los horribles truenos del Olimpo:  
Él por la Grecia y la ciudad de Elis  
Llevado en ovación iba exigiendo  
Para sí los honores de los dioses,  
Las fulgentes antorchas agitando,  
En su triunfal carroza, que arrastraban  
Cuatro corceles bravos espumosos.  
El rugido fingió de la tormenta,  
Y del rayo el fulgor inimitable,  
Hiriendo sus caballos duras planchas  
De limpio acero con el córneo casco.  
Mas envuelto entre nubes tenebrosas

El Padre Omnipotente, el dardo lanza  
Sin luces y sin hachas humeantes,  
Y lo despeña en torbellino horrendo.

»Era de ver á Ticio, de la tierra  
Madre comun alumno, que cubría  
Nueve yugadas con su cuerpo enorme.  
Horrendo buitre con el corvo pico  
Su hígado inmortal devora fiero,  
Y las entrañas, que á la par renacen  
Para eterno sufrir inextinguible;  
En lo profundo de su pecho mora  
Sin dar descanso á las nacientes fibras,  
Royendo siempre su manjar perpétuo.

»¿Y qué si á los Lapitas te narrara,  
De Ixión el tormento y Piritóo?  
Sobre ellos de continuo amenazando  
Enorme peña descolgada pende,  
Yá, yá para caer, y tras de ella  
Otra igual desprendida la amenaza.  
En mesa de oro y deliciosos lechos  
Y con régio esplendor ricos manjares  
Ante su vista preparados tienen;

Mas de las furias la mayor hermana  
Junto se asienta, y furibunda impide  
Tocar á los manjares con las manos;  
Y álzase con la tea abrasadora,  
Y con su voz de trueno los increpa.

»Aquí los que en la vida aborrecieron  
Á sus propios hermanos, ó á sus padres  
Con pérfidas entrañas maltrataron;  
Los que en fraude envolvieron al cliente,  
Los que encerraron, duros egoistas,  
Como en oculto nido sus tesoros,  
Sin dar avaros á los suyos parte:  
De gente tal innúmera caterva.  
Los á muerte damnados por adúlteros,  
Los que guerras injustas emprendieron,  
Los que la fe jurada quebrantando  
Cometieron traición á sus señores:  
Todos esperan el fatal castigo.

»No el género de penas me preguntes,  
Ni cuál la causa de su acerba suerte.  
Vuelcan los unos gigantesco risco,  
Colgados otros en movibles ruedas

Giran veloces en atroz tormento;  
El infeliz Teséo está sentado,  
Y allí estará sentado eternamente.  
El misérrimo Flégias por las sombras  
Á todos amonesta á grandes voces:  
—«Aprended enseñados la justicia,  
Y á no menospreciar á las deidades.»—  
Este vendió á su patria por el oro,  
Á un tirano entregándola potente,  
Y derogar las leyes puso á precio  
Y otras nuevas dictar; esotro impío  
El tálamo invadiera de su hija,  
Y celebró vedados himeneos.  
Todos horrendo crimen perpetraron,  
De su osadía por gozar el fruto.

»Si cien bocas tuviese, si cien lenguas  
Y voz de hierro, ni aun narrar podría  
Las clases todas de maldad y crimen,  
Y de las penas infinitos nombres.»—  
Tal dijo, y añadió la profetisa:  
—«Marcha pues, y prosigue tu camino,  
Y tu sagrado compromiso cumple;  
El paso aceleremos. Las murallas

Viendo estoy, que en sus fraguas encendidas  
Labraron los ciclopes, y las puertas  
En el arco de enfrente, donde el ramo  
Segun las leyes presentar debemos.» —  
Dijo, y caminan por sombrías calles,  
El espacio que media atravesando,  
Y llegan á las puertas deseadas,  
Y el pórtico ocupando el padre Eneas  
Su cuerpo roció con agua pura,  
Y el ramo fija en el umbral frontero.

Todo acabado, y á la augusta diosa  
Ofrecido yá el dón, á los alegres  
Lugares y jardines deleitosos,  
Y á las selvas y bosques fortunados,  
Y felices moradas se dirigen.  
Allí más puro el éter con su lumbré  
Viste de luz y púrpura los campos  
Con otro vivo sol y otras estrellas:  
En la palestra, que la grama alfombra,  
Los unos en los juegos se ejercitan,  
Ó ya luchando en la rojiza arena;  
Otros en coros danzan, ó repiten  
Cánticos dulces; con su luenga veste

El tracio Orfeo, sacerdote y vate,  
Canta, y al par acorde con los dedos,  
Ó con el plectro de marfil sonoro,  
Las siete cuerdas de su lira pulsa.

Aquí de Teucro el ínclito linaje,  
Su prole antigua, descendencia hermosa,  
Los magnánimos héroes, en mejores  
Tiempos nacidos, el ilustre Asáraco,  
Ilo inmortal, y Dárdano, de Troya  
Egregio fundador. Admira lejos  
Armas y carros de varones fuertes  
Abandonados yá; y están clavadas  
Las lanzas en la tierra, y por los campos  
Paciendo acá y allá sueltos corceles.  
Los que en la vida de carrozas y armas  
Amantes fueron, ó en criar gozaron  
Regalados bridones, hoy sumidos  
De la tierra en el seno, se recrean  
Con los mismos amores y delicias.

Por la hierba dispersos en festines  
Ve á derecha é izquierda alegres coros,  
En oloroso bosque de laureles,

Cantando himnos en honor de Febo;  
De donde arranca en presuroso curso  
El caudaloso Erídano potente,  
Y arrebatado corre por la selva.  
Allí el noble escuadrón de los que heridas  
Luchando por la patria recibieron;  
Allí los sacerdotes que guardaron  
Perpétua castidad; allí los vates  
Dignos de Apolo, intérpretes divinos;  
Allí los que en las artes y las ciencias  
Cultivaron inventos portentosos,  
Y los que haciendo el bien lograron justos  
Arrancar al olvido su memoria;  
Erguidas llevan sus benditas frentes  
Y con ínfulas cándidas ceñidas.

Reunidos habla la Sibila á todos  
Y en especial al ínclito Museo,  
Que de innúmera turba rodeado,  
Sobre los hombros de los más descuella.  
—«Decid, almas felices, y tú, augusto  
Insigne vate, ¿en qué regiones mora,  
Ó en qué lugar habita el padre Anquises?  
Por él aquí venimos, y por verlo

Los ríos del Erebo atravesamos»—  
Y el héroe tal respuesta le dirige.  
—«Para nadie hay aquí morada fija,  
Pues habitamos los umbrosos bosques,  
Y son los frescos prados y riberas  
Al pié de las corrientes nuestros lechos;  
Mas si tal voluntad el pecho abriga,  
Salvad este collado, y en las sendas  
De marcha fácil os pondré yo mismo.»—  
Dice, y delante avanza, y de la cima  
Campos floridos y lucientes muestra,  
Y descenden, la cumbre abandonando.

Un valle extenso de verdor perenne  
El padre Anquises con amor recorre,  
Y las almas visita que en su tiempo  
Á la suprema luz irán un día;  
El número contaba de los suyos,  
Y su cara é ilustre descendencia,  
Los hados, las costumbres, las fortunas,  
Y gloriosas hazañas de sus héroes.  
Luego que vió por la tendida grama  
Dirigirse hacia él al noble Eneas,  
Alza alegre sus palmas á los cielos,

Y en lágrimas bañadas las mejillas,  
Así prorrumpe en cariñosas voces.

—«Llegaste al fin, y tu piedad probada  
En favor de tu padre, oh hijo amado,  
Venció el duro camino á estas regiones.  
¿Conque me es concedido ver tu rostro,  
Y oírte, y responder á tus palabras?  
Tal lo esperé con ánimo anhelante,  
Contando ansioso sin cesar los días,  
Y no quedó burlado mi deseo.  
Yo te recibo, pero ¡cuántas tierras  
Has cruzado, hijo mío, y cuántos mares,  
Y cuán rudos peligros soportado!  
¡Cómo temí por tu futura suerte!  
¡Cómo temí que daños encontraras  
En los líbicos reinos!»—Y él contesta:  
—«Tu imagen fiel, tu imagen, padre mío,  
Que tantas veces se ofreció á mi vista,  
Obligóme á venir á estas moradas;  
Están mis naves en el mar tirreno;  
Concédeme estrechar, padre, tu diestra,  
Y no te niegues á mis dulces brazos.»—  
—Dice, y el rostro con su llanto inunda:

Tres veces se esforzó por abrazarle;  
Tres veces se escapó su imagen vana,  
Como sueño fugaz, cual aura leve.  
—Ve Eneas entre tanto en valle oculto  
Un bosque retirado y silencioso  
De alegre selva y susurrantes ramas,  
Y baña allí con límpida corriente  
El Leteo las plácidas mansiones,  
Y vuelan en redor gentes y pueblos;  
Cual en los prados en sereno estío  
Se posan las abejas en las flores,  
Y por los blancos lirios se desparcen,  
Y resuena en los campos el murmullo.

Horrorízase Eneas de repente,  
Y las causas pregunta en su ignorancia;  
Cuáles fuesen los ríos; qué varones  
En tan inmensa multitud cubrían  
Las riberas dichosas.—«Son las almas,  
Responde el padre Anquises; que aquí esperan  
Otros cuerpos por orden de los hados,  
Y en las corrientes liban del Leteo  
Licor de dichas y perpétuo olvido;  
Tiempo há que anhelaba ante tus ojos

Mostrarlas en verdad, y referirte  
De los míos la prole numerosa,  
Para que más aún conmigo goces  
Cuando poseas la encontrada Italia.  
—«¿Y es creíble, contesta, padre mío,  
Que algunas almas á los cielos suban  
En vuelo raudo, y que desciendan luego  
De los pesados cuerpos á la cárcel?  
¿Qué anhelo tan cruel las atormenta  
Por la mísera vida?»—«Todo, oh hijo,  
Declararte sabré, calmar tus ansias.»—  
Y sigue hablando Anquises, y por orden  
Así le explica los misterios todos.

—»Desde el principio al cielo y á la tierra  
Y líquidas llanuras de los mares,  
Al globo de la luna esplendoroso,  
Y á los gigantes astros da la vida  
Espíritu eternal que dentro alienta,  
Alma del mundo, que la inmensa mole  
Y el cuerpo colosal del universo  
Agita, por sus miembros derramada.  
De aquí el humano ser tiene su origen,  
Los brutos de los campos y las aves,

Y los monstruos que encierra en sus marmóreas  
Corrientes limpias el inmenso ponto.  
De aquí reciben el vigor ardiente  
Y el germen celestial de nuevas vidas,  
Si los miembros terrenos y mortales  
Y los dañados cuerpos no lo impiden.  
De aquí nace el temor, de aquí el deseo,  
De aquí el placer y los dolores nacen;  
Y ni se fijan en la luz celeste  
Las almas en su cárcel tenebrosa,  
Y aunque abandonen el supremo día  
La vida miserable, no del todo  
Los males dejan de los torpes cuerpos,  
Que mil miserias arraigadas crecen,  
Y en ellas viven por extraños modos  
Por su unión con aquellos dilatada.

» Así las penas sufren, así expian  
Con los castigos sus antiguas culpas:  
Suspensas unas en el aire leve,  
Borran otras las manchas del pecado  
Con aguas á torrentes ó con fuego;  
Todos sufrimos merecidas penas,  
Y enviados después al amplio Eliseo,

Gozamos pocos los alegres campos;  
Hasta que yá corrido el largo tiempo,  
Y el término llegado de la cuenta,  
La mancha extinta, á su pureza torna  
El alma celestial purificada,  
Cual limpio fuego, como el aura simple;  
Y al espirar mil años en su curso,  
En escuadrón innúmero apiñado  
Las lleva un dios al plácido Leteo,  
Para que olviden del pasado mundo  
Las miseras desgracias soportadas,  
Y el anhelo vehemente nazca en ellas  
De volver á la carcel de los cuerpos.»—

Dijo Anquises, y al hijo y la Sibila  
En medio del concurso los conduce  
De la ruidosa turba de las almas,  
Y asciende á una colina, desde donde  
En larga hilera distinguir pudiese  
Y conocer los rostros que se acercan.  
—»Atiende, oh hijo, que la gloria insigne  
Que ha de seguir á la dardania prole  
Con mis palabras declarararte quiero;  
La ilustre descendencia generosa

De la itálica gente, las excelsas  
Almas que honra darán al nombre nuestro,  
Y tu nueva fortuna revelarte.

»¿Ves aquel joven que por suerte ocupa,  
Apoyado en el asta, el más cercano  
Lugar junto á la vida? será Silvio,  
Saldrá el primero á las etéreas auras;  
De Ítala sangre nacerá engendrado,  
Póstuma prole tuya, albano nombre,  
Á quien Lavinia, tu futura esposa,  
Daráte á luz en escondida selva,  
Al espirar tus postrimeros años.  
Rey de los bosques y de reyes padre,  
Por quien la raza ilustre de los teucros  
En Albalonga reinará potente.  
—Mira cerca de él al noble Procas  
Gloria y honor de la troyana estirpe,  
Á Capis, Numitor, y á Silvio Eneas,  
Tu nombre mismo, como tú en las armas  
Y como tú por la piedad egregio,  
Si alguna vez en Albalonga impera.  
—Mira cuántos mancebos ostentando  
Fuerzas viriles, y las altas frentes

Con la cívica encina coronadas:  
Ellos á Gabia fundarán un día  
Y á Nomento y Fidena, y en los montes  
Levantarán los muros Colatinos,  
Por el casto pudor asaz gloriosos,  
Y á Pomecia y á Castro y Bole y Cora  
Nombre darán, parajes hoy sin nombre.

»Contempla allí tambien al grande Rómulo,  
Hijo de Ilia y del potente Marte,  
De la sangre de Asáraco nacido,  
Compañero en el trono de su abuelo:  
¿No ves sobre su yelmo refulgente,  
Cual noble signo de inmortal grandeza,  
Doble penacho, con que Jove augusto,  
El padre de los dioses, lo distingue?  
Mira á la excelsa Roma prepotente,  
Cuyo imperio, merced á sus auspicios,  
Ha de igualar á la extensión del orbe,  
Y al Olimpo sus almas en alteza,  
Y feliz por sus hijos ella sola  
Con muros cercará siete collados;  
Cual la madre fecunda Berecintia,  
Por el parto gozosa de los dioses,

Recorre de la Frigia las ciudades  
En su carro, de torres coronada,  
Cien nietos abrazando, dioses todos  
Y moradores todos del Olimpo.

»Vuelve tus ojos hora hacia esta parte,  
Y á tu nación, á tus romanos mira.  
Este es César, y aquí la ilustre stirpe  
De Julo que debajo de los ejes,  
Ha de nacer, de la extendida esfera.  
Es este aquel varón, varón excelso  
Á tí por tantas veces prometido,  
Hijo de un dios, el grande Augusto César:  
Él los dorados siglos en el Lacio  
Restaurará donde reinó Saturno,  
Y á las tierras del Indo y Garamanta  
Dilatará su imperio poderoso.

»Una región existe que se extiende  
Fuera del curso de los bellos astros  
Y del giro del sol, donde el Atlante  
Con sus hombros sustenta el alto cielo  
Tachonado de fúlgidas estrellas.  
Al anunciar los dioses su venida

Llénanse de terror los caspios reinos  
Y la región Meocia, y se conturban  
Las siete bocas del gigante Nilo.  
Ni tierras tantas recorriera Alcides,  
Aunque matara á la terrible cierva  
De pies de bronce, y de pavor librara  
Los temerosos bosques de Erimanto,  
Y con su arco estremecer hiciera  
De la Lérnea laguna los confines;  
Ni Baco triunfador cuando descende  
Del collado de Nisa gigantesco  
En su carroza, que los tigres llevan  
Por las riendas de pámpanos regidos.  
¿Y con heróicos hechos nuestra gloria  
Extender dudaremos por el orbe?  
¿Y temerás aún con torpe miedo  
Fundar tu reino en la región Ausonia?

»¿Quién es aquel de oliva coronado  
Que ofrendas sacras con piedad conduce?  
En sus blancos cabellos y en su barba  
Al rey romano insigne reconozco,  
El primero que á Roma dará leyes;  
De pobre patria, de la humilde Cures

Alzado un día á dilatado imperio.  
Tras él va Tulo, que la paz ociosa  
Romperá de la patria, y á la guerra  
Moverá los pacíficos varones,  
Ejércitos armando poderosos  
Del triunfo yá olvidados y la gloria.  
Síguelo cerca el arrogante Auco,  
Del aura y los aplausos populares  
Aun aquí codicioso hasta el exceso.

»¿Quiéres ver hora á los Tarquinius reyes,  
De Bruto vengador el alma fiera  
Y los haces al fin recuperados?  
Él el primero gozará de consul  
Alto el poder y la segur terrible,  
Y á sus hijos, que mueven nuevas guerras,  
Él, de la hermosa libertad amante,  
Padre infeliz condenará á la muerte.  
Sus hechos juzguen como estimen justo  
Los siglos venideros; de la patria  
El generoso amor domina siempre  
Y de la gloria la ambición inmensa.  
—Mira á los Decios y á los nobles Drusos,  
Cruel con la segur mira á Torcuato,

Y al gran Camilo, vencedor excelso,  
Que salvará de Roma las banderas.

» Aquellas dos que ves almas concordés  
Brillar aquí con sus iguales armas,  
Mientras en sombras de la noche moran,  
¡Qué guerras ¡ay! levantarán un día,  
Si llegan á tocar la luz ansiada!  
¡Cuán fieras entre sí contrarias huestes!  
¡Cuánto estrago cruel, cuánta ruina!  
De las cumbres descende de los Alpes  
El suegro, y del alcázar de Monaco,  
Y con fuerzas de Oriente armado el yerno.  
¡Oh hijos! no entregueis las nobles almas  
Á tan funestas guerras, no sañudos,  
No de la madre patria contra el pecho  
Revolvais vuestras armas poderosas;  
Tú el primero desiste, tú que tienes  
Del sacro Olimpo tu linaje augusto;  
Arroja de tus manos, hijo mío,  
El arma parricida.—Aquel insigne  
Vencedor de Corinto y los Aqueos  
Al alto Capitolio coronado  
Subirá en su carroza victorioso.

—Aquel de Argos triunfará y Micenas,  
Reino de Agamenón, del mismo Pirro  
Hijo feroz del inhumano Aquiles,  
Así vengando á los troyanos padres  
Y de Minerva el profanado templo.

»¿Y quién no hará de tí mención honrosa,  
Oh gran Catón, ni de tu gloria, oh Coso,  
Ni del linaje del ilustre Graco,  
Y los dos Escipiones, de la Libia  
Terror y estrago, y rayos de la guerra?  
¿Quién no honrará á Fabricio poderoso  
En su pobreza misma, y á Serrano,  
Que el grano siembra en los labrados surcos?  
—¿Y adónde arrebatáis, Fabios, mi mente?  
Aun yá cansado, mi entusiasmo os rindo.  
Tú eres, Máximo, aquel que solo sabe  
Por la prudencia conservar la patria.  
Otros harán que aliente el mismo bronce,  
Y rostros vivos sacarán del mármol;  
Oradores serán más elocuentes  
Otros también, y el giro de los orbes  
Y de los astros marcarán el curso;  
Mas tú, Romano, regirás los pueblos

Con inmenso poder; serán tus artes  
Establecer la paz, á los vencidos  
Perdonar, y rendir á los soberbios.»—

—Tal dice Anquises, y prosigue al punto,  
Admirados el hijo y la Sibila.

—«Mira á Marcelo insigne y señalado  
Por el rico botín de la victoria,  
Cuál sobre todos vencedor descuella.  
Con sus corceles calmará el tumulto  
Que turbe un día la nación romana;  
Al Peno postrará y al Galo fiero,  
Y las terceras armas yá rendidas  
En honor colgará del gran Quirino.»—

Y esto diciendo le interrumpe Eneas,  
Al ver marchar con arrogante forma,  
Mancebo augusto y con brillantes armas,  
Mas nada alegre el rostro, y en la tierra  
Sus ojos fijos.—«¿Quién, pregunta, oh padre,  
Quién es aquel que con semblante triste  
Sigue de cerca al triunfador glorioso?  
¿Es acaso hijo suyo? ¿Por ventura  
Es algún nieto de mi estirpe ilustre?  
¡Qué multitud ruidosa le acompaña!

¡Cuán parecido el noble continente!  
Mas negra noche envuelve su cabeza,  
Con triste sombra en derredor volando.» —

Entonce el padre Anquises con gemidos,  
Brotándole las lágrimas, responde:

—«No inquietas, hijo mío, las desgracias  
Y el llanto de los tuyos. Á éste sólo  
Le mostrarán los hados á las tierras,  
Y no permitirán que vuelva á verse.  
¿Os pareció potente en demasía,  
Oh sacros dioses, la nación romana,  
Si tal merced perpetua disfrutase?  
¡Qué llanto arrancará de los varones  
Aquel campo de Marte junto á Roma!  
¡Y tú, Tiber, qué fúnebres exequias  
No has de ver al pasar cabe su tumba!  
Ni habrá mancebo de la teucra gente  
Que levante cual él en esperanza  
De sus padres latinos la alta gloria;  
Ni en tiempo alguno la romana tierra  
De un hijo igual se ufanará con gozo.  
¡Oh piedad! ¡noble fe! ¡oh en las batallas  
Invicta diestra! Ni saldría impune

Si osara alguno acometerle armado,  
Ni cuando á pie abordara al enemigo,  
Ni cuando hiriera con potente esfuerzo  
Del caballo espumoso los ijares.  
¡Oh infortunado joven! si rompieses  
De los funestos hados los decretos,  
Tú Marcelo serás.—Á manos llenas  
Lirios traed, y en dones abundantes  
Esparciré en su honor purpúreas flores,  
Y con tales ofrendas, aunque vanas,  
Honraré la memoria de mi nieto.»—

Tal la región entera recorrían  
Por los aéreos dilatados campos,  
Y todo por doquier lo examinaban.  
Y cuando Anquises reveló á su hijo  
Los lugares, sucesos y varones,  
Y en su pecho encendió la llama ardiente  
Del noble amor á la futura gloria,  
Anúnciale las guerras venideras,  
Los pueblos de Laurento, de Latino  
La famosa ciudad, los varios modos  
De evitar ó sufrir los infortunios.

Dos puertas hay en el confín del Sueño,  
De cuerno la primera, según fama,  
Pasan por ella las visiones ciertas;  
La otra brillante de marfil bruñido,  
Por la que envían los profundos Manes  
Al aura libre los ensueños falsos.  
Tal Anquises hablando caminaba  
Con el ilustre hijo y la Sibila,  
Y por la ebúrnea puerta los despide.  
—Marcha con dirección el noble Eneas  
Á las naves, preséntase á los socios,  
Y por la recta costa el mar surcando  
El rumbo traza de Cayeta al puerto;  
Las anclas echan de las altas proras,  
Y las popas al fin la playa cubren.



SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN SEVILLA,  
EN LA IMPRENTA DE D. CELEDONIO SALAS  
Y CERRO, EL DÍA 1 DE ABRIL  
DE MDCCCXCVIII.



